

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

9ª PARTE: ESCRITOS DE JUAN Y HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Celestino Gómez Jaldón

Portada:

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA
9ª PARTE: ESCRITOS DE JUAN Y
HECHOS DE LOS APÓSTOLES
CELESTINO GÓMEZ JALDÓN

AGRADECIMIENTOS

Como de bien nacido es ser agradecido, comienzo agradeciendo las ayudas recibidas en la elaboración de este libro y los sucesivos. En primer lugar gracias a D. Víctor Manuel Bermúdez Bermejo, compañero querido y experto en temas bíblicos, bajo cuya dirección y colaboración han nacido estos libros. A las hermanas Esperanza y Juana Mari González Barrera, de San Juan del Puerto, que se han encargado de corregir, maquetar y dar a luz a estas criaturitas. Igualmente a los colaboradores de nuestras parroquias: Jesús Ruiz Silva, diácono coadjutor y Aurora Espino, su esposa, Marcelino Pérez y su esposa Covadonga Rodríguez, Loly García, Amparo Pulido, Pepe Gómez y Manuel de Jesús Núñez. Gracias a todos por su tiempo y por las mejoras introducidas en estos libros.

Celestino

ÍNDICE

Prólogo.....	
Presentación.....	
Tema 1. Presentación del Evangelio de Juan.....	
Tema 2. El Evangelio de Juan (I).....	
Tema 3. El Evangelio de Juan (II).....	
Tema 4. El libro de los Hechos de los Apóstoles (I).....	
Tema 5. El libro de los Hechos de los Apóstoles (II).....	
Tema 6. El libro del Apocalipsis (I).....	
Tema 7. El libro del Apocalipsis (II).....	
Tema 8. Las cartas de Santiago y Judas.....	
Tema 9. Las dos cartas de Pedro.....	
Tema 10. Las tres cartas de Juan.....	
Bibliografía	

PRÓLOGO

Estimado lector:

Este libro que tienes en tus manos forma parte del Curso de Iniciación a la Biblia que te estamos haciendo llegar en entregas anuales. Es un instrumento que tu Parroquia te facilita para ayudarte en el conocimiento de la Palabra de Dios, la única que puede salvarnos.

Los tiempos han cambiado una barbaridad. Hasta hace unas décadas vivíamos la fe con un fuerte componente ambiental. La sociedad española era católica y sostenía al creyente en su fe. La gente iba a misa y cumplía con la Iglesia. Frecuentemente se vivía la llamada fe del carbonero, es decir, creíamos lo que creía la Iglesia y listo, aunque no supiéramos muy bien qué era lo que la Iglesia creía.

Los cambios continuos en la sociedad y, sobre todo, la gran renovación que supuso el acontecimiento más importante del siglo XX en el seno de la Iglesia Católica, el Concilio Vaticano II, lo han modificado todo. Las exigencias son otras. Ya no es suficiente la fe sociológica. Es necesaria una respuesta personal a Dios. La *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*, con que termina el libro primero de este Curso de Iniciación a la Biblia, exige a todos los cristianos que aprendan el sublime conocimiento de Cristo con la lectura frecuente de las Sagradas Escrituras.

Pero la Biblia no es un libro de fácil lectura. Más que de un libro habría que hablar de una biblioteca de 73 libritos, escritos a lo largo de más de mil años, por autores muy distintos y con intenciones muy diversas, expresadas en géneros literarios también dispares. Vamos a recorrer toda la Biblia. Ya sabemos que el Nuevo Testamento es la plenitud de la revelación de Dios en Cristo, pero no podemos olvidar que el Antiguo Testamento es el largo camino por el que se llega a esa revelación plena en Jesús.

El futuro de nuestra Iglesia va a depender de que tengamos en nuestras comunidades cristianos bien preparados que puedan prestar un serio servicio a nuestras familias y grupos parroquiales. Conocer y celebrar la Palabra es el mejor camino para formarnos. Por eso hemos emprendido esta tarea: preparar un material que sea sencillo y, a la vez, lo suficientemente profundo para que, conocido y asimilado, podamos dar razón de los *“sólidos fundamentos de la fe en que hemos creído”* (Lucas 1, 4). Nos mueve una razón tan evangélica como la que animó al médico Lucas a escribir su evangelio tras una minuciosa investigación. Suponemos que, teniendo la misma actitud de servicio que movió al evangelista, también Dios nos echará una mano para suplir nuestras muchas carencias.

Queremos que estos libros estén en la línea de unas charlas familiares, seguidas de diálogo, con nuestro pueblo cristiano. Cada año te entregaremos un libro de este mismo formato y tamaño. En la **Presentación** que sigue al **Prólogo** de cada libro te iremos explicando su contenido.

Estos libros están dirigidos a todos, pueblo sencillo y personas cultas que, gracias a Dios, cada día son más entre nosotros. Aquí está la gran dificultad a la hora de escribirlos. Por una parte, las palabras que conoce nuestro pueblo sencillo tal vez no lleguen al millar. Y, por otra, resulta difícil precisar bien lo que necesitamos decir utilizando tan pocas palabras. Hemos procurado evitar palabras y frases raras, dando a corregir el borrador de estos libros a personas de nuestras parroquias, que tienen una cultura media. Ellos han eliminado del libro las palabras y frases de mayor dificultad.

Sabedores de que las personas que van a usar estos libros no suelen estar hechas al estudio, nos vamos a repetir mucho, sobre todo los datos históricos y las ideas fundamentales. La repetición les servirá de repaso y, al final, asimilarán lo esencial.

No basta con leer estos libros. Hay que estudiarlos y aprenderlos, ya que es posible que a la primera lectura no te quedes con todos los detalles. Si lo haces, los convertirás en un instrumento de trabajo y tú mismo te vas a sorprender de los resultados.

Nada más, que recibas este libro con el cariño con que se ha escrito para ser una ayuda más en tu formación cristiana.

Un saludo afectuoso de tu párroco

Celestino Gómez Jaldón.

PRESENTACIÓN

Tienes en tus manos la **9ª Parte** del *Curso de iniciación a la Biblia*, que comenzamos el año 2001. La 1ª Parte tuvo un carácter introductorio, lo que conllevaba una cierta dosis de aridez, propia de toda introducción. En la segunda edición de aquella primera parte, sacada el año 2005, ya procuramos limar un poco esa aridez. Las demás partes te resultaron más amenas.

Te dije el primer año que, si yo fuera un guía de la ciudad de Sevilla y tuviera que enseñártela, lo primero que haría sería subirte a la Giralda para que, desde arriba, te grabaras en tu mente una postal de la ciudad que te permitiera no perderte posteriormente por sus calles. Ése fue el primer libro que te dio una visión panorámica de la Biblia. A partir del año siguiente comenzamos a callejear con cada libro y empezamos a contemplar desde cerca todas las maravillosas enseñanzas que contiene la Palabra de Dios y que fueron escritas, precisamente, para enseñanza nuestra.

Con el octavo tomo, el año pasado, ya hemos llegado a los tiempos de plenitud, al centro de la Biblia, a Cristo. La metodología cambió porque, antes de escribir estos libros sobre la Biblia, ya habíamos escrito una trilogía que llamamos **Catequesis Familiar del Día del Señor** en la que explicamos paso a paso las lecturas de cada domingo que nos traen los tres ciclos de la liturgia de la Iglesia, sobre todo los evangelios que son las lecturas más importantes de las tres que nos propone la Iglesia cada fin de semana. Naturalmente no íbamos a repetir en aquel libro y los siguientes lo ya dicho en aquéllos. Por esto, el pasado curso no nos detuvimos a explicar cada evangelio sinóptico (Mateo, Marcos y Lucas), sino a presentarte las claves para su lectura de corrido. En algunas ocasiones no pudimos evitar la tentación de citarte algún comentario, sacado de los libros de Catequesis Familiar. La razón que nos movió fue facilitarte unos textos para la oración y la reflexión. En este 9º tomo hemos hecho lo mismo. De todas formas ya sabes que en las parroquias de Santa Teresa y San Juan de Ávila de la Orden, Huelva, hay ejemplares del libro de Catequesis Familiar del Día del Señor que se entregan gratuitamente a quienes los piden, si quedan ejemplares disponibles.

Comenzaremos y terminaremos cada tema con la oración que tienes en la portada posterior de este libro. Este curso van a ser los escritos de Juan y el segundo libro de Lucas (Hechos de los Apóstoles). Te recuerdo que en el primer tomo de este *Curso de Iniciación a la Biblia* tienes un extenso vocabulario con explicación de las palabras que pudieran necesitar alguna aclaración, incluidos todos los libros de la Biblia. La segunda edición de ese 1º libro ya está en la calle desde el año 2005.

Tu Parroquia

Tema 1. - PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO DE SAN JUAN

1. - Introducción. Comenzamos a estudiar el cuarto y último evangelio. Completamente distinto de los tres sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas). Por supuesto coincide con ellos en lo esencial: es evangelio, anuncio de Jesús, Mesías e Hijo de Dios. Además el estilo literario es el propio de un evangelio. Son muchas más las coincidencias, como iremos viendo a lo largo de este tema: el esquema de la vida de Jesús, la narración de algunos milagros, los temas que toca, etc. Pero también son muchas las diferencias. Por ejemplo, en los sinópticos hay un solo viaje de Jesús a Jerusalén, al final de su vida. Según Juan, Jesús subió por lo menos tres veces a celebrar la Pascua en Jerusalén. A diferencia de los sinópticos, para Juan la muerte de Jesús sucede en la víspera de Pascua, no en Pascua.

Palabras que en los sinópticos son claves, como “Evangelio” o “Reino”, en Juan apenas se nombran, en cambio otras palabras, que en los sinópticos apenas salen, en Juan son claves (por ejemplo, luz, verdad, testimonio, mundo, amor, vida, etc). El evangelio de Juan es mucho más elaborado, con grandes y profundos discursos. Por poner un par de ejemplos, recuerda el discurso del buen pastor, o el discurso eucarístico: *“Yo soy el pan de vida”*. Nada más empezar el prólogo del evangelio, notarás que estás en otro mundo distinto del de los sinópticos. La presentación de Jesús es otra y nueva: Jesús es presentado como la Palabra de Dios que estaba en Dios y era Dios ya desde el principio, antes de la creación. Esa Palabra *“Se hizo carne y habitó entre nosotros”*. Y, como estaba en Dios y era Dios, Jesús nos va a revelar en este evangelio lo que ha visto y oído al Padre.

Otra diferencia importante es su lenguaje. Fíjate: mientras Lucas utiliza más de 2.000 palabras distintas, Mateo 1.600 y Marcos 1.300, Juan apenas llega a las 1.000. Y no por esto pierde elegancia su lenguaje. Juan repite hasta la saciedad algunas palabras claves, dándole así intensidad a su mensaje. Por ejemplo, en Juan 15, 4-8 repite un montón de veces la palabra **“permaneced”**. Lee estos cinco versículos y lo comprobarás. En otras ocasiones las palabras claves serán **“amor”** o **“unidad”**, por ejemplo. Es como si Juan se descargara de palabras para poder levantar mejor el vuelo a un lenguaje más teológico y de más altura. Por algo en el Tetramorfo (¿te acuerdas?) lo representan con la figura del águila que levanta el vuelo desde el principio (el prólogo) de su evangelio.

No nos detenemos más en la introducción. Iremos señalando otras diferencias sobre la marcha. Ya sabes que, con este tema, desembarcas en un mundo distinto. Poco a poco lo irás descubriendo. Nosotros vamos a seguir el mismo esquema que en la presentación de los demás evangelios para que te sea más fácil seguir los pasos en su estudio.

2. - Situar el evangelio de Juan. Lo primero es el **autor**. ¿Quién lo escribió? Desde los primeros tiempos se le atribuye al apóstol Juan. Como también se le han atribuido el Apocalipsis y varias cartas. La crítica moderna pone en entredicho algunas de estas atribuciones, como hemos dicho también con los demás escritos. Algunos dicen que el apóstol Juan no pudo ser en manera alguna y se lo atribuyen a un discípulo suyo muy posterior; incluso hay quien piensa en Lázaro, el resucitado de entre los muertos, al que Jesús tanto quería (Juan 11, 36). Todas las hipótesis son respetables. Ya hemos hablado de las sucesivas redacciones que pueden tener los escritos. De todas formas, desde el siglo II se cree a Juan el autor de este evangelio, aunque parte de la crítica moderna lo considere imposible. Más bien considera que fue un discípulo de Juan, una generación más tardía. Pensemos, por lo menos, que pudo ser Juan, el discípulo amado de Jesús, el autor “espiritual” del cuarto evangelio.

Además, este evangelio tiene una ventaja, tampoco concluyente, sobre los otros en este punto. El mismo Juan testimonia su evangelio a los pies de la cruz de Cristo: ***“El que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero; él sabe que dice verdad para que vosotros creáis”***. Y el evangelio termina diciendo: ***“Éste es el discípulo que da testimonio de esto, que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero”***. Por tanto, aún admitiendo como probables sucesivos añadidos o redacciones, podemos pensar que Juan, que se llama a sí mismo “el discípulo amado”, es el autor del núcleo primitivo de este cuarto evangelio e inspirador de posibles añadidos, en sucesivas ediciones, sin que despreciemos las múltiples críticas que han surgido a lo largo de la historia sobre la autoría de este escrito. Decir que era el autor no significa tampoco que él escribiera una por una todas las ideas del evangelio. Pudo ser ayudado por otros. Como digo siempre, los estudiosos están en el tema y ya se irán aclarando las dudas. Estos detalles no afectan para nada a la inspiración del texto que es lo importante para nosotros.

Juan era hermano de Santiago el Mayor. Su padre, Zebedeo, era pescador y su madre Salomé era una de las mujeres que acompañaban frecuentemente a Jesús en sus salidas apostólicas y le ayudaban en su manutención. Creía firmemente en Jesús como Mesías y quiso aprovecharse del Maestro para dejar colocados a sus hijos en el futuro Reino: ***“Di que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda”*** (Mateo 20, 21). Debía ser un hombre de carácter primario, impulsivo, cuando Jesús lo nombra como “boanerges”, esto es, “hijos del trueno”. Fue discípulo de Juan el Bautista antes que de Jesús, como nos cuenta él mismo al narrar su vocación y la de Andrés, en Juan 1, 35-40. Siempre estuvo cerca de Jesús y éste lo quería mucho, como se demuestra con el hecho de que le confiara a su madre en el momento de su muerte (Juan 19, 25-27).

La segunda pregunta que nos podemos hacer para situar el evangelio es **¿cuándo se escribió?** Parece lógico situarlo a final del siglo primero o, como mucho, en los primeros años del siglo segundo, si es que es Juan el autor, como hemos dicho, y siempre pensando en la primera redacción del escrito. Ha habido momentos, sobre todo, en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, en que se fechó más

tarde, incluso en la segunda mitad del siglo II. No hay argumentos serios que avalen esta hipótesis, más bien parece que los descubrimientos arqueológicos e históricos apoyan la hipótesis de los últimos años del siglo primero como fecha más probable de la redacción final (años 97-100, por precisar más). Juan murió después del 98, reinando ya Trajano en Roma. Te recuerdo que el concilio judío de Yamnia, en el que los cristianos fueron expulsados de las sinagogas, tuvo lugar el año 90, lo que explicaría el distanciamiento tan grande que se respira respecto a los judíos, hasta el punto de que este evangelio ha sido acusado de antisemita.

¿Dónde se escribió el evangelio de Juan? Podemos pensar que en Éfeso, a donde volvió después de su estancia en la isla de Patmos, en la que estuvo desterrado por Domiciano, bajo la acusación de ser enemigo del culto imperial. Posiblemente, el año 96, con la subida al trono de Nerva, terminó el destierro y volvió a Éfeso, donde escribió el evangelio, después de escribir el Apocalipsis en sus años de destierro en Patmos. También hay quien habla de Antioquía de Siria, pero la mayoría se inclina por Éfeso.

¿Para quiénes se escribió este evangelio? Para una comunidad judeocristiana, y, por lo tanto, muy familiarizada con las tradiciones religiosas judías, que salen continuamente en este evangelio. Una comunidad posiblemente en crisis de fe en Jesús como Mesías e Hijo de Dios. Y también traumatizada por la expulsión de la sinagoga, tras el concilio de Yamnia, como hemos dicho antes. Esto explica su insistencia en que el cristiano no abandone a Jesús, en que permanezca unido a Él, incluso siendo minoría y en un ambiente hostil, como el de aquella época. Es el último de los evangelios. Cuando su autor lo escribe, ya los otros evangelios están bastante difundidos, sin que queramos decir que Juan los conociera o utilizara. Esto explica que Juan dé pocos detalles biográficos de Jesús: ya eran conocidos por todos.

Se ha hablado mucho de la influencia de ciertas corrientes del pensamiento griego en la persona de su autor, lo que incluso provocó un poco de rechazo de este escrito en el momento de su aparición. La comunidad para la que escribe no es ajena a la corriente de pensamiento griego llamada **“gnosis”** (conocimiento). El conocimiento de Dios, decían los gnósticos, lo puede alcanzar el hombre solo a través del conocimiento, sin necesidad de la revelación de Jesucristo. Podemos ver un cierto reflejo de esta corriente de pensamiento en el uso de palabras de gran contenido significativo, como amor, unidad, verdad y en el uso de expresiones e ideas contrapuestas, como mentira-verdad, luz-tinieblas, el bien y el mal, etc. La vida eterna, para Juan, es “conocer” al Padre y a su enviado Jesucristo. El evangelio de Juan combate la gnosis en el sentido de que ese conocimiento de Dios no es fruto del esfuerzo del hombre, sino que nos ha sido revelado en su Hijo Jesucristo, Dios y hombre verdadero.

Ésta es otra distinción respecto a los sinópticos que son más llanos, menos filosóficos, más sencillos. Como ejemplo de esto último, fíjate que, para Juan, Jesús es el Verbo, la Palabra hecha carne para revelarnos el rostro del Padre. El Jesús de los

sinópticos está más a ras de tierra, es el niño nacido de María, el Hijo del Altísimo. El mismo contenido, pero con distinta expresión, más elevada en el “águila” Juan. Y es que los destinatarios se prestan más a recibir el evangelio expresado de esta forma, que se respiraba en el ambiente gnóstico. El mismo evangelio predica un párroco de barrio que un capellán de universidad, pero la forma de expresarlo tiene que ser necesariamente distinta.

3. - Los grandes temas del evangelio de Juan. El tema central del evangelio es Jesús. ¿Quién es Jesús? El Mesías, el Hijo de Dios, el Unigénito, Dios e igual al Padre. Juan acentúa como nadie el misterio de la identificación y unidad de Jesús y el Padre. Este Hijo Único de Dios se hizo hombre para revelarnos el misterio oculto; Jesús es el rostro humano de Dios. Además, Juan insiste, más que los sinópticos, en la humanidad de Jesús. Jesús es hombre. Así lo presentó Pilatos al pueblo: *“Aquí tenéis al hombre”* (Juan 19, 5). Y ese hombre es “el Hijo”, título que aparece en Juan en más de veinte ocasiones, frente a las tres que aparecen en los sinópticos. Si tenemos en cuenta que expresiones como “El Padre”, “mi Padre” aparecen más de cien veces en Juan, comprenderemos la relación íntima que vive con su Padre. Es el que lo ha enviado, nunca lo ha dejado solo y volver a Él, de donde salió, será la cumbre de su glorificación, como veremos más adelante.

Resulta curioso cómo el Jesús de Juan, y ésta es otra diferencia con los sinópticos, habla continuamente de sí mismo: Yo soy la luz, el buen pastor, el agua viva, la resurrección y la vida, etc. En vez de hablar del Reino, como hacen los sinópticos, habla de sí mismo, porque Él y el Reino son realidades inseparables. Él anuncia y encarna el comienzo del reinado de Dios entre los hombres.

Y todo dicho a base de largos discursos de un solo tema, que abarcan el capítulo entero. Por ejemplo, el capítulo cuarto, la samaritana (Jesús, agua viva); el sexto, el discurso eucarístico (yo soy el pan de vida); el noveno, la curación del ciego de nacimiento (Jesús, luz del mundo); el décimo, el buen pastor; el undécimo, la resurrección de Lázaro (Jesús, vida de los hombres), etc. Ésta es otra diferencia con los sinópticos: lo que en éstos son historias, parábolas, milagros, anécdotas, en Juan son largos discursos que acompañan o no al milagro, a la parábola. Es un evangelio más maduro y está destinado a otra clase de gente, posiblemente más preparada.

Junto a este tema básico y fundamental de Jesús, existen otros muchos en torno a él. Por ejemplo, la necesidad del discípulo de permanecer unido a Jesús para tener vida. Es un tema transversal que se ve en todo el evangelio, pero puedes pensar en la alegoría de la vid y la necesidad del sarmiento (discípulo) de estar unido a la vid (Jesús). Y, paralelo a éste, la unión entre los discípulos, como refleja la gran oración de Jesús por ellos en la cena de despedida (capítulo 17º). Otro tema importante es el amor de Dios al mundo. Tanto lo amó que le dio a su Hijo Único para que el mundo se salve por Él. El amor de Dios y a Dios es el principio y destino de todo nuestro ser. Ya irán saliendo otros temas, como el amor al prójimo.

4. - Estructura o división interna del evangelio de Juan. Prácticamente en todos los autores consultados hay unanimidad a la hora de estructurar este evangelio. Un prólogo al comienzo, un epílogo al final y dos grandes bloques en el centro, más o menos del mismo tamaño. A estos dos bloques los llaman **“Libro de los signos”** al primero y **“Libro de la glorificación”** al segundo. Aunque en el próximo tema descenderemos al detalle, vamos a dar una pequeña panorámica en este punto.

El prólogo abarca los primeros 18 versículos. Como suele suceder, en él se anuncian los grandes temas que posteriormente se van a desarrollar en el cuerpo del evangelio, en los dos bloques centrales. Es de las perícopas (trozos) más bellas de toda la Biblia. Por este prólogo se ha ganado Juan el calificativo de águila. Desde el comienzo remonta el vuelo **“Al principio...”**, como el Génesis. Y esa águila acaba tomando tierra en el versículo catorce: **“Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros...”**. Este prólogo ha sido calificado de verdadera obra de artesanía teológica. Juan hila muy fino y marca distancias con los sinópticos, expresando todo el misterio de Jesús con el contraste de la contemplación simultánea de la Palabra que se hace carne y la gloria de Dios que contemplamos en ella. Ya lo veremos detenidamente.

El libro de los signos. Juan llama signo a lo que los sinópticos llaman milagro. A mí me gusta más la palabra signo que milagro. Un signo es algo conocido que lleva a algo desconocido que está detrás y es revelado por ese signo. Por ejemplo, al terminar de contarnos el milagro o signo de las bodas de Caná dice Juan: **“Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus signos. Y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos”**. Y antes del epílogo, en Juan 20, 30-31 dice **“Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales (signos) que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”**. Como ves, el signo, visto y conocido (el agua convertida en vino, o el que sea), revela lo no conocido a simple vista: que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.

Este bloque abarca desde que termina el prólogo hasta el capítulo 12º incluido. Unos autores dicen que la clave para entender este bloque es el número siete, por aquello de que se narran siete milagros, se pronuncian siete discursos y Jesús se asigna a sí mismo siete títulos (pan de vida, luz del mundo, puerta de entrada, buen pastor, la vida verdadera, la resurrección, el camino, la verdad y la vida). Otros autores prefieren hablar de las fiestas judías a las que Jesús asiste y en torno a cada fiesta hacer girar discursos, signos y títulos. Ambas claves pueden ser válidas. Nosotros, como siempre, iremos siguiendo el evangelio explicando lo que necesite aclaración y acompañando esta aclaración con comentarios que nos ayuden a hacer oración sobre el texto; a la vez nos vamos enterando de lo que no sepamos, de tal manera que la catequesis de este libro vaya dirigida a la cabeza y al corazón.

Siguiendo este método nos vamos a encontrar, tras el prólogo, una introducción con el testimonio de Juan el Bautista, la llamada a los primeros discípulos y la boda en Caná y, a continuación con la subida a la primera Pascua (de las tres que dijimos

que nos trae Juan, en oposición a los sinópticos que sólo traen una): **“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén”** (Juan 2, 13). El capítulo 5º comienza con otra subida de Jesús a Jerusalén. Pudo ser a la fiesta de Pentecostés: **“Hubo una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén”** (5, 1). **“Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos...”** (Juan 6, 4), cuando Jesús multiplica los panes y pronuncia el gran discurso eucarístico en la sinagoga de Cafarnaún, proclamando **“Yo soy el pan de vida”**, para que los hombres podamos comer a Dios cada domingo.

En el capítulo 7º nos encontramos con otra subida de Jesús a Jerusalén, ahora a la fiesta de los Tabernáculos, pero **“subió no manifiestamente, sino de incógnito”** (Juan 7, 10). **“Yo soy la luz del mundo”**, dirá Jesús en otro largo discurso, afirmación que termina demostrando con la curación del ciego de nacimiento que pasa de la oscuridad a la luz (capítulo 9º), y el buen pastor en el capítulo 10º. La otra fiesta a la que Jesús asiste, antes de la última Pascua, es la de la Dedicación. Prácticamente abarca hasta el capítulo 12º, que servirá de preparación ya inmediata a la glorificación de que hablaremos en el segundo bloque. En los capítulos 10º y 11º hay dos afirmaciones fundamentales: **“Yo y el Padre somos uno”** (10, 30) y **“Yo soy la resurrección”** (11, 25).

Cuando leas los discursos de Jesús en este evangelio, comprenderás que no son discursos en su totalidad originales del mismo Jesús, transcritos al pie de la letra, como si Juan hubiese tenido una grabadora en la mano. Lo dicho por Jesús está compuesto por Juan que le aporta su experiencia pascual, siendo muy difícil distinguir las palabras originales de Jesús de la aportación de Juan. Dicho de otra forma: Juan escuchó a Jesús a lo largo de tres años y, ahora, pasados sesenta años y siendo responsable de una comunidad, trasmite a ésta las enseñanzas de Jesús recopilándolas en estos discursos, buscando siempre catequizar a los suyos sobre la base de las enseñanzas del Maestro.

La enseñanza de fondo es de Jesús, la expresión del evangelista. Sin olvidarnos nunca de la acción del Espíritu Santo, **“que enviará el Padre en mi nombre y os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho”** (Juan 14, 26). Esto explica que de la pluma de un pobre pescador pudiera salir lo que salió. Tampoco Jesús había estudiado en la universidad y fíjate lo que dijo. Tenía el Espíritu Santo en plenitud y le enseñó todo. Es el Espíritu Santo el que inspira todo, el que está detrás. De finales del siglo II tenemos este testimonio de Clemente de Alejandría: **“Juan, finalmente, reconociendo que la naturaleza humana de Jesús ya había sido el tema de la presentación de los tres primeros evangelios, a petición de sus amigos familiares e inspirado por el Espíritu Santo, escribió el evangelio espiritual”**.

El libro de la **glorificación** (capítulos 13º al 20º). A esta segunda mitad del evangelio de Juan la podríamos llamar “Libro de la pasión” o “Libro de la cruz” porque todo está orientado hacia la cruz, hacia el calvario. Pero es que en la cruz y el calvario está la glorificación de Jesús. Es su **“hora”**, de la que habla en varias ocasiones. La hora cumbre de la manifestación y la glorificación de Jesús es el

momento de la pasión y muerte en la cruz. Precisamente esta segunda parte comienza con este versículo que aclara lo que venimos diciendo: *“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...”* (Juan 13, 1). En las bodas de Caná también le dice a su madre: *“Mujer, todavía no ha llegado mi hora”* (Juan 2, 4). También habla de su hora en 7, 30; 8, 20; ó 12, 23, donde anuncia su pasión: *“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre...”*. La hora de su glorificación es la hora de su vuelta al Padre. Si la primera parte estuvo destinada al envío de Jesús al mundo, ésta lo está a la vuelta al Padre: signos en la primera y glorificación en esta segunda.

Por todo esto, la cruz para Jesús no es un fracaso, sino un triunfo, una meta. Y aquí tenemos otra diferencia de Juan con los sinópticos. Mientras que en éstos se nos presenta a un Jesús pasivo, que **es entregado** para ser crucificado y muerto, en Juan Jesús toma un papel activo en la pasión, es consciente de a dónde va. Para Juan la muerte en la cruz es un acto de amor; es Jesús el que tiene a la cruz, el que se agarra a ella y no al revés. Frente al grito desgarrado del Crucificado de Marcos: *“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”* (Marcos 16, 34), Juan nos presenta un Jesús sereno y satisfecho en la cruz: *“Todo está cumplido”*, e, inclinando la cabeza, **“entregó”** su espíritu. Jesús entrega su espíritu, da su espíritu al Padre, muere con serenidad. Algunos autores dicen que ese espíritu que Jesús entrega en la cruz podría escribirse con mayúsculas: Pentecostés en la cruz.

El **epílogo** es el capítulo 21°. El último versículo del capítulo 20° es una conclusión del evangelio. Esto nos hace suponer que el epílogo es un añadido, bien de Juan, bien de algún discípulo suyo. En sus veinticinco versículos nos cuenta la aparición de Jesús en el lago de Tiberíades, con la triple investidura de Pedro como pastor de todo el rebaño. Lo veremos detenidamente en los próximos temas. Pasemos a la propuesta de trabajo.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 42, 1-9
Efesios 1, 3-14
Juan 19, 25-30

Actividades:

1. - El primer canto del Siervo de Yavé nos muestra, como los demás, al Jesús sufriente, pero triunfante: Él traerá el derecho a las naciones. Medítalo en este tema introductorio al evangelio de Juan.
2. - Un tema importante en Juan es el amor que Dios nos tiene. Pablo nos describe el plan divino de salvación en esas mismas claves. Medítalo.
3. - Hemos hablado de la muerte serena de Jesús en la cruz, en contraposición a la de los otros evangelistas. Lee y medita un rato estos versículos.

Tema 2. - EL EVANGELIO DE JUAN (I)

1. - Introducción. Como venimos haciendo con los demás libros de la Biblia, el estudio de este evangelio va a consistir en abrirlo y empezar a leerlo, sin prisa y sin pausa. Dificultad que vayamos encontrando, la iremos aclarando. Los textos que consideremos más significativos, o más ricos en su contenido, los citamos y hacemos un ratito de oración-reflexión sobre ellos. En este tema vamos a ver sólo la mitad del evangelio, el prólogo y el libro de los signos. En el tema siguiente veremos el resto.

2. - El prólogo de san Juan. Sin darnos tiempo a ambientarnos, Juan levanta el vuelo, como un águila real, al principio de los tiempos, a antes de la creación. Jesús es la Palabra definitiva de Dios y sobre Dios. Dos ideas claras en este prólogo: la **primera**, la Palabra de Dios preexistía en Dios antes de la creación del mundo y, **segunda**, esa Palabra de Dios entra realmente en la historia de los hombres haciéndose uno más entre nosotros. Vida, luz, testigo, rechazo a esa luz, amor, gloria son palabras llenas de contenido con las que Juan compone su prólogo como un himno para ser meditado una y otra vez, sin cansarse:

*“En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
La Palabra en el principio estaba junto a Dios.
Por medio de la Palabra se hizo todo,
y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.
En la Palabra había vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la recibieron.
Surgió un hombre enviado por Dios,
que se llamaba Juan.
Éste vino como testigo,
para dar testimonio de la luz,
para que por él todos vinieran a la fe.
No era él la luz,
sino testigo de la luz.
La Palabra era la luz verdadera,
que alumbra a todo hombre.
Al mundo vino y en el mundo estaba;
el mundo se hizo por medio de ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa,*

*y los suyos no la recibieron.
Pero a cuantos la recibieron,
les da poder para ser hijos de Dios,
si creen en su nombre.
Éstos no han nacido de sangre,
ni de amor carnal, ni de amor humano,
sino de Dios.
Y la Palabra se hizo carne,
y acampó entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria,
gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.
Juan da testimonio de Él y grita diciendo:
Éste es de quien dije:
El que viene detrás de mí,
pasa delante de mí,
porque existía antes que yo.
Pues de su plenitud
todos hemos recibido
gracia tras gracia.
Porque la ley se dio por medio de Moisés,
la gracia y la verdad vinieron
por medio de Jesucristo.
A Dios nadie lo ha visto jamás:
el Hijo único, que está en el seno del Padre,
es quien lo ha dado a conocer” (Juan 1, 1-18).*

He preferido poner el texto entero sin interrumpirlo con comentarios, porque hay que hacerle una primera lectura de corrida y después detenerse en cada frase. Este evangelio se lee todos los años en el 2º domingo de Navidad. En los tres libros de Catequesis Familiar lo tienes comentado. Ahora sólo te repito las dos ideas principales:

La **primera** idea: “**En el principio ya existía la Palabra...** y la Palabra era Dios... Todo se hizo por ella”. La Palabra de Dios es eterna, creadora y desde la eternidad estaba junto a Dios. Conoce al Padre y nos lo da a conocer. Es la historia de la Palabra, de Jesús, antes de la encarnación. En esta primera idea es cuando Juan remonta el vuelo como las águilas. La segunda va a ser como el nacimiento de Jesús narrado por Lucas: “**Mientras estaban allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre**”. Te pongo la cita para que compares: Lucas vuela a ras de tierra, Juan en las alturas.

La **segunda** idea: Jesús es la Palabra del Padre que, mediante la encarnación, por amor, entra en la historia del hombre que lo quiera recibir. La Palabra de Dios baja a lo más profundo del corazón humano. **La Palabra se hizo carne:** Es decir, debilidad,

mortalidad o impotencia humana. El inmenso, el eterno, el creador del universo, con sus estrellas, se ha convertido en un niño que llora, tiene hambre y sed. Así Dios se hace cercano al hombre. Nuestra religión se hace distinta, pues ningún dios estuvo tan cercano al hombre. En todo igual a nosotros, menos en el pecado.

Su palabra es LUZ que nos orienta, nos ayuda a comprender el sentido de la vida, nos anima y nos llena de esperanza en los momentos difíciles. Es LUZ esa PALABRA cuando se hace carne y da su vida en la mayor lección de amor que la historia haya podido presenciar jamás, y sigue después viva entre nosotros en la Eucaristía que celebra la comunidad reunida. Por eso en la Vigilia Pascual significamos a Cristo resucitado con el cirio que ilumina esa noche santa. Y cantamos en la procesión del lucernario: Cristo es la Luz, Él es la salvación.

Vino a su casa y los suyos no la recibieron: Esta frase es densa y dura; es una amarga constatación de Juan y su comunidad. Es aplicable no sólo al pueblo judío, sino también al cristiano, a cada uno de nosotros. Hemos celebrado ya muchas Navidades, entonces ¿por qué no es todavía Navidad para tantos hermanos nuestros?, ¿por qué tanto pobre en el mundo? La razón de que Jesús no encontrara sitio en su casa, en el mundo, es que una pequeña parte de la humanidad ha acaparado todo para sí cuando el mundo es de todos por voluntad de Dios. Los 500 hombres más ricos del mundo ganan igual que los 450 millones más pobres. El rechazo del Jesús histórico se convierte así en antecedente y figura del rechazo que tres cuartas partes de la humanidad habrían de sufrir después a manos de la otra cuarta parte. Si el mensaje liberador de Jesús no ha cambiado aún la faz del planeta tierra, si todavía no es patente en los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios, nadie puede creerse exento de responsabilidad en el conflicto entre la luz y las tinieblas.

“Pero a cuantos la recibieron, les dio poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre”:

Crear en su nombre. El nombre es la persona misma. Creer en el nombre de Jesús es reconocer que la persona de Jesús es el Hijo de Dios venido en carne, hecho hombre. Y además, aceptarle y entregarse por completo a Él. Quien cree en su nombre, acepta y se entrega a Jesús, recibe el ser hijo de Dios. Este don gratuito, grandioso e inesperado, está sugerido por la expresión “Nacer de Dios”. Es obra exclusiva del Espíritu Santo. Es regalo gratuito que Dios siempre da a quien lo pide.

3. - El libro de los siete signos. Ya sabes, signos para Juan o milagros para los sinópticos, es lo mismo. Los siete signos o milagros son: el de la boda de Caná (Juan 2, 1-11), la curación del hijo del funcionario real (Juan 4, 46-54), la curación del enfermo de la piscina de Betesda (Juan 5, 1-9), la multiplicación de los panes y los peces (Juan 6, 1-13), Jesús camina sobre el agua (Juan 6, 16-21), la curación del ciego (Juan 9º) y la resurrección de Lázaro (Juan 11º). Como ves, siete signos. El primero se narra al comienzo del segundo capítulo. Entre el prólogo, que hemos explicado antes, y el segundo capítulo hay 33 versículos del capítulo primero que también pertenecen a esta parte que estamos estudiando. Lo ocupan el testimonio de Juan el Bautista, que

realmente comenzó en el prólogo, y la llamada a los primeros discípulos. Lee y medita tú en casa estos 33 versículos.

Las bodas de Caná: *“En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí; Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino y la madre de Jesús le dijo: No les queda vino. Jesús le contestó: Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora. Su madre dijo a los sirvientes: Haced lo que él os diga. Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: Sacad ahora, y llevádselo al mayordomo. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo: Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú en cambio has guardado el vino bueno hasta ahora. Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él”* (Juan 2, 1-12).

El evangelio de Juan es el más difícil de leer porque en él se mezclan dos planos: el texto que leemos y el **pretexto** que está oculto o detrás de algunas palabras del texto, que en Juan tienen un significado especial. Sobre este texto, vamos a explicar esas dos posibles lecturas y recordamos lo que dijimos hace siete años en el primer curso.

Primera lectura: una lectura de **superficie**. Para muchos éste es un milagro **sorprendente**. No sorprenden los otros milagros que están todos encaminados a dar la salud a los enfermos, el movimiento a los paralíticos y la vida a los muertos. Pero eso de añadir al vino de la boda, unos **seiscientos** litros más... parece, cuando menos, sorprendente. ¿Cómo quedaría todo Caná una vez consumido el producto del milagro? Parece claro que Jesús comenzó su vida pública repartiendo alegría a todo el mundo. Jesús pensó aquello de que mejor es que sobre que no que falte.

Segunda lectura: la **oculta** (el pretexto). Fijaos en la respuesta que dio a María: **Mujer**, todavía no ha llegado mi **hora**. La “**hora**” es la palabra que utiliza este evangelista para referirse a la glorificación de Jesús, la cual tiene lugar en la cruz. El Calvario es la hora de la gloria de Jesús. La palabra **gloria** en hebreo significa peso, consistencia. En sentido figurado y aplicado a las personas se refiere a su personalidad.

Por eso termina diciendo el evangelio que con este milagro Jesús **manifestó su gloria**, es decir, puso de manifiesto su calidad personal. Fijaos también en el trato a su madre: le dice “**Mujer**”, como en la cruz (“**Mujer, ahí tienes a tu hijo**”). Juan pretende contraponer dos tiempos: uno es el propio de Jesús y de su madre (el de la cruz) y el otro el de los judíos (el de la **purificación**). Éste de los judíos está representado en el **agua** que contenían las tinajas, el tiempo de Jesús está representado en el **vino**. ¿Qué tiempo es mejor? Está bien un vaso de agua fresca en verano, pero donde se ponga un vasito de vino... Jesús es el buen vino; las purificaciones y las leyes antiguas son el agua. El tiempo de Jesús es el del amor, de la entrega desinteresada, de la cruz.

Termina el capítulo segundo con la primera subida de Jesús a Jerusalén para celebrar la Pascua. Como cualquier buen judío, lo primero que hace Jesús es subir al templo, que es casa de oración, lugar de encuentro con Dios. Y se encuentra con el trapicheo que sigue presente en muchos de nuestros templos y ermitas. Y Jesús actúa: ***“No convirtáis la casa de mi Padre en un mercado”***. Jesús desaloja a la gente del templo. No habían ido a encontrarse con Dios, sino a hacer sus propios negocios. Pasaba como hoy y como siempre. ¿A qué vamos al templo? Aquella gente había tergiversado el sentido de templo. Para ellos no era casa de oración, sino lugar de trapicheo. (Los cambistas de que habla el texto, eran quienes se dedicaban a cambiar las monedas de la calle por las que se usaban en el templo, que eran distintas. Todo con sus comisiones, como nuestros bancos). ¿Andamos de trapicheos con Dios? ("Dos velas por un aprobado"). O, realmente, ¿sentimos necesidad de Dios, de habitar en la casa del Señor todos los días de nuestra vida porque, como dice el salmo, ***“un día en tus atrios, es mejor que mil años fuera de ellos”***?

Hoy siguen algunos templos llenos de comerciantes, que van a comprar a Dios: medallas, estampitas, promesas, velas. Es una profanación del templo. Dios es gratis. Y se da gratis a todo el que quiere. Al templo se sube a dar gracias a Dios, a alabarlo y bendecirlo, si es que sabemos la historia de salvación que está haciendo con nosotros, y a celebrar en una liturgia nuestra fe. Es el “celo de la casa de Dios” el que devoraba a Jesús por dentro. ¿Y a nosotros qué es lo que nos devora por dentro? Los cupones, la familia, el afán de placeres. De todos esos faraones nos tiene que librar el Señor, pero, como Israel, tenemos que levantar el corazón y pedirselo. Vivir un poco más de cara a Dios para experimentarlo.

El encuentro con Nicodemo (Juan 3º). ¿Quién es Nicodemo? Un judío fariseo y, por tanto, religioso, culto, rico y dirigente del pueblo en el terreno religioso, es decir, que tenía la misión de vigilar para que el pueblo sencillo no recibiera doctrinas falsas o peligrosas. Este hombre admiraba, como otros muchos fariseos, a Jesús por sus obras. Si viene de noche es porque tiene miedo a sus compañeros de grupo con quienes Jesús acaba de tener un enfrentamiento al expulsar a los vendedores del templo. O tal vez por vergüenza, como tantos cristianos nuestros, que no quieren comprometerse y andan a ocultas. Es lógico pensar que en la comunidad de Juan, que estaba siendo muy perseguida por los integristas de Yamnia (¿Te acuerdas? El concilio en que expulsaron a los cristianos de las sinagogas y comenzaron a perseguirlos por herejes), abundaran los nicodemos que necesitaban del apoyo de la noche para acercarse a Jesús.

Estamos ante una catequesis bautismal. A Nicodemo le interesan las obras de Jesús. Pero lo que Jesús quiere es que se interese por su persona e inicia un diálogo, exponiéndole la necesidad de comenzar de nuevo, de nacer de nuevo de lo alto. Nicodemo no entiende o no quiere entender, ya que la expresión “nacer de nuevo” es la que utilizaban ellos para referirse a los prosélitos convertidos, es decir, a los paganos que se convertían al judaísmo. Por tanto la expresión y la idea de Jesús, la pudo entender perfectamente. Jesús le repite la misma idea: ***“El que no nazca del agua y del***

Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios... Hay que nacer del Espíritu". Nacer, el parto, es un momento, pero que va precedido de un proceso, la gestación: así el bautismo. No es posible entender a Jesús ni entrar en el Reino sin esa catequesis previa que nos hace nacer del Espíritu: el catecumenado de adultos. Hay que conocer a Jesús.

Repite mucho la palabra "mundo", que en San Juan, además de todo lo creado, hace referencia al conjunto de hombres que han rechazado el plan de Dios. El centro del texto es éste: ***"Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna"*** (v.16). Aquí está resumida toda la teología de Juan: Dios toma la iniciativa y envía a su Hijo para salvar al mundo. El juicio de que habla consiste en aceptar o rechazar a Jesús como enviado de Dios. El que lo acepta se salva, como se salvaban aquellos israelitas que miraban a la serpiente de bronce, hecha por Moisés en el desierto, cuando les dañaba el mal (les mordían las víboras). Te cito un trocito y tú lo lees en casa entero, si tienes tiempo:

"En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Ésta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios" (Juan 3, 14-21).

Jesús y la samaritana (Juan 4º). No sabemos cómo se llamaba la samaritana pero sabemos quiénes eran los samaritanos: el pueblo que ocupaba una franja ancha de terreno que dividía el sur (Judea) del norte (Galilea). Entre ellos había muchos paganos que trajeron para repoblar esas ciudades cuando el exilio de Israel, allá por el siglo VII a.C. Algunos eran israelitas. Por razones religiosas, judíos y samaritanos no se entendían, como verás por el texto. Fíjate lo que dice el judío autor del Eclesiástico (50, 25-26) de los samaritanos: ***"Hay dos naciones que detesta mi alma, y la tercera ni siquiera es nación: los habitantes de la montaña de Seir, los filisteos y el pueblo necio que habita en Sicar"***. En Sicar tuvo lugar el encuentro de Jesús y la samaritana. Los judíos no solían subir mucho al norte, porque tenían el templo en Jerusalén y los galileos cuando bajaban al templo eran mal recibidos, porque pasaban de largo, sin detenerse en los suyos. Lo que solían hacer era dar un rodeo por Perea, al otro lado del Jordán o atravesar Samaría procurando no hacer noche. Unos treinta kilómetros, que no eran muchos.

Pero Jesús ha venido a traer la salvación al mundo, a todos. Primero se la ha expuesto a un representante del pueblo judío, un fariseo, ahora a una israelita de Samaría, medio paisana medio extranjera y el capítulo terminará diciendo de un extranjero, funcionario real, al que le cura su hijo: **“Creyó en Jesús con toda su familia”** (Juan 4, 53). Imposible explicarlo todo en pocas líneas, pero vamos a ir a lo esencial. La fama de Jesús sigue creciendo, por sus milagros, por sus palabras y por sus gestos. Los fariseos están que trinan y **“Cuando Jesús lo supo, abandonó Judea y se volvió a Galilea. Tenía que atravesar Samaría”** (Juan 4, 3-4). Yendo a pie, es lógico pensar que las etapas del camino las marcaran los distintos manantiales que había en el recorrido. Jesús se sienta en el pozo de Jacob, que está en Sicar, a beber y descansar. Los apóstoles bajan al pueblo a comprar algo de comer y en esto llega una mujer a por un cántaro de agua y Jesús le dice: **“Dame de beber”** (v. 7); como siempre, la iniciativa del diálogo parte de Jesús. Dios al encuentro del hombre. Te pongo un resumen del resto del encuentro y después te comento lo más interesante. Léelo tú en tu casa entero. Es precioso.

“La samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Jesús le contestó: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva. La mujer le dice: Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?, ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? Jesús le contestó: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

La mujer le dice: Nuestros padres dieron culto en este monte (Garizim) y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén. Jesús le dice: Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad. La mujer le dice: Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, Él nos lo dirá todo. Jesús le dice: Soy yo, el que habla contigo.

En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo (Juan 4, 5-42).

El tema principal es Jesús que se presenta como Mesías: **“El Mesías soy yo”**. **“¿Será el Mesías?”**, se pregunta la mujer. Nosotros mismos sabemos ya que **“Él es de verdad el Salvador del mundo”**, acaban diciendo los samaritanos. La mejor catequesis consiste en leer muchas veces el evangelio de la samaritana y meditar, pensar y rezar sobre él. Descubriremos a Jesús como Mesías y esa fe es el comienzo de la salvación.

El evangelio es bellísimo. No sabe uno por dónde empezar: por la sed o por el agua, por la mujer del cántaro o por un Jesús sediento, por el viejo pozo de Jacob o por el manantial nuevo que surge de la fe en el Mesías. Cada uno que lo lea y comience por donde quiera. Te ayudo a rezar sobre este texto.

Aquella pobre mujer estaba cansada de ir y venir a por agua que saciara su sed, tanto al pozo como al corazón de los hombres y ni el pozo ni sus seis compañeros sentimentales habían satisfecho su sed. ¿No estamos muchos simbolizados en esa mujer? ¿No hay mucha gente perdida y buscando en torno nuestro? Incluso esas personas que muchas veces acosan al creyente, tirándole de la lengua, ¿no van muchas veces buscando una palabra que dé respuestas a interrogantes personales? El tema del diálogo va a ser el mismo que el de Nicodemo: **¿Quién es Jesús?** En el versículo 26 está la respuesta: **Jesús es el Mesías.**

Tanto la mujer como los discípulos se extrañan del diálogo que Jesús ha iniciado, pero a Él no le importa. Lee en el texto lo que les dice a sus discípulos. Jesús advierte a la mujer que se extrañaría más si supiera con quién está hablando y lo que puede darle: un agua viva que calme todas sus ansias. Jesús está hablando simbólicamente y la mujer está en el plano real, material: **“¿Cómo me vas a dar agua, si el pozo es profundo y no tienes cubo?”**. Jesús deshace el entuerto distinguiendo entre el agua vieja del pozo de Jacob (símbolo del Antiguo Testamento, de la antigua situación), que sólo puede calmar la sed momentáneamente, y del agua que Él mismo puede dar para satisfacer todas las ansias de vivir del hombre. No se trata del agua que se necesita para vivir, sino de la vida misma.

La mujer pide esa agua maravillosa que le ahorraría tiempo y trabajo. Ante la incapacidad de la mujer para saltar del plano material al espiritual, al que desea llevarla Jesús, éste fuerza la situación hablándole de su vida privada. Y la mujer acaba viendo en Jesús a un hombre de Dios, a un profeta. Y se dispone a discutir con el profeta judío, a la espera del Mesías que será el que **"nos lo dirá todo"**. Ya llegó esa hora, la hora de Jesús, Él es el Mesías. Así acaba reconociéndolo la mujer, que de catequizada pasa a catequista de sus paisanos. Finalmente todo acaba en una experiencia personal de convivencia con Jesús durante dos días. A Jesús hay que tratarlo para conocerlo. El que lo trata acaba creyendo en Él.

Este primer viaje misionero termina, como te dije antes, con la curación del hijo del funcionario real, también en Caná, donde comenzó con la boda. El resto de su ministerio público, capítulos 5º al 12º, va a tener lugar en Jerusalén y sus alrededores, menos el capítulo 6º, en el que Jesús vuelve a Galilea, a la orilla del mar, y, tras el signo de la multiplicación de los panes, da el gran discurso eucarístico en la sinagoga de Cafarnaún. Para no alterar el orden, vemos primero el capítulo 5º y, después, seguimos con los demás.

Capítulo 5º. Este capítulo quinto de San Juan no está recogido en la liturgia de ningún domingo. Por eso no lo tienes explicado en los libros de catequesis. Es muy

sencillo y lo vas a entender fácilmente. El punto de partida es una provocación de Jesús, que cura en sábado y se proclama Hijo de Dios. Y, claro, los judíos se suben por las paredes: **“Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas el sábado”** (v. 16). El capítulo lo podemos dividir en tres partes: el milagro, la reacción de ataque de los judíos y la autodefensa de Jesús.

El milagro. Había una piscina enorme de 120 x 60 metros, rodeada de soportales que se llamaba Betesda (“casa de la misericordia”), antiguamente dedicada a Esculapio, el dios pagano de la salud. De aquí que los enfermos se amontonaran en sus soportales. Se abastecía de un manantial, cuyas aguas tenían propiedades curativas como las aguas termales de algunas fuentes nuestras. Ésta no manaba de forma continua sino intermitente. De ahí la creencia de que un **“Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua”** (v. 4). En los comienzos de los años treinta del pasado siglo, las excavaciones arqueológicas confirmaron la descripción de Juan.

El milagro se realiza en un lugar pagano, un sábado que, además era fiesta. Tal vez la fiesta de Pentecostés. No cabía más provocación. Además Jesús le dice al muchacho que cogiera la camilla y se fuera a su casa. Un sábado estaba prohibido curar y, también, cargar con peso. Encima Jesús justifica su acción con un nuevo “disparate”, una blasfemia, porque se hace Hijo de Dios: **“Mi Padre sigue trabajando, yo también trabajo”** (v. 17), queriéndoles decir que el Padre descansó de su obra creadora, pero sigue trabajando en dar vida a lo que creó. Por eso Él, imitando a su Padre, sigue trabajando en dar vida a un pobre muchacho que lleva casi cuarenta años paralítico. Lee el milagro y yo sigo la explicación.

La reacción de los judíos. La lógica: **“Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios”** (v. 18). Un poco antes, versículo 16, dice Juan que los judíos estaban ya muy cansados de Jesús porque **“hacía estas cosas en sábado”**. Y era verdad. Jesús, que respetaba el sábado como institución sagrada para todo buen judío, lo que está haciendo es poner las cosas en su sitio: el sábado es importante pero el hombre es más importante que el sábado.

Y Jesús se defiende con un discurso al estilo de los de este evangelista. Léelo tú en casa. Dos ideas claras en estos versículos. Primera: **lo que hago es porque el Padre me ha dado poder para hacerlo.** Segunda idea: **no soy Yo quien da testimonio de mí, sino el Padre, que me ha enviado, es el que testifica sobre mi persona.** Apela también al testimonio del Bautista y Moisés. Jesús se considera aprendiz del Padre y hace lo que todo buen aprendiz: lo que ve hacer al maestro. El Padre, como buen maestro, **“quiere al Hijo y le muestra todo lo que Él hace”** (v. 20). Con lo dicho, ya puedes leer tranquilamente este capítulo 5°.

Capítulo 6°. Tanto en el capítulo anterior, que te acabo de explicar, como en el resto, hasta terminar este libro de los signos, vamos a tener como telón de fondo la abierta hostilidad de los judíos frente a Jesús y los largos discursos, tan propios de Juan.

En este capítulo vamos a tener dos signos (dos milagros) y dos discursos. No podemos dedicarles todo lo que nos gustaría, pero sí lo suficiente para que los comprendas. Sin duda estamos ante uno de los capítulos más importantes del evangelio de San Juan: “*Yo soy el pan de vida*”, nos va a decir Jesús. Si nos va a hablar de la Eucaristía y la Iglesia vive de ella, ya te puedes imaginar la importancia de este capítulo.

“Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente dijo a Felipe: ¿Con qué compraremos pan para que coman éstos? (lo hizo para tentarlo, pues bien sabía Él lo que iba a hacer). Felipe le contestó: Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces, pero, ¿qué es eso para tantos? Jesús dijo: Decid a la gente que se sienta en el suelo. Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron: sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados; lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, que nada se desperdicie. Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: Éste sí que es el profeta que tenía que venir al mundo. Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña, él sólo”. (Juan 6, 1-15).

Éste cuarto signo no es un milagro más. El hecho de que sea **el único milagro de Jesús que se narra en los cuatro evangelios** avala esta afirmación. La comunidad primitiva, que fue la que recogió la tradición apostólica, le dio una importancia trascendental. Atribuye a Jesús lo que en el Antiguo Testamento se decía de los grandes profetas y obradores de milagros, el poder de remediar las necesidades de la gente. Juan, por su parte, coloca a continuación a Jesús andando sobre las aguas (quinto signo). Ambos son preludio de la Eucaristía. Quien camina sobre las aguas o multiplica cinco panes y dos peces hasta dar de comer a cinco mil hombres es alguien que está por encima de las leyes naturales y puede darnos un alimento maravilloso: Dios, hecho pan de vida.

Juan comienza el milagro anotando el momento en que sucedió: “*Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos*”. Juan subraya ese detalle cronológico, haciendo referencia a la Pascua de Jesús, al tiempo de Jesús, en el que el pan de la Eucaristía -su carne- será la nueva comida que alimente hasta saciar a todos los hambrientos de Dios. Es un milagro que va a servir de pórtico y marco al gran discurso eucarístico.

Dada esta importancia, vamos a analizar un poco más el texto. La iniciativa parte de Jesús: él inicia el diálogo, soluciona la situación humana difícil que se ha presentado, distribuye los panes, sin intermediarios. Al final, casi todo lo hace él, pero quiere contar

con otros. Primero con Felipe, a quien implica en el problema humano de aquella muchedumbre: (“*¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?*”); después Andrés que acarrea a un amigo que *"tiene cinco panes de cebada y un par de peces"*. Finalmente a todos: *“Recoged los pedazos que han sobrado”*. Por tanto dos ideas claras: **la iniciativa parte de Dios, pero éste acaba implicando al hombre.**

Aplicándonos el texto ahora a nosotros, digamos que también hoy la gente tiene hambre. Por supuesto, hambre de pan material, pero no sólo de pan tiene hambre la gente. Tiene también hambre de palabra, de espíritu, de cultura, de justicia, de solidaridad, de derechos humanos, de dignidad, de compañía. El único pan capaz de saciar todas las hambres de la muchedumbre es Jesús. Pero, claro, si la gente no tiene fe, de más está que Jesús, hecho Pan y Palabra, esté disponible para todos. Jesús, como hizo con Felipe, Andrés y los demás, nos obliga a enfrentarnos con todas las hambres.

Termina el milagro con un Jesús huyendo al monte a rezar para evitar que la gente lo haga rey. Los apóstoles atraviesan el lago para ir a Cafarnaún y Jesús sale a su encuentro andando sobre las aguas. Lee este milagro en Juan 6, 16-25. La barquilla de Pedro siempre es figura de la Iglesia. Léelo desde esta perspectiva simbólica. Jesús no está en la barca. Jesús es la luz. Sin su presencia, se hace la noche, el viento arrecia contra la barca, el mar embravece y el miedo acompaña a los discípulos. Jesús pone a prueba su fe, pero nunca está lejos: *“Soy yo, no temáis”*. Lo suficiente para que la barca, como la Iglesia, llegue a buen puerto. Así llegan a Cafarnaún.

No tenemos todo el espacio necesario para comentarte paso a paso el discurso Eucarístico de este sexto capítulo de San Juan. Lo tienes explicado en el libro verde (ciclo B) de Catequesis Familiar, en los domingos 17º al 21º del Tiempo Ordinario. Yo te voy a poner aquí lo fundamental del discurso y la reacción lógica de la gente (que lo dejó solo) y de los discípulos, que no se enteraron de mucho, pero que reaccionaron (o mejor, reaccionó Pedro, como siempre) de la única forma que podían hacerlo: *“Señor, dónde vamos a ir. Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos que tú eres el Santo de Dios”*. Hoy es fácil de entender este discurso, porque tenemos la Eucaristía. Pero entonces..., que venga uno diciéndote que, para tener vida eterna, te tienes que comer su carne y beber su sangre, es mucha tela.

“En aquel tiempo, la gente preguntó a Jesús: ¿Qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere? Respondió Jesús: La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que Él ha enviado. Mi Padre es el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo. Entonces le dijeron: Señor, danos siempre de ese pan. Jesús les contestó: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed.

Los judíos criticaban a Jesús, porque había dicho: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo, y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo? Jesús tomó la

palabra y les dijo: No critiquéis. Nadie puede venir a mí, si no lo trae el Padre, que me ha enviado. Os lo aseguro: el que cree, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; éste es el pan que baja del cielo para que el hombre coma de él y no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo; no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

Entonces Jesús les dijo a los doce: ¿También vosotros queréis marcharos? Simón Pedro le contestó: Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios”. (Juan 6, 24-70).

Ya hoy esto está más claro que el agua. No se puede el Día del Señor, el domingo, ir a misa y no comer. La gente va al banquete de la Eucaristía y no come, a pesar de que el Papa nos dijo recientemente que “la Iglesia vive de la Eucaristía”. Hay que comer. Si no se come, no hay vida. Y así nos va. Y hay que comer el pan de la Palabra y el pan del sacramento. Si tienes conciencia de haber ofendido a Dios gravemente, es decir, de haber cometido un pecado mortal, debes confesarte antes de acercarte a comulgar. Si no tienes oportunidad de confesar y deseas sinceramente acercarte a comulgar, haces un acto sincero de contrición (dolor y pesar de haber pecado ofendiendo a Dios) y te acercas a comulgar, confesándote en la primera oportunidad que tengas. Pero nunca te quedes sin comulgar.

La encíclica del Papa sobre la Eucaristía fue un precioso regalo de Juan Pablo II el Jueves Santo del 2003. Hasta cuatro veces nos habla en los números 34 y siguientes de la necesidad de la confesión previa, pero siempre habla de pecado **grave o mortal** “*debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal... Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial*”.

¿Y quién te dice a ti si estás en pecado grave o mortal? Pues tú. ¿Quién va a saber mejor que tú de tu propia conciencia? Dice el Papa: “*El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde sólo al interesado, tratándose de una valoración de conciencia*”. El Papa no lo dice en este momento, pero se supone que la conciencia tiene que estar “**rectamente formada**”. Y ¿cómo se forma la conciencia?

A la luz de la Palabra y de la doctrina de la Iglesia. Tenemos que animar a la gente a que se formen como cristianos adultos y a que se acerquen a comulgar. En eso estamos y para esa formación son estos libros que te estamos regalando. Y la misa del Día del Señor, sin faltar uno solo. Y las catequesis de adultos en tu Parroquia. El todo es la fe: creer en Jesús, el enviado del Padre.

Capítulos 7º y 8º. Estos dos capítulos los vas a leer tú en casa, haciendo un ratito de oración. No tienen mucho que explicar. El tema común a los dos capítulos es el rechazo a Jesús, por parte de los judíos, y la propia defensa de su persona y su misión que Jesús hace ante los judíos y ante sus discípulos. **“Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí”**, **“Yo soy la luz del mundo”**, les va a gritar en su propia casa. Y no es que Jesús se escondiera. Él estaba en el templo continuamente, entre multitudes porque estos dos capítulos suceden durante la fiesta de las Tiendas, en las que Jesús deja Galilea y sube a Jerusalén. Había la costumbre de iluminar mucho el atrio de las mujeres en estas fiestas. Por eso Jesús, aprovechando ese rito, se va a proclamar varias veces luz del mundo. Lo mismo que las bengalas iluminaban aquellos atrios, Jesús viene a iluminar la vida de los hombres. Los judíos lo tachan de endemoniado, lo quieren apedrear e, incluso, mandaron guardias a detenerlo, sin mucho éxito porque buena parte del pueblo estaba con Jesús.

Si acaso, recordarte que cuando habla el evangelio sobre los **“hermanos de Jesús”** no significaba en aquella cultura que fueran hermanos de padre y madre. Se refiere a los parientes, en general, como cuando nosotros hablamos de los **“primos hermanos”**; incluso de simples paisanos. Para que hagas un ratito de oración sobre estos dos capítulos, te voy a poner el caso de la mujer adúltera. Fue una oportunidad de oro que se les presentó a los escribas y fariseos para tenderle una trampa a Jesús. Te pongo el texto y te lo comento.

“En aquel tiempo, los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices? Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que no tenga pecado, que le tire la primera piedra. E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó sólo Jesús, con la mujer en medio. Jesús se incorporó y le preguntó: Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado? Ella contestó: Ninguno, Señor. Jesús dijo: Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más” (Juan 8, 1-11).

Hay dudas de si este episodio de la adúltera es auténticamente de Juan o es un traspaso desde Lucas, el evangelista de la misericordia. Otros dicen que sí es de Juan, pero el hecho de que no aparezca en alguno de los primeros códices es porque en aquella cultura debió parecer excesiva tanta misericordia con una mujer, y además

adúltera. Dejemos esa disputa para los entendidos y vamos a centrarnos en la actitud de Jesús ante esta “presa” cazada por los guardianes de la moral, con la sana intención de convertirla en cebo de cara a otra “presa” más codiciada (Jesús) a quien pondrían otra vez en el dilema de escoger entre Dios y la ley, como cuando la moneda del César.

Si Jesús perdona, va contra Moisés que mandó apedrear a las adúlteras. Si aprueba la condena a muerte, va contra el César, pues sólo el Gobernador tenía autoridad para condenar a muerte. En la confrontación no va a perder nadie: ni Moisés, ni el Gobernador. Va a ganar el amor, como en la parábola del hijo pródigo. Está claro que Dios prefiere la misericordia al sacrificio. Está claro que Jesús no condena al pecador, sino el pecado. Está claro que las piedras no liberan a nadie, sólo el amor libera. No es la acusación y el castigo los que redimen, sino el respeto, el perdón y la ayuda. Vamos a ver la sentencia de Jesús a la adúltera.

“Tampoco yo te condeno. Vete y en adelante no peques más”: Casi tendríamos que agradecer el adulterio de esta señora que propició una sentencia tan gozosa, tan humana, tan divina de Jesús. No es que el adulterio sea bueno; pero aquel encuentro con Jesús fue la cosa más maravillosa que nunca le pudo suceder. No sabemos nada de su historia posterior, pero la mujer jamás podría olvidar aquellos ojos y aquellas palabras del maestro de Nazaret. También nosotros somos beneficiarios de aquel adulterio, ya que pudimos aprender cuál es la postura de Dios ante el pecado y ante el pecador, cómo trata a la persona caída y humillada: con respeto, con misericordia y con dignidad.

La curación de un ciego de nacimiento (capítulo 9º). Te pongo sólo un resumen del evangelio, que ocupa el capítulo 9º entero. Tú lo lees en casa entero.

“En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: Ve a lavarte a la piscina de Siloé. Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: ¿No es ése el que se sentaba a pedir? Unos decían: El mismo. Otros decían: No es él, pero se le parece. Él respondía: Soy yo. Era sábado el día que Jesús hizo barro y curó al ciego. Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban: Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos? Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos? Él contestó: Que es un profeta. Le replicaron: Empecatado naciste tú de pies a cabeza ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron (de la sinagoga). Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: ¿Crees tú en el Hijo del hombre? Él contestó: ¿Y quién es, Señor, para que

crea en él? Jesús le dijo: Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es. Él dijo: Creo, Señor. Y se postró ante él” (Juan 9, 1-41).

El tema es el mismo de todo el evangelio de Juan. **¿Quién es Jesús?** Respuesta: **El Mesías**, fuente de agua viva (encuentro con la samaritana), luz del mundo (el ciego de hoy, que recupera la luz. **“Yo soy la luz del mundo”**, vuelve a repetir de nuevo Jesús en el versículo 5), vida de los muertos (resurrección de Lázaro del undécimo capítulo). No olvidemos nunca que el evangelio de Juan fue escrito hacia el año 97-100, con la finalidad de demostrar que Jesús está vivo y que nos da su espíritu. Aquí se mezclan, como en todos los evangelios, una doble perspectiva. **La histórica**, el hecho que pasó realmente, la curación de este muchacho. **Y la catequética**: Juan, cuando escribe su evangelio, es presbítero de una comunidad, a la que catequiza con su evangelio y a quien aplica, acomodándolo, el hecho histórico y real.

En la comunidad de Juan había una controversia entre los cristianos y los judíos que le rodeaban. Los judíos, fariseos en su mayoría, combatían duramente no sólo a Jesús como Mesías, sino que perseguían a sus discípulos echándolos de las sinagogas, lo cual tenía entonces una repercusión social muy grande, como si ahora a mí se me ocurriera echar a uno del templo. Esta perspectiva hay que tenerla muy en cuenta para entender el evangelio. La otra clave para entender este evangelio es la carga simbólica que Juan da a todos sus escritos como ya dijimos. El ciego desde su nacimiento, el barro, la saliva, las tinieblas en que se encontraba, escoger el sábado como día de la curación, día en el que estaba prohibido curar. Todo tiene un sentido simbólico.

Fíjate en las tres reacciones que se producen ante el ciego, porque pueden ser las mismas que se produzcan ante nuestro vivir cristiano, sobre todo si pasas de un cristianismo sociológico, arrastrado por las costumbres, a ser un creyente comprometido. La de la gente, que no se aclara. La de sus padres, que no se comprometen por miedo a los judíos. Y la de los creyentes de siempre (los fariseos) que lo juzgan desde sus viejas normas, menospreciando al muchacho.

“Yo soy el buen pastor” (capítulo 10º). Esta alegoría de Jesús como el buen pastor, ya la conoces de haberla oído muchas veces y, sobre todo, del salmo 22: **“El Señor es mi pastor, nada me puede faltar”**. ¿Y por qué en este momento? Está clarísimo. El capítulo 9º ha sido un juicio negativo a Jesús por parte de los jefes judíos. Ahora es Jesús el que se va a defender ante los suyos y va a poner a los fariseos de malos pastores. En los tres ciclos litúrgicos -A, B y C- se lee un trozo de este capítulo 10º el cuarto domingo de Pascua, que lo llaman por eso el domingo del Buen Pastor. Te pongo el evangelio y la explicación para que hagas un ratito de oración sobre él.

“En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque

conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él porque no conocen la voz de los extraños. Ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas: el asalariado, que no es el pastor ni el dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estragos y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre. Yo doy mi vida por las ovejas. Tengo además otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor. Por eso me ama el Padre; porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para quitarla y tengo poder para recuperarla. Este mandato he recibido del Padre (Juan 10, 1-18).

Como has visto, se trata de una hermosa página en la que se habla de ovejas, apriscos, pastores, extraños y bandidos. Pero interesa, sobre todo, la relación pastor-oveja. Ésta es la reconstrucción ambiental: en un aprisco se alojan varios rebaños de distintos amos que, por la noche, confían sus ovejas a un pastor que queda de guarda por turnos. Por la mañana se presentan los otros pastores y cada uno llama a sus ovejas que le conocen y le siguen. Si el pastor que llama es otro, no lo conocen y, por tanto no lo siguen. Naturalmente, ese aprisco tiene una puerta de entrada. A ninguno de los dueños se le ocurriría saltar por la tapia. Por la tapia saltaría un ladrón para eludir la vigilancia del que está de guardia. Ésta es la idea aprovechada por Jesús.

La clave de todo el capítulo es **la voz** del amo. El reencuentro está en **la palabra**, en la voz, no en la visión. Yo creo que, a estas alturas de este Curso Bíblico, muchos de nosotros ya lo conocemos por la voz. Ya sabríamos distinguir su palabra de otras. Nos pasa como a María Magdalena que, buscando a Jesús después de la resurrección, se encontró con Él y lo confundió con el hortelano, pero cuando Jesús le dijo “*¡María!*” lo reconoció por la voz. Como en este caso de la Magdalena, Jesús nos llama por nuestro nombre. Nos conoce a uno por uno, como el buen pastor conoce a las ovejas. Para Dios eres único. Dios no trabaja en serie, como los políticos. Para los políticos eres un voto, para Jesús eres una persona. No digas nunca: “*No soy nadie*”. Para lo que estás llamado a ser en su Reino eres **insustituible**. Tú, con tu nombre y apellidos. Otra cosa es tu libertad de seguir o no la voz de Jesús.

En el versículo 9 dice: “*Yo soy la puerta*”. Y en el 11 dice: “*Yo soy el Buen Pastor*”. No hay contradicción. Dicen lo mismo. Jesús es el único que nos puede salvar, la solución a nuestros problemas. Utiliza dos imágenes para explicar la misma idea. “*Podrá entrar y salir*”. Serás libre para estar dentro o fuera. Jesús no te hace firmar

ningún papel para tenerte agarrado como los bancos. Si un domingo te levantas con el pie izquierdo y no tienes ganas de ir a Misa, el Señor no pasa lista. Se queda esperándote, pero nada más. Él está hecho a las esperas.

Jesús es una puerta siempre dispuesta a abrirse para que entre quien quiera. Además, la puerta del redil autentifica a los pastores. Los que no entren por Él son ladrones y bandidos. Esta sencilla parábola fue una dura denuncia para los jefes religiosos de su época y lo sigue siendo para nosotros los ministros de la Palabra de hoy. Quien se predique a sí mismo y no a Jesús, no ha entrado por la puerta. Las ovejas tienen que reconocer, en nuestra voz, la suya. Somos como los gañanes del Buen Pastor, sus ayudantes.

Parece claro, por el estilo, que es una composición típica de Juan: afirmaciones yuxtapuestas, juntas, que van redondeando, a golpes, su tema. Jesús es el buen **Pastor**. Jesús es la única **Puerta**. Frente a éstas, otras dos imágenes: **el lobo** y **el asalariado**. Hay cuatro imágenes: dos buenas y dos malas, que se complementan entre sí para redondear la idea. No olvidemos que el discurso está pronunciado en una situación de enfrentamiento con las autoridades que querían apedrearlo por haber curado a un ciego **en sábado** (Juan 9, 14). Y más tarde, cuando se redacta el evangelio, la comunidad de Juan había sido expulsada definitivamente de la sinagoga, tras el concilio de Yammia.

Muy importante también esto: en el rebaño, **las distancias las marcan las ovejas**. Unas ovejas se acercan más que otras. María, la hermana de Lázaro, se acercó más que Marta. Se sentía a gusto a los pies del pastor. Así todos los consagrados, - sacerdotes, religiosas, vírgenes- se han situado más cerca que nadie del pastor, “**y ese lugar no le será arrebatado**”(Lucas 10, 42). La distancia respecto al pastor la escoge, libremente, la oveja. ¿Dónde te sitúas? Desde luego, cuanto más cerca del pastor, menos peligro de lobos. Mi madre decía: “*La oveja más cercana al pastor, es la más regalada*”. Y así es, entre más te acerques a Jesús, mejor escaparás.

El resto de este 10º capítulo (versículos 22-42) se desarrolla en otra fiesta judía, la Dedicación. Está Jesús paseando por el pórtico de Salomón y los judíos lo rodean y vuelven a la carga. Jesús se declara Hijo de Dios: “**Yo y el Padre somos uno**”. Y, ante sus palabras, las dos respuestas de siempre: los judíos que “**querían de nuevo prenderle**” (v. 39), mientras “**muchos allí creyeron en Él**” (v. 42). Como ves, Jesús es signo de contradicción: unos con Él y otros contra Él.

Capítulo 11º: “Yo soy la resurrección y la vida”. Vamos a estudiar el último de los siete signos, el más grande. Otro motivo de enfrentamiento. Al terminar la narración del milagro, Juan nos va a decir que las autoridades resuelven abiertamente terminar con Jesús. Es el Sumo Sacerdote el que va a aconsejar que “**muera un hombre por el pueblo y no perezca la nación entera**” (Juan 11, 50). Lo importante de este capítulo es la afirmación en la que Jesús se atribuye a sí mismo otro título con el clásico “**Yo soy**”, que viene repitiendo a lo largo del evangelio. Todo lo demás es una puesta en escena en la que podemos distinguir perfectamente dos planos: Jesús y

todos los demás (discípulos, judíos, las hermanas). A medida que vayas leyendo el relato, comprueba estos dos planos de pensamiento y actitudes.

¿Estamos ante un hecho histórico o ante una composición de Juan al servicio de la gran afirmación con la que Jesús se proclama *“la resurrección y la vida”*? Nadie duda del poder de Jesús respecto al milagro. Jesús es Dios. Y lo mismo que metió vida en los cuerpos de paralíticos, en los ojos de los ciegos o en la lengua de los mudos, pudo meter vida en el cuerpo de Lázaro, tras cuatro días enterrado. Si así fue, estamos ante el milagro más grande de Jesús. ¿No es extraño que un milagro tan grande no sea mencionado siquiera por ninguno de los sinópticos? Los estudiosos se hacen ésta y otras preguntas. Nosotros vamos a atenernos al texto que la Iglesia nos da, todo él encaminado a iluminar la afirmación principal: *“Yo soy la resurrección y la vida”*. El capítulo 12, 1 y 9-11 parece avalar la tesis de la historicidad del hecho. Los entendidos en el tema seguirán con sus investigaciones. Te pongo el capítulo un poco resumido. Tú léelo en casa entero.

“En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro mandaron recado a Jesús diciendo: Señor, tu amigo está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, sollozó y muy conmovido preguntó: ¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: Señor, ven a verlo. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: ¡Cómo lo quería! Jesús sollozando de nuevo llegó a la tumba.

Dijo Jesús: Quitad la losa. Marta, la hermana del muerto, le dijo: Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días. Jesús le replicó: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado. Y dicho esto, gritó con voz potente: Lázaro, ven fuera. El muerto salió, los pies y las manos atadas con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él” (Juan 11, 1-45).

Sucedió en Betania. Betania era una aldea acogedora, situada a unos tres kilómetros de Jerusalén. Íntimos amigos de Jesús, el cual se escapaba con frecuencia a descansar allí. A los personajes ya los conocéis. Marta, la hermana mayor, llevaba la casa adelante. Marta en hebreo significa "Señora". Por el contrario María, su hermana, es más joven y, desde luego, lo opuesto a Marta. Algunos estudiosos de la Biblia (exegetas los llaman) la hacen coincidir con la Magdalena. No tiene nada de particular. Desde luego en ambas hay una mujer de mucha vitalidad. Es posible que sea la misma, pero no se sabe con seguridad.

Como el ciego del capítulo 9º, también este caso se dio para "gloria del Hijo de Dios". ¿Por qué no saltar de vez en cuando desde el plano y la sinrazón humana y ver, en el fondo, el dolor como una prueba para glorificar a Dios? Otra cosa que impresiona es el llanto repetido de Jesús. Sabía que iba a resucitarlo. La esperanza del futuro ilumina y relativiza la realidad presente, pero no la destruye. Cuando un niño nace nos alegramos, aunque sabemos que algún día se tiene que morir. Entonces lloraremos. Jesús lloró como nosotros cuando se nos muere un ser querido. Jesús se nos presenta hoy más cercano que nunca al hombre. Como uno de nosotros.

Resulta duro el silencio de Jesús que espera dos días más y llega cuatro días tarde. No sólo no va a curarlo, sino que tampoco va a acompañar a sus amigas que sufren. Es el silencio de Dios. ¡Cuántas veces lo invocamos y se calla! Son los caminos de Dios. En vez de buscar su voluntad, solemos responder, como Marta, con la decepción y el reproche: "*Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano...*". Y, a su vez, también demostró fe en Él: "*Pero aún ahora sé que lo que pidas a Dios, te lo concederá...*". Jesús, como siempre, ante esta respuesta de fe dolida le da la noticia y la catequesis: "*Tu hermano resucitará... yo soy la resurrección y la vida*".

Capítulo 12º. Estamos ante el último capítulo del libro de los signos. Su finalidad es ambientar para el libro de la glorificación que comienza en el capítulo 13º. El capítulo lo podemos dividir en cuatro escenas bien sencillas y delimitadas. La primera es la unción en Betania, ante la protesta de Judas, que era un trincón. Mateo 26 y Marcos 14 repiten esta escena casi con las mismas palabras. La segunda escena es la entrada triunfal en Jerusalén, que la traen también los tres sinópticos. La tercera es el encuentro con "griegos devotos" que le preparan Andrés y Felipe. Y, finalmente, el rechazo de los judíos, presente en todo el libro de los signos.

Puedes leer tú solo en casa este capítulo doce que no tiene dificultad. De la unción en Betania, sólo decirte que el valor del frasco de perfume era el equivalente al sueldo de nueve meses de salario de un trabajador. ¡Mucho debía querer aquella mujer a Jesús! De la escena de la entrada en Jerusalén, te destaco su conclusión en el versículo 19: el odio de los judíos. En la escena del encuentro con los devotos griegos sí hay frases muy bonitas para que las pienses un poco. Se trata del anuncio del propio Jesús de su glorificación a través de la cruz. Como final de este capítulo, te

pongo esta cita. El rechazo de los judíos no te lo pongo porque ya lo sabes: odio mortal a Jesús.

“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre le premiará. Ahora mi alma está agitada y, ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado y volveré a glorificarlo” (Juan 12, 23-28).

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Éxodo 16, 11-26

Iª Corintios 11, 17-34

Juan 6, 22-63

Actividades:

1. - El maná es el pan del Cielo que Dios dio a su pueblo en el desierto. Es un símbolo de la Eucaristía. Léelo y piensa que sí es así.
2. - Pablo nos deja una de las primeras constancias de la celebración de la Eucaristía en su comunidad. Este texto es clásico y precioso. Medítalo hoy.
3. - El discurso en la sinagoga de Cafarnaún resume todo el pensamiento de Jesús sobre la Eucaristía. Te lo pongo entero para que lo leas y medites despacio.

Tema 3. - EL EVANGELIO DE JUAN (II)

1. - Introducción. Vamos a ver el resto del evangelio de San Juan. En el tema anterior vimos el prólogo y el libro de los signos. En éste vamos a estudiar el libro de la glorificación y el epílogo. Van a ser nueve capítulos divididos en tres partes: la última cena (cinco capítulos), la pasión (dos capítulos) y la resurrección (sólo el capítulo 20º). El epílogo, posiblemente añadido, es el capítulo 21º. El núcleo más largo está compuesto, casi todo él, por los discursos o conversaciones de despedida de Jesús durante la última cena. Son largos y llenos de contenido. Propician una oración larga y tranquila. La pasión y la resurrección más o menos como las de los sinópticos. Iremos señalando las diferencias.

2. - La última cena de Jesús con sus discípulos (capítulos 13º al 17º). Este bloque se conoce como los discursos de despedida de Jesús. Si lees despacio, te darás cuenta que al terminar el capítulo 14º Jesús dice a sus apóstoles: *“Levantaos, vámonos de aquí”*. Y empalma con el capítulo 18º que comienza diciendo: *“Dicho esto, pasó Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el que entraron él y sus discípulos”*. El contenido de los capítulos 15º-17º ¿fue la conversación que tuvieron por el camino? La mayoría de los autores piensan que no. Más bien son palabras de Jesús puestas en este lugar porque son donde mejor encajan. Como vas a ver, todo son consejos, advertencias, recomendaciones en un contexto de despedida. Como si tú supieras que te vas a morir y dedicaras tus últimas horas en aconsejar a tus hijos sobre sus vidas, ya sin tu presencia entre ellos.

Todo comienza con **el lavatorio de los pies**. Es un gesto. El mismo que tuvo María en Betania con Jesús, lo tiene ahora Jesús con sus discípulos y les dice: *“También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”*, para que en su Iglesia sea un gesto normal: servirnos mutuamente, hasta la humillación. Es tan importante este gesto que te lo voy a citar y a ponerte el comentario que ya te hice en el ciclo A de libro de Catequesis Familiar. Lo importante en este estudio de la Biblia es que no sea frío, sino que vaya siempre acompañado de ratitos de oración. Vamos a hacerla.

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final. Estaban cenando, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le dijo: Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: Lo que hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás

más tarde. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos.

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “El Maestro” y “El Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (Juan 13, 1-15).

Jesús se despide de los suyos antes de comenzar la pasión. Lo va a hacer en el contexto de la cena pascual, su última cena pascual. Juan introduce el trozo del evangelio diciendo que esto pasó porque Jesús **amó a los suyos hasta el extremo**. E hizo un gesto para apoyar esas palabras. Según el rito de la cena pascual, terminada la primera parte, los criados o el más pequeño de la casa servía a los comensales una palangana para lavarse las manos y una toalla para secárselas. Comían con las manos y, entre los alimentos, algunos de ellos eran pringosos por lo que resultaría incómodo seguir con las manos manchadas y pegajosas.

Era un gesto de servicio. Llega el momento de hacerlo y todos los apóstoles están a la espera de ver quién es el designado por Jesús para realizar esta tarea humilde. Todos temen ser el elegido porque los dejaría en una situación de inferioridad a la hora de pensar en los primeros puestos en el Reino que Jesús iba a implantar, posiblemente pronto dada la solemnidad con que se había revestido esta cena pascual. En ese momento psicológico de suspense Jesús se levanta, coge la palangana que estaba preparada para realizar el servicio, se ciñe la toalla a la cintura y se dispone a lavar no sólo las manos, sino también los pies.

Los apóstoles, que ciertamente habían encontrado a Jesús algo raro aquella noche, pensaban que ahora desvariaba: era un gesto de esclavo o de crío el que se desarrollaba ante ellos. Pero nadie se atrevía a hablar ante el temor de que Jesús le dijera: “*Pues hazlo tú*”.

Allí estaban todos, incluso Judas. Jesús se puso de rodillas delante de él y comenzó a desatarle las sandalias. Un temblor frío corrió por todo su cuerpo. Sintió que el agua fría quemaba su piel, pero más la quemaban los dedos de Jesús, el beso de sus labios y el encuentro con su mirada al levantarse. Pero Jesús no dijo palabra y pasó al siguiente. Era el momento de los gestos y sobraban las palabras. Hasta que llegó a Pedro. El silencio de la sala se podía mascar. Pedro estaba para reventar y reventó. Él no era de los que se callaban. El Pedro ante quien se arrodilló el maestro, era el Pedro de siempre, el fogoso, testarudo, apasionado:

El Pedro de la confesión de fe, inspirada por el Padre: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”*. También el Pedro de la reivindicación salarial: *“Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué nos vas a dar?”*. El Pedro que para salir de un apuro ante una criada juró por tres veces que no conocía a Jesús. El Pedro que, por eso, lloró amargamente el resto de su vida. ¿Cómo iba Pedro a tolerar que Jesús le lavara los pies? *“¿Lavarme tú a mí los pies? Eso jamás”*. No hay una negación de la contundencia de un "jamás". Hoy decimos: **“No, y punto”**.

Ahora es Jesús el que endurece su tono con Pedro, como lo hizo el día que quiso apartarlo del camino de la cruz trazado por el Padre. *“Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo”*. Pedro, nervioso como un flan, se derrumba ante esa posibilidad y está dispuesto a dejarse bañar entero, con tal de no perder a Jesús. El Maestro sonrío ante la salida de Pedro y comenta: *“No hace falta tanto... vosotros estáis limpios... aunque no todos”*. El “aunque no todos” les cortaría el incipiente aliento de alivio. Esa frase se les clavó tan dentro que Juan, cincuenta años más tarde, recuerda no sólo la frase sino también el impacto que produjo entre ellos, y comenta: dijo lo de *“no todos estáis limpios”* porque sabía quién lo iba a entregar.

Concluido el gesto del lavatorio, la lección ha terminado. Jesús se sienta y se dispone a repasarla para que quede bien aprendida. *“¿Lo habéis entendido bien?”* Silencio en la sala. Los que somos profesores sabemos que eso significa regular, tirando a mal. Jesús se dispone a explicar con palabras el gesto realizado. La lección es muy fácil. Un principio y una conclusión. **El principio:** *“Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy”*. **Conclusión** que se deduce: *“Si el Maestro y el Señor lava los pies a sus discípulos, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros”*. Y machaca la lección por si quedan dudas: *“Os he dado un ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, también vosotros lo hagáis”*.

Ahora sí lo han comprendido, aunque no entiendan muy bien a qué viene aquello. Eso lo entendieron más tarde, cuando llegó el Espíritu Santo, que los había de llevar al entendimiento completo de todo lo visto y oído. De todas formas el gesto no se les olvidaría nunca. Un gesto en **tres** tiempos: **Arrodillarse** ante el otro, incluido Judas, el que lo vendió. **Lavarles** los pies, incluso a Pedro, el que lo negó tres veces. **Besar** uno por uno aquellos pies que iban a servir para huir, desertando de tres años de amistad y esperanza.

Algo nuevo nacía aquella noche en las relaciones entre los suyos. Era el gesto de la noche. Cuando, cincuenta años más tarde, Juan recuerda lo vivido en aquella última cena no narra la institución de la Eucaristía. Ya lo habían hecho los otros tres evangelistas y las comunidades llevaban cincuenta años celebrándola. La Eucaristía formaba ya parte de la vida de la comunidad. Juan la sustituye por la narración de este gesto, dándonos a entender que no se trata de dos gestos distintos, sino de las dos caras de la misma moneda: Eucaristía es servicio, como servir es Eucaristía. Podemos decir que este gesto del lavatorio de los pies forma parte integral de la celebración de la Eucaristía.

Terminado el lavatorio y la catequesis que le sigue, dice Juan que *“Jesús se turbó en su interior”*. Va a anunciar la traición de Judas. El discípulo *“que Jesús amaba”* va a saber de quién se trata, pero nadie reacciona. Y Judas, por libre decisión personal, se alía con el diablo y se marcha a cumplir su cometido de vender a Jesús. Juan subraya que *“era de noche”* (Juan 13, 30). Es natural, Judas se ha ido de Jesús, que es la luz, y se sitúa en la noche.

Primer discurso de despedida. Resto del capítulo 13° y el 14° entero. Fíjate cómo comienza: *“Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él”*. El “ahora” quiere decir que ha comenzado la pasión, con la decisión de Judas. Ahora comienza la hora de Jesús, su glorificación. Jesús da su triunfo final, la resurrección, como consumado. Tiene tantas ganas de volver al Padre que parece que ir a la pasión es ir a una fiesta triunfal. Estos dos versículos, 31 y 32, comienzan y terminan con dos adverbios temporales: **ahora**, que hemos explicado, y Dios me glorificará **“pronto”**. Es el deseo de Jesús de que pronto se realice el plan del Padre.

Jesús se está despidiendo: se mezclan los verbos irse y volver. Irse a la casa del Padre y volver, pero sólo para los creyentes que lo vemos presente en su Iglesia. Siguiendo el texto, el capítulo trece termina con el mandamiento del amor y el anuncio de las negaciones de Pedro. *“Os doy un mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os amáis los unos a los otros”*. Y a Pedro le dice: *“En verdad te digo: no cantaré el gallo antes de que me hayas negado tres veces”*.

El capítulo 14° lo puedes leer sin necesidad de muchas explicaciones. Imagínate la escena: Jesús, sentado a la mesa, está repasando lo que tantas veces les ha dicho: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*. Jesús es el camino hacia el Padre. Les promete el envío del Espíritu. El Espíritu es muy importante en el evangelio de Juan. Cinco o seis veces promete Jesús el envío de su Espíritu en esta despedida. Jesús dice **“el Paráclito”**. Paráclito significa abogado, defensor legal, ante un mundo hostil como el que van a tener que vivir. Ese Paráclito será el que *“os enseñará todo y os recordará todo lo que os he dicho”*. Después les da la paz, pero no la paz del mundo que se impone desde el poder, sino una paz que se construye desde el servicio. Por esto, su paz nadie se la podrá quitar. Todo esto será una realidad si estamos unidos a Jesús. Con este tema de la unión a Jesús va a comenzar el segundo discurso (capítulos 15°-17°).

Segundo discurso de despedida. Si el primero terminó con esta frase: *“Levantaos. Vámonos de aquí”*, esta parte de la despedida bien pudo hacerse camino de Getsemaní bien, como es más probable, fue un añadido de dichos de Jesús que Juan colocó aquí porque encaja en el contexto. A nosotros nos da igual. Vamos a estudiarlo capítulo por capítulo.

Capítulo 15°. Este capítulo, que termina con un tercer anuncio del envío del Paráclito, tiene además dos ideas fundamentales: la unión del discípulo con Jesús y el odio del mundo hacia los discípulos. Me parece más interesante que hagamos un rato de oración sobre la primera y tú lees el resto del capítulo. Comprenderás la importancia del Espíritu en la vida de la Iglesia. Es la savia, el alma.

“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. A todo sarmiento mío que no da fruto lo poda para que dé más fruto. Vosotros estáis limpios por las palabras que os he hablado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí nada podéis hacer. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego lo recogen, lo echan al fuego y arde. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis y se os concederá. La gloria de mi Padre consiste en que deis mucho fruto y así seréis discípulos míos” (Juan 15, 1-8).

El Padre es el labrador, porque fue el que plantó la vid en el campo del mundo. El Espíritu de Jesús -el Espíritu Santo- es la savia que nos pone en comunicación con Él. La savia es a la cepa, lo que el alma al cuerpo. El alma de la Iglesia es el Espíritu Santo. Por eso dice San Pablo que sin el Espíritu Santo no podemos ni decir amén. Nada puede hacer el sarmiento, si le cortan la savia. Así pasa con todas las plantas.

Unión permanente con Cristo: La palabra fundamental -siete veces se repite en siete versículos- es “permanecer”, es decir, la “perseverancia”, *“permaneced en mí, porque sin mí no podéis hacer nada”*. Nuestra unión con Cristo ha de ser continua. No basta tener encuentros esporádicos e intermitentes. Vivir la presencia de Cristo en nosotros, nuestra comunicación con Él en la oración, en el trabajo, en el descanso. El sarmiento no puede separarse en ningún instante de la vid, si no quiere perecer y dejar de ser. Igual nosotros. Si queremos que la savia de Jesús, su Espíritu viva en nosotros, debemos permanecer unidos a Él.

Unión íntima: La intimidad de la unión del alma con Dios supera la unión matrimonial. Un santo, el cura de Ars, decía que la unión del alma con Dios es como la de dos trozos de cera que se funden en uno solo y nadie los puede separar. Y San Pablo lo expresa de una manera muy gráfica: *“Vivo, y ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”*.

Unión dinámica: Lo mismo que la savia corre por el centro de la vid y de los sarmientos, la gracia de Dios corre por toda la Iglesia y los cristianos. El cristianismo es vida, es movimiento, es acción. Recuerda la conversión de Pablo. Del Pablo sin Cristo, *“respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor”*. Y del Pablo con Cristo tratando de *“unirse con los demás discípulos... hablando y discutiendo con*

todos”, en defensa de Jesús. Ya Pablo es otro hombre. Estaba de tal forma dinamizado por el Espíritu de Jesús, que ya no parará el resto de su vida.

La poda. El agricultor no planta la viña para adornar los campos, sino para sacarle un fruto. Cuando el viñador hace la poda, siente cierta tristeza porque la vid, de pronto, se transforma en un esqueleto desnudo... pero no duda en hacerlo o cosecharía sólo hojas. Poda porque sabe que así la cepa hará brotar nuevos sarmientos, más fuertes, que con el alimento de la cepa producirán grandes racimos.

Podar es tan duro como necesario. El Padre, que es el viñador, hace la poda. Nos quita lo superfluo. No son cortes sangrientos, son liberadores. Nos podemos negar a la poda. Muchos se niegan y están llenos de hojas exuberantes, pero innecesarias y sin frutos. Vamos a dejarnos podar por Dios con las tijeras de su Palabra que es penetrante como espada de doble filo. A veces nos quejamos de la poda, pero Él nos comprende y ayuda.

Para eso está el sarmiento, para dar fruto abundante. Ésa es la alegría del labrador, de la vid y del propio sarmiento. La vida no la tiene el sarmiento para guardarla, sino para entregarla y hacerla fructificar. El que tiene la vida de Jesús debe hacer las obras de Jesús: no puede dar el peral un fruto venenoso. No es propio porque nadie da lo que no tiene y el peral no tiene veneno. ¿Cuáles son los frutos del Espíritu? San Pablo, en Gálatas 5, 22-25, nos habla de ellos. **Caridad, alegría, paz, paciencia, generosidad, bondad, fe, mansedumbre**, etc. Toda esa lista que San Pablo, ya unido a Cristo, experimentó en su vida.

Capítulo 16º. Empalma totalmente con el anterior. Continúa la despedida. Como no sois del mundo, el mundo os perseguirá. *“Os expulsarán de las sinagogas e incluso llegará la hora en que los que os maten pensarán que están dando culto a Dios”*. Esto es lo que está viviendo la comunidad de Juan y todos los cristianos de todos los tiempos en muchos lugares. También insiste varias veces en este capítulo en el envío del Paráclito, del Espíritu, que los llevará hasta la verdad completa, como así fue. Tan importante es la venida del Espíritu de Jesús que lleva a decirles: *“Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré”* (Juan 16, 7).

Quizás haya un versículo que necesita un poco de explicación, es el versículo 8, aunque Jesús lo explica a continuación. Dice así: *“Cuando venga (el Espíritu) convencerá al mundo con la prueba de un pecado, de una justicia, de un juicio”*. “Convencerá” (en el sentido de “demostrará que está equivocado”) **de un pecado**, porque no creen en mí, dice Jesús. El pecado del mundo fue y es no creer en Jesús, no aceptarlo como el enviado del Padre. La venida del Espíritu es una prueba de que quienes no creyeron en Jesús estaban equivocados. **De una justicia**, en el sentido de que la vuelta de Jesús al Padre, le hace justicia al presentarse como el enviado e igual al Padre. No eran blasfemas las pretensiones de Jesús, sino justas. **De un juicio**, y aclara Jesús, *“porque el Príncipe de este mundo está juzgado”*, es decir, la resurrección de

Cristo y su triunfo sobre la muerte significa la derrota de Satanás, su enemigo. Sin duda, estas palabras puestas en boca de Jesús no fueron dichas por Él, sino que responden a una constatación de Juan, tras la resurrección. Es un texto post-pascual.

Capítulo 17º. Este capítulo se leía el 7º domingo de Pascua, repartido en los tres ciclos. Como la fiesta de la Ascensión pasó del jueves al domingo 7º de Pascua, éste desapareció con lo que ya no se lee en la liturgia dominical. A este capítulo 17º se le llama **“la oración sacerdotal de Jesús”**, por eso se lee en una misa en la que los sacerdotes renuevan, en Semana Santa, sus promesas sacerdotales. Ésta se llama misa Crismal. Este nombre le viene de que en ella se consagran el crisma y los óleos que se usan en los bautizos y en la unción de los enfermos. El capítulo está dividido en tres partes, perfectamente diferenciadas. Lo podemos considerar el testamento de Jesús en la hora de su despedida. Léelo con la atención y el cariño que se merece. Vamos a decir una palabrita de cada una de ellas y poner una breve cita, con el texto más claro. Tú puedes leerla en casa entera.

En **la primera parte**, Jesús reza por la realización de su obra. **“Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti”**. Jesús ruega por sí mismo y pide al Padre parte de su gloria, puesto que ha cumplido la obra para la que lo envió. **“Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”**. La obra de Jesús, por la que está rogando, es glorificar al Padre y darlo a conocer. **“Ahora han conocido que todo lo que me diste procede de ti... y han creído que tú me has enviado”**.

En **la segunda parte**, reza por sus discípulos. Son suyos. **“Padre, guarda en tu nombre a los que tú me has dado”**. **“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Por esto el mundo los ha odiado”**. **“No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del mal”**. Pide para ellos la unidad en el amor: **“Que sean uno como nosotros”**, de modo que formen una comunidad de amor, como Él con el Padre y el Espíritu. Y pide también para ellos que amen la verdad: **“Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad”**.

Y en **la tercera parte**, la oración de Jesús desborda el momento y el espacio en que se viene realizando y **“ruego también por los que crean en mí por la palabra de ellos”**. Está pidiendo por nosotros, que entonces éramos futuros creyentes y que no existíamos. Y ¿qué pide para nosotros? La unidad de los cristianos **“Que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado”**. ¡Qué fracaso el de la oración de Jesús! Han pasado veinte siglos y los cristianos estamos divididos en cientos de grupos distintos. Siempre les hemos echado la culpa a los otros que se fueron. Yo prefiero mirar hacia dentro. Pienso en nuestras devociones marianas en el Rocío y en cada pueblo y recuerdo las palabras del Concilio Vaticano II:

“Tanto en las palabras como en los hechos cuiden los fieles de evitar todo lo que pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualesquiera otros, acerca de la

verdadera doctrina de la Iglesia. Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra madre y a la imitación de sus virtudes”.

Más claro no se puede decir. No podemos dejarnos subir a hombros, en cualquier romería, para gritar **“en un estéril y transitorio sentimentalismo”** una salve a la Virgen de turno y, después, rezar por la unidad de los cristianos, como si no hubiera pasado nada. Eso lo hacen algunos políticos que presiden una procesión en Semana Santa y, sin cambiarse de traje, presiden una manifestación pro abortista. Nosotros no podemos hacer lo mismo. Estamos escandalizando a nuestros hermanos separados, con una vana devoción que a nada conduce, más que a un sentimentalismo estéril y transitorio, que dura lo que dura la romería o el desfile procesional de la Semana Santa. Ni los hermanos separados, ni muchos que no lo estamos, podemos comprender esta devoción de las romerías, las coronaciones, las procesiones y todo el folclore que oculta todo a Santa María del Evangelio, cuyas virtudes debemos imitar, según nos pide el concilio.

3. - La Pasión. Dos capítulos dedica Juan a la Pasión de Jesús, sin muchas novedades, pero sí con algunas. Las muchas coincidencias de los cuatro relatos de la pasión han hecho pensar a muchos en la existencia de un relato primitivo que corriera por las comunidades y al que cada evangelista añadió su impronta personal. Por ejemplo, Juan es testigo de todo. Estuvo junto a Jesús, por tanto su pasión reúne la mirada del creyente y del amigo. Ha llegado la hora cumbre, la hora de la glorificación. **“La Hora”** central de la historia de Jesús y de la historia del mundo. Como has visto a lo largo del evangelio, todo en la vida de Jesús está enfocado a esta “Hora”. Desde el **“todavía no ha llegado mi hora”**, en la boda de Caná de Galilea, hasta el **“Padre, ha llegado la hora”** con que empieza el testamento de Jesús que veíamos en el punto anterior, capítulo 17, 1.

La pasión de Jesús no se lee en las misas dominicales, salvo un trocito del diálogo de Jesús con Pilatos que se lee el domingo de Cristo Rey del ciclo B. Se lee todos los años entera en la liturgia del Viernes Santo. Supongo que lo recordarás. En el comentario de Catequesis Familiar de los tres ciclos tienes puntos de más para la reflexión, en la catequesis del Viernes Santo. Puedes acudir allí. Fíjate que desde el prendimiento, en el que **“Jesús se adelantó y les dijo ¿a quién buscáis?”**, hasta la muerte en la que Jesús **“inclinado la cabeza, entregó su espíritu”**, la iniciativa siempre es de Jesús. El testigo Juan ve en Jesús al hombre libre, que sabe a qué ha venido y domina todo el drama de la pasión con la fuerza de su personalidad.

Todo comienza con el prendimiento en el huerto de los olivos. No lo prenden, se entrega Él. El Maligno está presente en Judas, en el que entró en la última cena. Pero también está presente Dios, hecho hombre en Jesús. Y al decirles **“Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra”**. Cuando Jesús quiso, no antes, lo prendieron y lo

llevaron a casa de Anás, Sumo Sacerdote ya retirado y suegro de Caifás, que lo era en aquel momento. Se suceden los insultos, las bofetadas y, lo que más dolió a Jesús, las tres negaciones de su amigo Pedro, que se emperrea una y otra vez en un **“No soy”** el amigo de mi Amigo. Cantan en mi tierra: *“Amigo tú eres mi amigo, y el más amigo la pega...”*. Pero no vamos a hacer leña del árbol caído, porque todos hemos negado alguna vez a Jesús, y dice Lucas 22, 62 que Pedro, **“saliendo fuera, rompió a llorar amargamente”**. Resulta curioso comprobar cómo en Juan, Jesús, el Señor, hace frente al soldado que le da la bofetada. El Jesús de los sinópticos es **“el siervo de Yavé”** que no abre la boca. No se hubiera atrevido a contestar al soldado.

“De casa de Caifás llevan a Jesús al pretorio (palacio del procurador romano). Era de madrugada. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse (entrar en casa de un gentil constituía impureza legal) y poder comer la Pascua. Salió Pilatos donde ellos y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera un malhechor no te lo habríamos entregado. Pilatos replicó: Tomadle vosotros y juzgado según vuestra Ley. Los judíos replicaron: nosotros no podemos dar muerte a nadie”.

Y comienza el diálogo de Jesús con Pilatos y el intento de éste de salvar a aquel pobre hombre que parece totalmente inofensivo y víctima del odio de los judíos. Históricamente consta que Pilatos era un hombre de una crueldad excesiva, de forma que Roma lo tuvo que destituir por su dureza como gobernador. Aquí tiene muy buena imagen, a pesar de su cobardía final; es posible que Juan lo pinte así para destacar que la confrontación de Jesús no es tanto con Jerusalén como con Roma, cabeza del mundo, a quien Pilatos representa. No parece muy real la figura de Pilatos entrando y saliendo del pretorio como recadero de los judíos. Te pongo el diálogo con Pilatos y te lo comento un poco, siguiendo el libro de Catequesis Familiar.

“En aquel tiempo, preguntó Pilatos a Jesús: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le contestó: ¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí? Pilatos replicó: ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿Qué has hecho? Jesús le contestó: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí. Pilatos le dijo: Conque, ¿tú eres rey? Jesús le contestó: Tú lo dices: soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz” (Juan 18, 33-37).

Jesús es Rey, pero su reino no es de este mundo. Dicen algunos entendidos que la palabra “reino” del evangelio se podría cambiar por “realeza”, porque “reino” parece que hace más bien referencia a un “territorio”, a un ámbito concreto, mientras que el término “realeza” alude más bien a una función, a una forma de entender la vida, que le explica a Pilatos: **ser testigo de la verdad**. Ser testigo de Dios y de las maravillas que ha hecho en favor de los hombres.

Yo soy Rey: 120 veces aparece en el evangelio la palabra **Reino de Dios**, noventa de ellas en boca de Jesús. Hoy se sabe que el tema del Reino es “prepasual”, lo que quiere decir que no es una elaboración que hiciera la comunidad primitiva sobre el pensamiento de Jesús. Este tema pertenece al Jesús histórico. Más aún, el dato más asegurado de la historia de Jesús es que su vida y predicación estuvieron centradas en el Reino de Dios. Este Reino de Dios fue el estribillo, la obsesión, la manía, la **causa de Jesús**. Por esa causa vivió, habló, soñó, se arriesgó, fue perseguido, estuvo preso, fue condenado y ejecutado.

Pero mi Reino no es de este mundo: Los apóstoles no lo entendieron y hasta última hora estuvieron pendientes del reparto del poder. Tuvo que venir el Espíritu Santo para *“llevarlos a la verdad plena”* y hacerles entender que lo del reino era otra cosa, que no era de este mundo, que había un **“pero”** en el que no habían reparado. El maligno le había ofrecido en las tentaciones del desierto *“todos los reinos de este mundo”*, con la única condición de que se pusiera de rodillas y le adorara. La respuesta fue tajante: *“Adorarás al Señor tu Dios y sólo a Él darás culto”*. La idea que lleva implícita el *“pero mi reino no es de este mundo”* la hemos repetido muchas veces en esta catequesis, pero no está de más porque seguimos sin entenderla.

Siguen los azotes, la corona de espinas, la presentación de Jesús ante el pueblo: *“Aquí tenéis al hombre”* y la crucifixión. Juan, siguiendo la presentación de un Jesús fuerte y entero, suprime la figura del Cireneo y nos presenta a Jesús *“cargando con su cruz”* hasta llevarla al Calvario, como tenemos que hacer nosotros cada día. Sigue tú leyendo. Todo lo conoces de la lectura del Viernes Santo. El letrero que ponían encima de la cruz (el INRI de nuestros crucifijos), que era la causa de la condenación. INRI significa **I**esus **N**azareus **R**ex **I**udeorum (Jesús nazareno, rey de los judíos), que era la causa verdadera de la condenación por parte de Pilatos. El reparto de la ropa del reo era un derecho de los soldados.

Hay tres versículos que podemos considerar el centro de este capítulo. Jesús nos va a entregar a su madre, en la persona del discípulo amado. Te los voy a citar. María es símbolo de la Iglesia. Juan de los discípulos de Jesús. Jesús nos entrega a su madre para que la respetemos, la queramos y la veneremos. Sin excesivo folclore, como dijimos antes. Ella es nuestra madre, entregada por Jesús, en el momento cumbre de su “Hora”. Es como el nacimiento de la Iglesia en el momento cumbre de la glorificación de Jesús, que poco después va a morir. *“Todo está cumplido e, inclinando la cabeza, entregó el espíritu”*. Ya dijimos que este “espíritu” se puede escribir con mayúsculas. Es el Pentecostés de San Juan.

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y, desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa” (Juan 19, 25-27).

Los judíos quieren quitar de en medio los cuerpos de los crucificados y piden permiso a Pilatos para romperles las piernas y aligerar su muerte. Pero Jesús ya estaba muerto y uno de los soldados le atraviesa el pecho con una lanza, saliendo de él sangre y agua. La sangre simboliza la eucaristía y el agua el bautismo, los dos grandes sacramentos de la Iglesia. Y destaca Juan: **“Todo en cumplimiento de las Escrituras: No le quebrarán un solo hueso. Y también otra escritura dice: Mirarán al que atravesaron”**. José de Arimatea y Nicodemo, discípulos ocultos por miedo a los judíos, dan la cara y entierran a Jesús con dignidad, en un sepulcro nuevo cavado en la roca en un huerto que había junto al calvario, todo **“conforme a la costumbre judía de sepultar”**. La pasión comienza y termina en un huerto. Allí dejamos a Jesús descansando, hasta la mañana del domingo, el primer día de la semana.

4. - La Resurrección. Un solo capítulo corto de menos de treinta versículos va a ser suficiente para dejar testimonio del gran acontecimiento. Te voy a poner un par de citas y te las comento una a una. Tú, meditando sobre ella, amplía mis comentarios.

“El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien quería Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo: pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro. Vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que Él había de resucitar de entre los muertos” (Juan 20,1-9).

La resurrección de Cristo es la esencia originaria de nuestra fe. Es la fe de la Iglesia, la fe de Pedro. Al principio no se lo creyeron, como veremos con Tomás. Y es que la noticia no merecía credulidad. Los discípulos, dice el texto, no habían entendido la Escritura y, por tanto, que Jesús debía resucitar de entre los muertos. Van a estar aturrullados hasta que venga el Espíritu Santo. La resurrección se **impuso** a nivel de experiencia. Lo palparon, lo tocaron. La noticia fue transmitida y, sobre todo, comprobada, experimentada. Un cristiano es el hombre que ha experimentado que Cristo actúa en su vida. Es el hombre que ha sido interpelado por la Palabra y la ha hecho vida de su vida. Es el hombre que ha visto a Jesús hacerse vida, lo ha visto vivo en los apóstoles de todos los tiempos, sacerdotes, religiosos y seglares.

El cuerpo de Jesús fue depositado en el sepulcro, en la muerte, como el grano de trigo es depositado en el surco. Si Lázaro fue devuelto a la vida y siguió como estaba, Jesús es transformado en cuerpo espiritual, no sujeto a las leyes físicas. Es Señor también de la materia. Por eso no lo reconocieron los discípulos de Emaús en

la narración de Lucas y nos lo vamos a encontrar en la cita siguiente entrando en la habitación con las puertas cerradas.

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: Hemos visto al Señor. Pero él les contestó: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Contestó Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto” (Juan 20, 19-31).

El caso de Tomás, el Mellizo: Tomás, como vemos en el evangelio, no estaba en la comunidad cuando vino Jesús. Y como a Jesús le gusta hacerse presente en el grupo, se le complicó el tema y durante ocho días tuvo que soportar la paliza de los otros que insistían con el ***“hemos visto al Señor”***. Tomás lo tenía muy claro: ***“Si no veo y toco, no creo”***. Muchos **tomases** andan sueltos por ahí, siempre poniendo condiciones para creer. El caso es que Jesús cedió a las condiciones de Tomás. Le era necesario por dos razones: una porque le iba a pedir mucho a cambio, su vida entera. Otra porque iba a aprovechar la ocasión para piroppear a los “no tomases” de los tiempos futuros, que hemos sido la mayoría: ***“Dichosos los que crean sin haber visto”***. Dichosos nosotros, tú y yo, que a lo largo de los siglos hemos creído en Jesús, sin haber tenido la satisfacción de haberlo tratado en vida como lo trató Tomás.

Y Jesús se presentó a visitar a Tomás. La preciosa confesión de fe de Tomás surgió de palpar y meter la mano en el costado abierto de Cristo. Puede ser un buen camino para encontrar a Cristo: meter la mano en las llagas abiertas del Cristo de hoy, del hombre:

- .. Las llagas de las injusticias: hambres, inculturas...
- .. Las llagas de la violencia: cuerpos y almas mutilados...
- .. Las llagas del fanatismo: guerras de religiones...
- .. Las llagas de la enfermedad: cuerpos mordidos por el dolor...
- .. Las llagas de la locura: depresiones, drogas, alcohol...

Todas ellas llagas de Cristo a las que debemos acercarnos y meter en ellas nuestras **manos compasivas**, misericordiosas y, sobre todo, manos liberadoras. Cada vez que le quitamos un dolor al hermano, cerramos una llaga abierta en el costado de Cristo. Cada vez que ponemos paz en el corazón del otro, estamos haciendo presente a Jesús resucitado en medio de los demás. Fíjate que siempre se presenta Jesús con la paz como seña de identidad por la que es reconocido.

¿Te ha convencido el evangelio que hemos expuesto de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo? Ésa fue la finalidad que se propuso el que lo escribió y así termina el evangelio. Lo que veamos en el capítulo 21^o parece ser un añadido posterior. En la primera parte (libro de los signos) vimos siete señales, siete acciones significativas del mesianismo y divinidad de Jesús, pero no fueron sólo esas siete, sino muchas más. Veamos: *“Jesús realizó en presencia de sus discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro. Éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre”* (Juan 20, 30-31).

5. - Epílogo de San Juan. Vamos a concluir el evangelio de Juan haciendo un ratito de oración. Ya sabes que se duda de si este epílogo procede de Juan o es de algún discípulo suyo, que quiso dar una explicación precisamente a su muerte. Hay temas preciosos en esta perícopa (este trozo). Sin Jesús nada podemos hacer, con Jesús todo, como se demuestra en la maravillosa pesca de los 153 peces, número que puede corresponder a 153 comunidades cristianas que hubiera en el momento en que se escribió el epílogo. Tema también importante el primado que Jesús encomienda a Pedro, a la vez que lo purifica de la jactancia de que había hecho alarde antes. Esa invitación a comer juntos, anticipo de la Eucaristía, etc. Hay muchas ideas que puedes sacar de esta cita. Yo te haré mi comentario para ayudarte en tu oración.

“En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro y otros discípulos. Simón Pedro les dice: Me voy a pescar. Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: Muchachos, ¿tenéis pescado? Ellos contestaron: No. Él les dice: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: ¡Es el Señor!

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: Traed de los peces que acabáis de coger. Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: Vamos, almorzad. Ninguno de los

discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor”
(Juan 21, 1-19).

Los discípulos no pueden ya separarse. Sienten grandes añoranzas de la verde Galilea, del lago, de la pesca. Todo está lleno de recuerdos de Jesús, muchos más agradables que los de Judea. Además, en Galilea se habían anunciado nuevos encuentros. Ellos casi ni se acuerdan ya y se disponen a ganarse la vida, saliendo en la barca de Pedro a pescar lo que cayera. Mal rato le esperaba a Pedro. Jesús le iba a recordar sus negaciones y, además, le iba a colocar encima el pesado yugo del papado. Jesús se hace presente, como al principio, después de una pesca infructuosa. Y, junto al pescado, se comparte el pan, el buen vino y la palabra, como en una nueva Eucaristía.

El tema de Pedro es capítulo aparte. Se saldan cuentas pendientes con una humilde confesión de amor. Cristo, como siempre, cumple la palabra prometida sobre el papado, que será una misión de servicio.

“¡Es el Señor!”. Es la frase de Juan al reconocer a Jesús entre la bruma. Los comentaristas de siempre han querido ver a las dos personas que intervienen más en una dimensión comunitaria que individual. Según esta interpretación la base comunitaria (Juan) es quien descubre antes a Jesús, y la autoridad (Pedro) la que debe estar a la escucha de la primera. Vaya en compensación que el nombre del discípulo predilecto queda en el anonimato mientras que Pedro toma la iniciativa en la acción y, además, mantiene después con Jesús un diálogo personal, en el que es comprometido para una misión dentro de la comunidad. Yo, personalmente y desde joven, he puesto este texto en relación con Mateo 5, 8: ***“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”***. Juan era el más joven de los presentes, el más limpio de prejuicios, el más virgen. Dios se deja ver mejor, y desde más lejos, por los limpios de corazón.

“¡Es el Señor!”. Ésta es la gran palabra, el mejor anuncio que hoy se proclama, el evangelio que nosotros tenemos que repetir. Nuestra misión de catequistas es descubrir la presencia del Señor, poder decir a la gente: *“Pero ¿no te das cuenta?... ¡Si es el Señor!”*.

Vas de camino con el compañero. Juntos comentáis los sucesos del día o de la semana. Él te hace descubrir matices nuevos en todo lo ocurrido. Ya no te sientes tan derrotista y te parece que vale la pena seguir luchando. Después de despediros, tú te das cuenta y piensas: *“Pero mira que fui tonto, pero... ¡Si es el Señor!”*.

Tienes en casa a un anciano muy difícil o a una persona deficiente que “no vale para nada”. Hay que hacérselo todo. Hay días que te cansas, te aburres y te entristeces porque se pone insoportable y lloras de pena y de rabia. Pero rezas, pides la luz y la fuerza que te faltan. Y abres el evangelio que te habla de cómo Cristo prolonga su pasión en los enfermos. Y entonces te das cuenta: pero... ¡si es el Señor! Y todo cambia.

Estás preparando una catequesis, una monición en el templo, un testimonio ante

alguien que se te acerca y no sabes cómo hablarle. Te sientes pequeño e ignorante. “*¡No me atrevo, no sé!*”, me dices. Después empiezas la charla y hablas y hablas sin saber de dónde te venían las palabras ante las que todos se sienten entusiasmados. Y recogiste mucho fruto, como si de una buena redada de peces se tratara. Y al final, te diste cuenta: “*Pero si yo no era el que hablaba... ¡si era el Señor!*”.

Y así sucesivamente... Cristo ha resucitado para que, siguiéndolo, sientas que estás más vacío de ti y más lleno de Dios. Y tú irás descubriendo cada día más a Dios en las personas, en las cosas, en los acontecimientos en los que antes no veías más que fantasmas. Y se cumplirá cada día en ti esa bienaventuranza: ¡Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios!

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Números 21, 4-9
Filipenses 2, 6-11
Juan 3, 13-17

Actividades:

1. - Para la propuesta de trabajo he escogido las lecturas del día de la exaltación de la cruz (14 de septiembre). Son cortitas pero muy coordinadas entre sí. Lee el pasaje de Números y piensa cuál es su aplicación en tu vida.
2. - Pablo nos deja lo que posiblemente fue un himno precioso que se cantaba en las comunidades primitivas, cuando celebraban la Eucaristía. No tiene desperdicio. Léelo una y otra vez hasta que te lo aprendas de memoria.
3. – En el diálogo con Nicodemo vemos la glorificación de Jesús. Es el tema la segunda parte del evangelio de Juan que hemos visto en este capítulo 3º. Medítalo y, si quieres lees el diálogo entero.

Tema 4. - EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (I).

1. - Introducción. Comenzamos un nuevo libro. En este caso podemos hablar mejor de la segunda parte de un libro que ya vimos, el evangelio de Lucas. Desde los primeros momentos de la tradición cristiana nadie pone en duda esta afirmación. Por una parte, él mismo lo dice en el prólogo con que presenta el libro de los Hechos y, por otra, el estilo literario es exactamente el mismo. ¿Y por qué no lo presentan como un mismo libro? Por razones de orden práctico: es más manejable estando dividido y, además, porque ya los primeros cristianos quisieron tener un código con los cuatro evangelios tal como los tenemos nosotros.

El libro de los Hechos es como un puente entre los cuatro evangelios y las cartas de San Pablo: por una parte es un evangelio más, porque es anuncio de Jesús, y, por otra, nos describe las andanzas apostólicas de Pedro y Pablo y el nacimiento de la Iglesia, primero en las mismas sinagogas, y, más tarde, en las casas o iglesias domésticas. De este libro se conservan dos versiones distintas, llamadas una alejandrina y otra occidental, que es mucho más larga. Es posible que esta segunda sea obra de un copista de la primera que añadió lo que creyó conveniente. Esto a nosotros no nos interesa mucho, porque seguimos el texto de nuestras biblias y nos olvidamos de estas dos versiones.

El libro de los Hechos, que se lee mucho en el tiempo litúrgico de Pascua, es un libro maravilloso. Yo recomiendo mucho su lectura durante la cincuentena pascual. Del sepulcro vacío de Cristo nace su Iglesia y este libro es conocido como **“El evangelio de la Iglesia primitiva”**, o **“El evangelio del Espíritu Santo”**, títulos ambos muy pascuales porque en esos días, además de disfrutar de la Pascua de Resurrección, esperamos la Pascua de Pentecostés. Es un libro precioso, sencillo, de fácil lectura, lleno de narraciones y discursos. Éstos son unos veinticuatro, que tienen siempre el mismo esquema: una introducción alusiva a la situación que lo justifica, un anuncio de Jesús, una iluminación desde la escritura, leída a la luz de la Pascua, y, finalmente, el anuncio del perdón, si hay previa conversión. Estudio y oración sobre el texto será el método que sigamos. Vayamos a la presentación.

2. - Situar el libro de los Hechos de los Apóstoles. ¿Quién escribió este libro? Unánimemente la tradición cristiana ha atribuido este libro a Lucas, como segunda parte de su evangelio. Él mismo comienza así el prólogo: **“En mi primer libro, querido Teófilo, escribí todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo”**. Ya te hablé de Lucas. Se suele creer que fue sirio de Antioquía. Compañero de Pablo, a quien acompañó en sus cautiverios.

Médico e historiador, de una cultura muy superior a la media y de formación helenística (griega).

Ya te expliqué en su día que la mayoría de los historiadores de la antigüedad hacían historia para enseñanza de las generaciones futuras, de manera que se tomaban unas licencias en el uso de las fuentes que hoy no son de recibo para los historiadores actuales, pero entonces sí. Lucas es historiador, pero antes es teólogo y catequista, difusor de la Palabra. De algunas cosas da testimonio directo porque las conoció personalmente y de otras un testimonio muy válido porque, como él mismo nos asegura, investigó cuidadosamente antes de escribir, sobre todo de boca de Pablo, compañero de viaje. Además sobre aquello que escribió estaba muy reciente, apenas veinticinco o treinta años antes.

¿**Cuándo** lo escribió? Lo vamos a situar, con la mayoría, en torno a los ochenta. Pero no hay razones objetivas que nos obliguen a colocarlo después de los setenta y también hay autores que lo colocan entre los años 90-100. No es algo muy importante el tema de la fecha, veinte años antes o después. Entre más amplio sea el abanico, más posibilidades de acertar. Por eso pongamos como fecha más segura la que hemos puesto en otros escritos: el último tercio del siglo primero. Más importante que la fecha en que se escribió es el contenido a que se refiere, que es la vida de la comunidad de Jesús, el resucitado, entre los años 30 y 70, cuando se organizó la Iglesia. Por esto, su lectura nos puede ayudar mucho a renovar la Iglesia actual.

¿**Dónde** lo escribió? Sólo hay hipótesis no plenamente probadas. Podemos pensar, como con el evangelio, que en alguna comunidad paulina de Grecia, Roma, Macedonia o Asia Menor. Algunos apoyan la hipótesis de que lo escribiera en Acaya, tras la muerte de Pablo, otros se inclinan por Roma, durante el último cautiverio de Pablo, o tras su liberación. No faltan tampoco quienes se inclinan por Antioquía de Siria, si nos atenemos al abundante material que dedica Lucas a hablar de esta importantísima comunidad de la Iglesia primitiva. De todas las hipótesis que te he puesto, ésta de Antioquía parece ser que tiene más partidarios que las demás.

¿Para **quiénes** escribe Lucas? Está claro por la dedicatoria que sus dos libros van dedicados a su “querido Teófilo”. ¿Y quién es Teófilo? Ya dijimos que Teófilo puede ser un personaje importante (¿el obispo de la comunidad?), a quien Lucas está agradecido, o puede ser la misma comunidad cristina que tenía a su cargo, ya que Teófilo significa “**amado de Dios**”. Sea individuo o comunidad el destinatario, se trata de un convertido al cristianismo de procedencia no judía. Por la lectura del libro parece que son gentes que viven persecuciones por parte de los judíos más integristas; que quieren vivir bien su vida cristiana, con intentos de comunicación cristiana de bienes entre ellos; que muchos de ellos están cansados porque la esperada segunda venida de Cristo no se acaba de producir. Por todo esto este libro podríamos titularlo “**Historia del cristianismo primitivo**”, ya que así más o menos estarían las otras comunidades, aunque no todas vivieran las mismas esperanzas y tensiones.

3. - Los grandes temas del libro de los Hechos. El gran tema de todo el libro es el Espíritu Santo, que hace nacer la Iglesia en Pentecostés y que la lleva como comunidad de salvados para que vaya dando un testimonio de Jesús desde la propia experiencia de su fe vivida en fraternidad cristiana. Por algo se le ha llamado **“El evangelio del Espíritu Santo”**. En estas cuatro líneas está todo dicho. La comunidad que se siente salvada, tiene necesidad de extender esa salvación a todos los hombres. Decíamos cuando éramos filósofos, que *“el bien tiende a difundirse”*. Pues el evangelio, que es un bien para toda la humanidad, se difunde por todas las comunidades, desde Jerusalén hasta Roma, en un primer momento en las mismas sinagogas a las que acuden los apóstoles a predicar; más tarde, cuando los expulsan de éstas, por las casas, pequeñas comunidades domésticas. No había templos ni facilidades, sino persecución continua. La historia de la difusión del evangelio, bajo la guía e impulso del Espíritu Santo, y hecho de boca a boca es el gran tema del libro de los Hechos.

Por esto, el libro de los Hechos es un libro de viajes y de viajeros (Iglesia **misionera**). Lucas, Pablo, Pedro, Bernabé, etc. van todos de un lado para otro a lo largo del Mediterráneo propagando la noticia de la salvación. Comprobarás tú mismo la gran cantidad de pueblos que recorrieron. Ya dijimos que el libro de los Hechos es también evangelio: difusión de la noticia de Jesús, como Salvador. La geografía es muy importante en este libro: todo comienza en Jerusalén, la Iglesia madre, y termina en Roma, capital del mundo. Entre ambas, otras muchas ciudades, siendo Antioquía la más importante y más mencionada. Por tanto, temas: El Espíritu, la misión, la vida de las comunidades y los avatares que en estas comunidades se producen en la difusión continua del evangelio de Jesús.

4. - Estructura o división interna del libro de los Hechos. En este libro no hay la unanimidad que en otros. Un prólogo, que ya conoces, un pequeño epílogo de un par de versículos, y, entre ambos el cuerpo del libro. Un libro de tamaño medio: 28 capítulos. En la división del cuerpo del libro no hay unanimidad. Unos autores se fijan en los personajes centrales: Pedro y Pablo. **“Los Hechos de Pedro”** abarcarían hasta el capítulo 12º y el resto **“Los Hechos de Pablo”**. Está bien esta división y, además, es muy sencilla.

Otros autores prefieren una división geográfica, es decir, fijándose en las ciudades centros de cada etapa: Jerusalén, Alejandría y Roma. Los primeros cinco capítulos estarían dedicados a la iglesia de Jerusalén; del seis al doce a la iglesia de Antioquía; y el resto, a Roma y al camino hasta llegar a ella. Si te fijas, la actividad en las iglesias de Jerusalén y Antioquía se corresponde con **“Los Hechos de Pedro”**, que son los doce primeros capítulos y **“Los Hechos de Pablo”** se centran en Roma y en el viaje hasta llegar a la capital del imperio. Lo que vamos a estudiar son los primeros 30 años de la Iglesia naciente, la Iglesia apostólica. Estamos en la fuente de la iglesia, por tanto es muy importante este libro, si queremos mejorar la Iglesia de hoy. Volver a la fuente es el camino de la renovación.

Nada más que hablamos de Pedro y Pablo. ¿Y los demás? ¿No es el libro de los Hechos de los Apóstoles? Sí hombre, los demás también salen, pero muy poco, si los comparamos con estos dos, el primer Papa y el gran difusor, al que dedicaremos un libro entero. Como el libro de los Hechos es “muy viajero” porque la palabra se va difundiendo de ciudad en ciudad, vamos a centrarnos en éstas, pero siguiendo capítulo a capítulo el libro, como hemos hecho con los demás. Citas, explicaciones y comentarios, procurando tanto aprender como experimentar, ya que todo esto es Palabra de Dios y se tiene que hacer vida en nosotros. En este libro, todavía más que nunca, comenzaremos siempre invocando el Espíritu Santo, ya que es **“El evangelio del Espíritu Santo”**.

5. - La Iglesia en Jerusalén (capítulos 1º al 5º). La actividad de la Iglesia de Jerusalén comienza en el versículo 12 de este primer capítulo. Los once primeros versículos, o buena parte de ellos, parece que fueron añadidos cuando se separó el libro de los Hechos del Evangelio. El objetivo es hacernos ver que ya se ha terminado el tiempo de Jesús y comienza el tiempo de su Espíritu, el tiempo de la Iglesia. En los dos primeros versículos hace un pequeño resumen de todo el evangelio: ***“El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo”***.

Y en los tres versículos siguientes (del 3 al 5) empalma con el evangelio de Lucas, pero con una diferencia fundamental. Mientras en el evangelio sólo hay un día tras la resurrección, en Hechos son 40 días, los mismos que estuvo Jesús en el desierto siendo tentado por el maligno. Posiblemente el autor de estos versículos agregados quiere dar a entender que también la comunidad primitiva tuvo un tiempo largo preparándose, como Jesús en el desierto, para su misión.

La Ascensión (versículos 6-11) es la exaltación total de Jesús, como consecuencia de la resurrección. Sólo Lucas nos habla de la exaltación del resucitado en forma de ascensión. Jesús resucitado, después de un tiempo (40 días) en el que convive, come, pasea, charla con sus discípulos, es exaltado. Esta exaltación de Jesús la expresa Lucas con la ascensión al cielo. Resulta curioso comprobar cómo, a pesar de todo lo que ya han visto y oído, todos los presentes siguen esperando un reino mesiánico material, el estilo del de David y le preguntan: ***“Señor, ¿es en este momento cuando vas a restaurar el reino de Israel?”*** Fíjate cómo el evangelista pintor nos muestra a un Jesús que sube como un cohete, ante unos apóstoles pasmados **“mirando al cielo”**. Ya los apóstoles, como nosotros, no van a tratar más personalmente a Jesús resucitado. Es el tiempo del Espíritu. Léelos tú.

Y comienza la actividad de la Iglesia de Jerusalén. Jesús, al final del evangelio de Lucas, les dijo: ***“Mirad, os voy a enviar la Promesa de mi Padre. Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto”*** (Lucas 24, 49). Y esto hicieron: ***“Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu, junto con***

algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hechos 1, 14). Y nombra a los once apóstoles, porque falta Judas Iscariote. Es curioso que, en esta tradición de Hechos, Judas no muere ahorcado sino que *“cayendo de cabeza, se reventó por medio y de derramaron todas sus entrañas”* (v.18). Pedro, tras un discurso de explicación de la traición, anima a todos a cubrir el hueco y *“Echaron suerte y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles”* (Hechos 1, 26). Ya están de nuevo los doce en oración con María, la madre de Jesús, invocando a ese Espíritu prometido. Veamos qué pasó:

“Todos los discípulos estaban juntos el día de Pentecostés. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: ¿No son galileos todos éstos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos, también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua. No acertando a explicárselo, se preguntaban atónitos: ¿Qué está pasando? Otros se burlaban: Están bebidos” (Hechos 2, 1-11).

La palabra Pentecostés es griega y significa **“Cincuenta días”**. Era una fiesta que se celebraba a los cincuenta días de la Pascua. El pueblo judío era un pueblo agrícola y ganadero que celebraba a lo largo del año tres grandes fiestas llamadas de la PEREGRINACIÓN, pues en ellas debían peregrinar a Jerusalén para adorar a Dios en el templo. Las tres eran de acción de gracias a Dios. Esta fiesta de Pentecostés estaba destinada a dar gracias al final de la siega. Éste fue el primer sentido de la fiesta. Tan antiguo que es incluso anterior al nacimiento del pueblo judío. A este sentido antiquísimo, común a los pueblos vecinos, se le añadió otro que es el de la entrega de las tablas de la ley a Moisés en el monte Sinaí. Era la fiesta del **verano**. Las otras dos fiestas de peregrinación eran la **Pascua**, en primavera, y la de los **Tabernáculos**, en otoño.

El Espíritu Santo es como el viento. Lucas, nos está hablando de la presencia del Espíritu en la comunidad naciente de la Iglesia con una composición literaria en la que utiliza los elementos clásicos de una teofanía (manifestación de Dios): el viento, el fuego, el ruido. La idea central de Lucas es ésta: *“Todos quedaron llenos del Espíritu Santo”*. La escenografía que traza el evangelista pintor ilumina esa idea central. Dice Lucas que, en medio de la comunidad reunida, sonó *“de repente un ruido del cielo,*

como de un viento recio, llenando la casa donde se encontraban". Posiblemente, la comunidad reunida estaba compuesta no sólo por los apóstoles, sino también por otros discípulos testigos de la resurrección.

¿Qué es el viento?, ¿cómo es el viento? Piensa un poco: el viento es misterioso. No lo vemos. Sopla donde quiere y cuando quiere. No lo podemos coger. El viento es libre. Unas veces es suave, viento de brisa. Otras, imparable, arrollador. Mueve las cosas, juega con ellas. Unas veces las lleva a un lado y otra las deja quietas. No lo podemos dirigir, nos dirige él a nosotros. No avisa su llegada, surge de pronto. Trae a las nubes, seca la tierra: lo cambia todo. Todo lo transforma. En este caso es un fuerte viento **huracanado** porque fue necesario un impulso muy fuerte para echar a andar a la Iglesia.

Todo lo que hemos dicho, y muchas más cosas que se te puedan ocurrir a ti, puedes aplicárselo al Espíritu en su acción, entonces en la Iglesia naciente y hoy en tu alma. Unas veces te ves zarandeado por Él y otras hace silencio en torno a ti. ¿Cómo viviría Colón en sus viajes a América la situación del viento? Todo dependía de él: si había viento había movimiento; si el viento se paraba, las naves no se movían. ¡Qué bien está soplando el Espíritu en tantas comunidades multicolores que pululan en la Iglesia! ¡Qué soplo del Espíritu en la liturgia del Día del Señor! Nos falta una veleta en el corazón para leer los caminos del Espíritu en su Iglesia y seguirlos.

El Espíritu es como el fuego. El fuego es precioso. Envidio al que tiene una chimenea y tiempo para sentarse a pensar frente a ella en una butaca, a ser posible de cuero, mientras el agua cae en el patio. Freud me diría que es una fijación de mi primera infancia. Lo será, no lo niego, porque viví muchas veces ese placer: jara verde, leña de encina, olor a humo y frío, mucho frío pero fuera, mientras yo estaba calentito en mi gran chimenea. Y, si salías de casa, todo el pueblo oliendo a humo rico de chimenea. ¿Se puede pedir más? Son placeres que sólo a las gentes de los pueblos les están permitidos. (Las chimeneas de las fábricas escupen humo sucio, que contamina y no huele a hogar, sino a muerte).

El fuego calienta los miembros fríos; ilumina, rompiendo la oscuridad; purifica todo lo que coge. Todavía se le da culto al fuego en las noches de San Juan. Jesús dijo en una ocasión que vino a traer fuego al mundo y que deseaba que ardiera todo. La Iglesia tiene fuego dentro, lo que pasa es que hay que remover la ceniza. Antiguamente los braseros de carbonilla y picón criaban una capa de ceniza y, cuando nos sentábamos a cenar, cogíamos la badila y removíamos el brasero. Allí estaba todo el fuego. Es nuestra pequeña aportación: remover un poco la Iglesia y el fuego que tiene dentro calentará a quien se acerca. Es el fuego del Espíritu, siempre dispuesto a calentar, iluminar y purificar.

Con la fuerza del Espíritu, la comunidad se abre al exterior y comienza la predicación. A la acusación de que están bebidos, Pedro se levanta y dice: "**No estamos bebidos, como decís, pues no es más que media mañana**". Se está cumpliendo la

Escritura. El discurso tiene el esquema que te dije antes: una introducción, un anuncio de Jesús, una iluminación de ese anuncio a la luz de la Palabra, y una invitación a la conversión para el perdón de los pecados. Los que, en su libertad, acogieron la Palabra, se bautizaron en número de tres mil. Comprueba tú sobre el discurso que se cumple el esquema que te he dicho. Como sabes, estamos ante una composición de Lucas sobre el modelo habitual de predicación apostólica. Puedes pensar que la realidad fue muy parecida a esta composición lucana, hecha cincuenta años después de ocurridos los hechos. Yo te pongo sólo un trocito. Léelo tú entero.

“El día de Pentecostés se presentó Pedro con los Once. Levantó la voz y dirigió la palabra: Todo Israel esté cierto de que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías. Estas palabras les traspasaron el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y además, para todos los que llame el Señor Dios nuestro, aunque estén lejos. Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil” (Hechos 2, 14. 36-41).

Aunque ya sabemos que los números tienen un valor simbólico en la cultura judía, esa muchísima gente que se fue agregando (tres mil tras el discurso de Pedro) tenían unas formas de vida que pueden servir de modelo para todas las comunidades parroquiales de todos los tiempos: catequesis de adultos constantes, impartidas por los apóstoles, vida común, es decir, tenían un mismo sentir y, además, compartían lo que tenían, oración común y la Eucaristía, sobre todo el día del Señor. Viviendo así, la gente se le acercaba admirada por lo que veía. La gente hoy ni se acerca ni admira porque no damos los mismos signos que ellos presentaban al pueblo. Está claro. Medita esta cita que te pongo. Es como una especie de sumario o resumen que de vez en cuando nos pone Lucas de cómo marchaba la Iglesia. Tienes otro sumario igual en 4, 32-35.

“Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando” (Hechos 2, 42-47).

Capítulos 3º y 4º. Es una perícopa (trocito) representativa de todo el libro. Léelo despacio y fíjate en los detalles. Pedro y Juan suben al templo a orar, como hacían frecuentemente. Un lisiado está a la puerta del templo pidiendo limosna, como

siempre. Al pasar ellos, les pide algo. Pedro se le queda mirando y le dice: ***“Oro y plata no tengo, pero lo que tengo te lo doy. En nombre de Jesús el Nazoreo, echa a andar”***. Fíjate que el encuentro de los apóstoles con el lisiado se realiza en la mirada: mirando a los ojos se ve el corazón.

El cojo se levantó, alababa a Dios con alegría y todo el pueblo le siguió en su alabanza y asombro. La gente, maravillada, rodeó a los apóstoles. Y Pedro aprovecha para darles una catequesis. En resumen: No somos nosotros los que hemos hecho este milagro sino la fe en Jesús, en su poder, ha sido quien ha restablecido a este hombre. Ellos son sólo testigos, que ahora les invitan a la conversión. Te pongo una pequeña cita para que veas cómo Pedro predica a Jesús, apoyándose en la escritura, en la que tanto creían los judíos. Es Dios, vuestro Dios, quien ha glorificado a Jesús, les dice:

“En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: Israelitas, ¿de qué os admiráis?, ¿por qué nos miráis como si hubiésemos hecho andar a éste por nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis ante Pilatos, cuando había decidido soltarlo. Rechazasteis al santo, al justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y nosotros somos testigos. Como éste que veis aquí, y que conocéis, ha creído en su nombre, su nombre le ha dado vigor; su fe le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros” (Hechos 3, 13-19).

La reacción de las autoridades no se hizo esperar y Pedro y Juan dan, por primera vez, con sus huesos en los tribunales. Ellos a predicar a Jesús: ***“Ha sido en nombre de Jesús a quien vosotros crucificasteis”*** (Hechos 4, 10). Las autoridades, los escuchan y ***“viendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravilladas. Y, al mismo tiempo, viendo de pie al hombre al que habían curado, no pudieron replicar”***. Después de deliberar sobre la situación ***“Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús... Pedro y Juan les contestaron: No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído”***.

Una vez libres, vuelven a casa y cuentan a su comunidad la experiencia vivida. Todos se unen en la oración, pidiendo a Dios ***“que les conceda poder predicar la Palabra con valentía... Acabada la oración, retumbó el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía”*** (Hechos 4, 19-31). Esa comunidad que apoya a Pedro y Juan ***“no tenían sino un solo corazón y una sola alma”***. Los apóstoles predicaban y daban sucesivos testimonios con valentía de la resurrección de Jesús y los cristianos se sentían comunidad, compartiendo vida y bienes. Léete ahora los dos capítulos (el 3º y 4º).

En los dos últimos versículos del capítulo 4º y los 16 primeros del 5º, nos va a poner Lucas unos ejemplos de cómo se fue consolidando la comunidad con actitudes

buenas unas veces, como la de Bernabé, y malas otras como la del matrimonio de Ananías y Safira. Lo mismo que en el capítulo 2º, cuando Lucas nos describe la venida del Espíritu Santo, lo importante es la frase: **“Quedaron todos llenos del Espíritu Santo”**, en este sumario de ahora lo importante es esta otra: **“No había entre ellos ningún necesitado”** (Hechos 4, 32-35). La actitud de Bernabé consolida la comunidad, la de Ananías y Safira la destruye. Esta es la enseñanza. Te pongo ambos textos:

“José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé, que era levita y natural de Chipre, tenía un campo y lo vendió; llevó el dinero y lo puso a disposición de los apóstoles” (Hechos 4, 36-37).

“En cambio, un tal Ananías vendió una propiedad de acuerdo con su mujer Safira y, a sabiendas de su mujer, retuvo parte del precio y puso el resto a disposición de los apóstoles. Pedro le dijo a Ananías, ¿cómo es que Satanás se te ha metido dentro? ¿Por qué has mentido al Espíritu Santo reservándote parte del precio de la finca? ¿No podías tenértela sin venderla? Y, si la vendías, ¿no eras dueño de quedarte con el precio? ¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso? No has mentido a los hombres sino a Dios. A estas palabras Ananías cayó al suelo y expiró y todos los que se enteraban quedaban sobrecogidos. Fueron los jóvenes, lo amortajaron y se lo llevaron a enterrar.

Unas tres horas más tarde llegó la mujer que ignoraba lo ocurrido. Pedro le preguntó: Dime, ¿vendisteis la finca, por tanto? Contestó ella: sí, por tanto. Pedro le repuso: ¿Por qué os pusisteis de acuerdo para mentir al Espíritu Santo? Mira, los que han enterrado a tu marido están ya pisando el umbral para llevarte a ti. En el acto cayó a sus pies y expiró. Al entrar los mozos la encontraron muerta; se la llevaron y la enterraron junto al marido. Toda la Iglesia quedó espantada y lo mismo todos los que se enteraron” (Hechos 5, 1-11).

Algunos autores piensan que estos dos ejemplos, positivo y negativo, de la vida de la comunidad lo que pretenden es presentar como bueno a Bernabé, un helenista de Chipre que acompañó a Pablo en el primero de sus viajes, mientras que Ananías y Safira pertenecerían a la comunidad hebrea. (Más adelante te aclararé estas dos ramas, helenistas y hebreos). Yo creo que no hay que llegar a tanto. Estos dos ejemplos, uno positivo y otro negativo, vienen simplemente a aclarar cómo era la vida de la comunidad en aquel momento. Y la importancia de la figura de Pedro, cuya sombra, curaba a los enfermos, al pasar. Es lo que viene a decirnos la siguiente cita:

“Los apóstoles hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a la calle, y los ponía en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre alguno” (Hechos 5, 12-16).

Lee tú ya el resto del capítulo 5°. Los apóstoles siguen en Jerusalén, enfrentados con las autoridades. Ahora los detienen a todos, que son liberados milagrosamente por la noche. A la mañana siguiente van al templo a predicar. Cuando intentan impedirselo, Pedro les dice: ***“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”***. ***“Ellos se consumían de rabia y trataban de matarlos”***. Surge ahora la figura de un tal Gamaliel, miembro del Sanedrín, doctor de la Ley y maestro de Pablo en su juventud. Éste sentencia: ***“Si esta idea o esta obra es de los hombres, se destruirá; pero, si es de Dios, no conseguiréis destruirla”*** (Hechos 5, 38-39).

Se impone la sentencia de este viejo venerable y no los matan sino que los llaman, los azotan y los echan a la calle. ***“Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos de haber sido ultrajados por el nombre de Jesús. Ningún día dejaban de enseñar, en el templo y por las casas, anunciando el evangelio de Jesucristo”*** (Hechos 5, 41-42). Dejamos aquí este tema con los apóstoles en disposición de comenzar a cumplir el mandato de Jesús de ser testigos también en Samaría y hasta en los confines del mundo.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Joel 3

Hechos 2, 42-47

Juan 17, 20-23

Actividades:

1. - El capítulo 3° del libro del profeta Joel es muy cortito. Apenas tiene cinco versículos pero en ellos nos habla de la futura efusión del Espíritu de Yavé en toda carne. Medítalo, que puede ambientarnos al comienzo de este libro.

2. - En la segunda lectura te he puesto la panorámica de Lucas sobre la comunidad primitiva. Piensa en ella y compárala con nuestra Iglesia. ¿Por qué tan distinta?

3. - Siempre ha sido difícil la unidad dentro de la Iglesia. Hoy está rota en mil pedazos. Ya verás cómo, a medida que avancemos en la lectura de Hechos, comienzan las divisiones. A pesar de lo claro que nos lo dejó Jesús.

Tema 5. - EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (II).

1. - Introducción. Te recuerdo que en el punto 4º del tema anterior, nos inclinamos por una división tripartita del libro de los Hechos, ateniéndonos a las tres grandes ciudades donde se habían centrado los acontecimientos: Jerusalén, Antioquía y Roma. Vimos la estancia en Jerusalén. Por supuesto, volveremos de continuo a la ciudad santa pero el grueso de los acontecimientos va a estar centrado, hasta el capítulo 12º, en Antioquía. El capítulo 13º comienza con el primer viaje misionero de Pablo -“**Hechos de Pablo**”, dijimos- partiendo de Antioquía. Sabiendo de antemano que la división real del libro no es tan tajante como nosotros la presentamos, vamos a centrarnos en la vida de la Iglesia en Antioquía.

Los fundadores y protagonistas de esta Iglesia de Antioquía son los **helenistas**. Por eso, antes de seguir y cumpliendo lo prometido, te voy a explicar quiénes eran los helenistas, porque en los próximos siete capítulos, y hasta el 15, 35, van a tener un papel muy importante, aunque no único, ya que Pedro y Pablo no van a desaparecer del mapa. A Pablo ya lo conoces un poco, porque sirvió de percha a los que apedreaban a Esteban, el proto mártir (el primer mártir del cristianismo) y aprobó su apedreamiento (Hechos 7, 58 y 8, 1). El próximo curso se lo dedicaremos entero a Pablo, por lo que no te cuento su vida más que lo que vaya saliendo en la exposición de este tema.

Se denominan **helenistas** a los judíos **nacidos fuera de Palestina**, es decir, en la diáspora, en oposición a los llamados **hebreos** que eran los nativos de la tierra de Jesús. Los helenistas hablaban el griego, mientras que los hebreos hablaban el arameo o hebreo. En general, eran menos fanáticos con las tradiciones que los hebreos. Pronto fueron muchos en la Iglesia primitiva e importantísimos para la difusión del cristianismo. Tenían sus propias sinagogas en Jerusalén, donde leían la Biblia en griego, mientras que los hebreos la leían, naturalmente, en hebreo.

Ya tenemos la primera división interna en la Iglesia: helenistas y hebreos. Los capítulos que van desde el 6º al 15, 35, son llamados por algunos autores “**Los Hechos de los helenistas**”. Los helenistas, como vamos a ver, tenían más espíritu

misionero que los hebreos. En este sentido representan mejor el espíritu de Jesús. Los apóstoles, naturalmente, eran de los hebreos. En cambio Pablo, judío nacido en Tarso de Cilicia, en el Asia Menor, era helenista. Pero nosotros nos vamos a centrar, más bien, en el grupo que surge a raíz de las primeras diferencias serias y que han sido conocidos a lo largo de la historia de la Iglesia como los siete diáconos.

2. - La Iglesia en Antioquía (capítulos 6º al 12º). *“En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, diciendo que en el suministro diario no atendían a sus viudas. Los apóstoles convocaron al grupo de los discípulos y les dijeron: No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para ocuparnos de la administración. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena familia, llenos de espíritu de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea; nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra. La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Simón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Se los presentaron a los apóstoles y ellos les impusieron las manos orando. La Palabra de Dios iba cundiendo y en Jerusalén crecía mucho el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe”* (Hechos 6, 1-7).

Dos de estos siete se dedicaron al servicio de la Palabra y van a ocupar los próximos tres capítulos del libro (del 6º al 8º). Pero, en realidad ¿qué fue lo que pasó para motivar esa elección? Aparentemente lo que dice el texto: los apóstoles no pueden abarcarlo todo y descuidan la Palabra y a los pobres. Por eso piden ayuda. Pero detrás, parece ser que también pudo estar algo muy corriente en la Iglesia. Los cristianos de siempre (los hebreos) no ven con buenos ojos la llegada de tantos advenedizos y, como están en una situación de poder porque tienen a los apóstoles, acaban discriminando a los nuevos. Recuerda el chiste de Mingote, que alguna vez te he contado: *“Al cielo iremos los de siempre”*. Siempre los cristianos “de toda la vida” tienden a rechazar a los que llegan más tarde. Recuerda la parábola de los empleados en la viña. Parece que los primeros ven mal que el Señor sea bueno con los que llegaron a última hora (Mateo 20, 1-16). La historia se repite siempre.

Esteban comienza su predicación y algunos helenistas no convertidos, de una sinagoga a la que llaman de “Los libertos”, (palabra con la que entonces se designaban a antiguos esclavos liberados previo pago o servicios a su dueño) buscan testigos falsos y acusan a Esteban ante los tribunales de faltar al respeto al templo y a Moisés. Esteban aprovecha la ocasión de que le quieren escuchar para soltar el discurso más largo del libro de los Hechos, haciendo un detenido repaso por toda la historia de la salvación para terminar con una visión de Jesús. Tú lee el discurso y yo te pongo el final del capítulo 7º, la muerte de Esteban en presencia de Saulo (Pablo).

“Esteban, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios, y dijo: Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios. Entonces,

gritando fuertemente se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre él; le echaron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. Los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo. Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Después dobló la rodilla y dijo con fuerte voz: Señor, no les tengas en cuenta este pecado. Y diciendo esto, se durmió. Saulo aprobaba su muerte. Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él” (Hechos 7, 55 a 8, 2).

Con la muerte de Esteban, primer mártir por Jesús, se produce un gran cambio en la Iglesia. Hasta ahora estaban en Jerusalén, pero el viento del Espíritu va a soplar, valiéndose de una feroz persecución, y la semilla de la fe se esparcirá por el mundo entero, tal como Jesús había predicho. Fue la primera diáspora (dispersión) cristiana. Te voy a poner tres versículos que demuestran esta afirmación y, además, preparan el camino para resaltar después la conversión de Pablo, tras el capítulo 8° dedicado entero a otro célebre helenista, Felipe.

“Aquel día se desató una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Todos, a excepción de los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría... Entretanto Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres y los metía en la cárcel. Los que se habían dispersado iban por todas partes anunciando la buena nueva de la Palabra” (Hechos 8, 1-3).

Entre ellos, Felipe, que entró en Samaría a predicar la Palabra, acompañándola de todo tipo de milagros. La ciudad *“se llenó de alegría”* (versículo 8). Puedes leer tranquilamente todo este capítulo 8° que no tiene ninguna dificultad. Hay dos personajes que te tienen que sonar: Simón el mago y el eunuco etíope. Simón es famoso por el pecado de “Simonía”. ¿Qué pecado es ése, al que dio nombre este mago? Dice el diccionario que es la *“compra o venta deliberada de cosas espirituales, como los sacramentos y sacramentales, o temporales inseparablemente anejas a las espirituales, como las prebendas y beneficios eclesiásticos”*. El bueno de Simón, una vez convertido y bautizado, quiso hacer negocio e intentó comprar a los apóstoles Pedro y Juan el poder de infundir el Espíritu Santo mediante la imposición de las manos. En este primer caso, no siempre, todo quedó en un intento fallido.

Lee tú en casa el encuentro de Felipe con el eunuco de la reina etíope. Te recuerdo que un eunuco era un empleado favorito del rey o reina, generalmente castrado, y que cuidaba de los asuntos de palacio. Léelo pero, sobre todo, fijándote en el papel fundamental del Espíritu Santo en la predicación. Lo da a entender Lucas cuando llega a decir que el Espíritu arrebató a Felipe para llevarlo de un lado para otro (versículo 39).

Capítulo 9°. La vocación de Pablo (Saulo). Aunque en este capítulo se nos narran algunos milagros de Pedro, el capítulo 9° de Hechos tiene un protagonista principal: Pablo de Tarso, el último de los apóstoles, como él mismo se

autoproclama. (Saúl o Saulo es hebreo y Pablo la traducción greco-latina del nombre hebreo. En Hechos 13, 9 dice: **“Entonces Saulo, también llamado Pablo”**). De la importancia del acontecimiento de la conversión de Pablo para la Iglesia naciente nos habla el hecho de que tres veces nos lo cuenta Lucas, bien él directamente bien poniéndolo en boca del protagonista, como verás más adelante. Estamos en el año 36, teniendo Pablo 30 años. Te voy a citar el texto y, después, te lo comento:

“Entretanto Saulo, respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco para que, si encontraba a algunos de los seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén.

En el viaje, cerca ya de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él respondió: ¿Quién eres, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que has de hacer. Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto; oían la voz pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco. Pasó tres días sin ver, sin comer y sin beber.

Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. El Señor le dijo en una visión: Ananías. Él respondió: aquí estoy, Señor. Y el Señor: Levántate y vete a la calle Recta y pregunta en casa de Judas por uno de Tarso, llamado Saulo; mira, está en oración y ha visto que un hombre llamado Ananías entraba y le imponía las manos para que recobrarla la vista. Respondió Ananías: Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y de los muchos males que ha causado a tus santos en Jerusalén y que está aquí con poderes de los sumos sacerdotes para apresar a todos los que invocan tu nombre.

El Señor le contestó: Vete, pues éste me es un instrumento de elección para que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré todo lo que tendrá que pasar por mi nombre. Fue Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos como unas escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado. Tomó alimentos y recobró las fuerzas” (Hechos 9, 1-19).

Continúa leyendo tú el resto del capítulo 9º y verás los primeros pasos de Pablo, después de su conversión. En seguida cambió el papel de perseguidor de Jesús en perseguido por predicar a Jesús. Es este mismo Jesús el que directamente obra la conversión de Pablo. Hay signos de una teofanía: luz que envuelve, voz del cielo, caída, que siempre se ha dicho de un caballo. Sería así, porque entonces se viajaba en caballo, pero el caballo no aparece por ningún lado en el relato. Está destinado a abrir

definitivamente la Iglesia naciente al mundo gentil, a toda la humanidad. Fíjate cómo Jesús se identifica con su Iglesia: ***“Yo soy Jesús, a quien tu persigues”***. Los cristianos son llamados ***“Los seguidores del Camino”***. Pablo, como los demás, recibe el Espíritu Santo y es incorporado a una comunidad que en adelante cuidará de él, evitándole los peligros (lee los versículos 25 y 30 de este capítulo).

Antes de seguir con dos milagros realizados por Pedro, Lucas nos dice que las comunidades gozaban de paz, una vez convertido Pablo, y crecían llevadas por el Espíritu Santo: ***“Las Iglesias por entonces, gozaban de paz en toda Judea, Galilea y Samaría; se edificaban y progresaban en el temor del Señor y estaban llenas de la consolación del Espíritu Santo”***. Como ha dicho el Concilio, entonces, como ahora y como será siempre, la Iglesia peregrina hacia la casa del Padre entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Y esto no lo podemos olvidar los cristianos.

Ahora, hasta el final del capítulo doce, con un breve paréntesis en el que se nos contará la fundación de la Iglesia de Antioquía por los helenistas, todo va a estar dedicado a Pedro. El apóstol ya ha salido de Jerusalén y está recorriendo la costa de Palestina. En su recorrido apostólico realiza dos milagros: cura a un paralítico y resucita a una mujer. ***“Eneas, Jesucristo te cura: levántate y arregla tu lecho... y muchos creyeron en el Señor”*** (Hechos 9, 32-43).

En el capítulo 10º Pedro va a casa de un centurión romano, llamado Cornelio. Es un relato precioso que ocupa todo el capítulo diez y la justificación de Pedro ante la comunidad de Jerusalén que ocupa los 18 primeros versículos del capítulo once. Léelos de corrido.

El evangelio se va abriendo camino en el mundo gentil. Es Pedro, pero sobre todo el Espíritu Santo, que está detrás de Pedro, el que realiza esa misión. Cornelio, ***“Piadoso y temeroso de Dios, que daba muchas limosnas al pueblo y continuamente oraba a Dios”*** tiene una visión en la que el Ángel de Dios le invita a que envíe a buscar a Pedro que está en Joppe en casa de un tal Simón el curtidor. Simultáneamente Pedro tiene otra visión en la que se le dice: ***“Lo que Dios ha purificado, no lo llares tú impuro”***. Siguiendo la indicación del Espíritu Santo, Pedro va a casa de Cornelio y, ante la acogida que recibe en aquella casa de paganos, entiende el sentido de la visión de Joppe, y les dice a los presentes:

“Vosotros sabéis que no le está permitido a un judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar impuro ni profano a ningún hombre” (Hechos 10, 28). Le sigue una gran catequesis sobre Jesús, que ***“pasó haciendo el bien”***, cumpliéndose en Él todo lo predicho por los profetas. ***“Estaba Pedro diciendo estas cosas, cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles”***. Y Pedro mandó que los

bautizaran, pues no iba a negarles el bautismo a los que habían recibido el Espíritu Santo.

A algunos de la comunidad de Jerusalén, los más conservadores, no les han hecho gracia las noticias que les llegan de la actuación de Pedro con Cornelio. Y Pedro se ve precisado a subir a Jerusalén para apaciguar los ánimos dando cuentas de su conducta. Los circuncisos, los judíos creyentes, reprochan a Pedro: ***“Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos”*** (Hechos 11, 3). Pedro se explica: ***“El Espíritu me dijo que fuera con ellos sin dudar”***, y, unos versículos más adelante, ***“Estaba yo hablando cuando cayó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio había caído sobre nosotros”***. Al oír a Pedro, todos se tranquilizaron y glorificaban a Dios diciendo: ***“También a los gentiles les ha dado Dios la conversión que lleva a la vida”***. Se trata de un paso más de apertura de la Iglesia.

A continuación, Lucas interrumpe el relato de los hechos de Pedro para, en una docena de versículos, contarnos la fundación de la Iglesia de Antioquía, importantísima ciudad del imperio romano y posible patria chica del mismo Lucas. Protagonistas de este hecho son los helenistas que se dispersaron con motivo de la persecución suscitada después de la lapidación de Esteban. ***“La mano del Señor estaba con ellos, y un crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor”***. La Iglesia madre de Jerusalén envía a Bernabé, al que después se le unió durante un año Pablo, para confirmar la fe de los convertidos y continuar la predicación. ***“En Antioquía fue donde, por primera vez, los discípulos recibieron el nombre de cristianos”*** (Hechos 11, 26). Ante una situación de hambruna que se le presenta a la comunidad de Jerusalén, los antioquenos deciden hacer una colecta y se la mandan con Pablo y Bernabé. La solidaridad en momentos de necesidad construye la unidad en la Iglesia. Pablo hablará mucho y bien de esta solidaridad en sus cartas.

El capítulo 12º nos trae un relato muy edificante. Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande (el que mató a los santos inocentes) desata una persecución contra los cristianos con el fin de agradar a los judíos. Ahora la persecución va contra los hebreos. Y el apóstol Santiago, hermano de Juan, muere a espada. Es el primer apóstol que derrama su sangre por Cristo, en la fiesta de los ázimos de los primeros años de la década de los cuarenta. Pedro es detenido para ser juzgado y eliminado cuando termine la Pascua. Mientras ***“la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios”***. Una mujer, María la madre de Marcos, preside esta reunión de oración. Un ángel, enviado por Dios, interviene y saca a Pedro de la cárcel, mientras que él piensa que todo lo que ocurre es un sueño. Ya en la calle:

“Pedro volvió en sí y dijo: Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado a su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos. Consciente de su situación, marchó a casa de María, madre de Juan, llamado Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración. Llamó él a la puerta y salió a abrirle una sirvienta llamada Rode; quien, al reconocer la voz de Pedro, de pura alegría no abrió la puerta, sino que entró

corriendo a avisar de que Pedro estaba a la puerta” (Hechos 12, 11-15). Finalmente, entra Pedro y todos contentos. Éste es un relato pascual, como una resurrección de Pedro. Herodes muere comido de gusanos. Termina esta parte con Pablo, Bernabé y Juan Marcos volviendo a Antioquía, después de dejar la colecta en manos de la Iglesia de Jerusalén.

3. - **La Iglesia en Roma** (capítulos 13° al 28°). No todo sucede en Roma. Mejor podríamos llamar a este punto **“De Alejandría a Roma”**. Buena parte de estos capítulos se la lleva la actividad de Pablo. Recuerda que otra posible estructuración interna del libro era dividirlo en Hechos de Pedro (Capítulos 1°-12°) y Hechos de Pablo (capítulos 13°-28°). Nosotros nos inclinamos por la división geográfica, dividiendo el libro en tres partes: Jerusalén, Antioquía y Roma. Esta tercera parte es la más larga y ocupa más de la mitad del libro.

La Iglesia de Antioquía era muy pujante y tenía mucha gente bien preparada. Un día, *“Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Separadme a Bernabé y Pablo para la obra a la que los he llamado. Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron”* (Hechos 13, 2-3). Fíjate que insiste Lucas en el papel del Espíritu Santo: *“Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo...”*. Va a ser una constante. En el resto del libro, **“Hechos de Pablo”**, éste va a hacer tres viajes. Al primero están dedicados los capítulos 13° y 14°. Le acompañan Bernabé y Juan Marcos. Van a evangelizar Chipre y Asia Menor y regresarán después a Antioquía a informar a la comunidad que los envió. Vamos a verlos:

Primer viaje de Pablo (Capítulos 13° y 14°, entre los años 45-48): Comienzan por Chipre, patria chica de Bernabé y evangelizadora, a su vez, de Antioquía. En esta primera ciudad, aunque el procónsul se convierte, encuentran muchas dificultades por parte del mago Elimas, a quien Pablo amonesta severamente: *“Tú, repleto de todo engaño y de toda maldad, hijo del Diablo, enemigo de toda justicia, ¿estás empeñado en torcer los rectos caminos del Señor? Pues ahora, mira la mano del Señor sobre ti. Te quedarás ciego y no verás el sol hasta un tiempo determinado. Al instante cayeron sobre él oscuridad y tinieblas y daba vueltas buscando quién le llevase de la mano”* (Hechos 13, 10-11).

Se marchan de allí, Juan Marcos se vuelve a Jerusalén desde Perge, posiblemente por desavenencias con los planteamientos de Pablo. Ellos llegan a Antioquía de Pisidia, que, sin ser una gran ciudad, era un paso militar estratégico. El sábado entraron en la sinagoga y, como era costumbre en la época, el jefe de la sinagoga, tras la lectura de la Palabra, invita a hablar a aquellos forasteros. Pablo toma la palabra y da un gran discurso a los judíos presentes y a otros, no judíos, pero también temerosos de Dios. El esquema es el de siempre: partiendo de la historia de la salvación, anuncia a Jesús resucitado e invita a la conversión para el perdón de los pecados. El éxito de la predicación es tal que los hacen volver el sábado siguiente, pero la multitud de gentiles que acudió provoca la envidia en algunos judíos que

intentan reventar la reunión. Puedes leer en los versículos 16 al 43 de este capítulo 13º la primera catequesis, y yo te cito y comento la segunda.

“El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra de Dios. Al ver el gentío, a los judíos les dio mucha envidia y respondían con insultos a las palabras de Pablo. Entonces Pablo y Bernabé dijeron sin contemplaciones: Teníamos que anunciaros primero a vosotros la Palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: Te he puesto como luz de los gentiles, para que llesves la salvación hasta el fin de la tierra. Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y alababan la Palabra del Señor; y los que estaban destinados a la vida eterna creyeron. La Palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región. Pero los judíos incitaron a las señoras distinguidas y devotas y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron del territorio. Ellos sacudieron el polvo de los pies, como protesta contra la ciudad, y se fueron a Iconio. Los discípulos quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo” (Hechos 13, 45-52).

Te comento: Pablo y Bernabé son pescadores de hombres audaces y experimentados. Van echando la red en todos los mares conocidos, y sus redadas suelen ser siempre considerables. Pero han de bregar duramente. Siempre les acompaña la contradicción y el escándalo. El discípulo tendrá que acostumbrarse a ello. Así lo recomienda Pablo a Timoteo: *“No tengas miedo a dar la cara por nuestro Señor. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio”* (IIª Timoteo 1, 7).

Doble reacción ante la Palabra: **La envidia**, el insulto indiscriminado, la persecución y el destierro de los predicadores. Fijaos bien quiénes son los que rechazan al apóstol: judíos religiosos, señoras devotas y distinguidas y los principales de la ciudad. **La alegría**, otros “quedaron llenos de **alegría** y del Espíritu Santo” ante la predicación de los apóstoles. Como siempre, ante la Palabra bien predicada los ricos salen escandalizados y los pobres y sencillos entusiasmados

El Papa nos habló hace ya treinta años de una nueva evangelización. El libro de los Hechos de los Apóstoles tiene que ser para ello el primer punto de referencia. Hay que volver a la fuente de la Iglesia, que es Jesús y la comunidad que salió directamente de sus manos, antes de que los hombres la contaminaran como han contaminado nuestros ríos. Fijaos bien en la reacción de los apóstoles ante el rechazo: Dijeron *“sin contemplaciones”*: para quien no quiere, todo sobra. Y se *“sacudieron el polvo de los pies contra ellos”*... y a otro sitio. Siempre tendrá el apóstol un lugar a donde ir. Pero... ¡Ay del pueblo que rechaza al profeta...! *“El día del juicio habrá menos rigor para Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad”* (Lucas 10, 12).

El capítulo 14º va a continuar con la misma tónica. Primero en Iconio, donde son signo de contradicción: aceptación y rechazo. Finalmente, tienen que huir a otras ciudades donde siguen predicando. En Licaonia curan a un enfermo y los toman por

dioses, queriendo ofrecerles un sacrificio. Ellos lo impiden. Llegan algunos judíos de Antioquía e Iconio y disponen a las gentes de tal modo contra ellos que apedrean a Pablo y, dándole por muerto, le sacan de la ciudad. Pablo se levanta y regresa a la ciudad. Este acontecimiento es conocido como **“la resurrección de Pablo”**. Continúan el viaje por Derbe hasta regresar a Antioquía, donde cuentan a sus comunidades las maravillas realizadas por Dios con ellos. Los grupos que se van convirtiendo al Señor se reúnen en las casas, bajo la presidencia de un presbítero (un sacerdote) que Pablo les nombra. Son las comunidades domésticas o iglesias familiares (Hechos 14, 23).

El capítulo 15º, hasta el versículo 36, va a estar dedicado al que ha sido llamado **“Concilio de Jerusalén”**, celebrado entre los años 49 y 50. Vienen algunos judíos de Jerusalén a Alejandría y empezaron a enseñar que sin circuncisión no había salvación. Pablo y Bernabé se les oponen y, ante el alboroto que se forma, se acuerda que éstos suban a Jerusalén y aclaren la cuestión con los apóstoles en la Iglesia madre. Se reúnen en concilio y hablan, en primer lugar Pedro, y después Santiago, “el hermano del Señor” y “columna de la Iglesia” (Gálatas 2, 9). Ambos coinciden en no poner más cargas de las necesarias, aunque Santiago propone que, para no seguir igual que antes de la conversión, **“se abstengan de lo que ha sido contaminado por los ídolos”**. Te cito, resumido, una síntesis del que algunos consideran el primer concilio, no ecuménico, de la Iglesia (el primer concilio ecuménico tuvo lugar en Nicea el año 325):

“En aquellos días, unos que bajaron de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban, conforme a la tradición de Moisés, no podían salvarse. Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre la controversia. Los apóstoles y los presbíteros contestaron: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: que os abstengáis de carne sacrificada a los ídolos, de sangre de animales estrangulados y de toda impureza. Haréis bien en apartaros de todo esto. Salud” (Hechos 15, 1-2. 22-29).

Segundo viaje de Pablo (capítulos 15, 36 al 18, 23, entre los años 50-52). Pablo se separa de Bernabé, que lo acompañó en el primer viaje, porque Bernabé quiere que lo acompañe su primo Juan Marcos. Como éste ya los había dejado tirados en Panfilia, Pablo escoge a Silas de compañero y se separa de Bernabé y Marcos, que cogen otra ruta. Las ciudades más importantes que van a visitar son Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto. Te recuerdo que te fijes en cómo es el Espíritu Santo el que dirige la misión, como dirige hoy a la Iglesia: **“El Espíritu Santo les impidió anunciar la Palabra en la provincia de Asia”** o **“Intentaron dirigirse a Bitinia, pero el Espíritu Santo no se lo permitió”** (Hechos 16, 6-7). El capítulo 16º comienza con la entrada en escena de Timoteo, un discípulo a quien Pablo circuncida, para legitimarlo más ante los judíos, y se lo lleva consigo. Más tarde lo dejará al frente de una comunidad y le escribirá un par de cartas que estudiaremos en su día.

En Filipos las cosas empezaron bien pero acabaron mal y dieron con sus huesos en la cárcel. Al final, cuando los jueces los quisieron poner en libertad, Pablo se negó a salir de cualquier forma y sacó a relucir su ciudadanía romana. Como ésta les permitía apelar al César, las autoridades locales se atemorizan y se acercan a presentarles disculpas. Pablo las acepta y se marcha a Tesalónica. La experiencia en Filipos fue positiva, a pesar de los azotes y la cárcel, sobre todo porque muchos se convirtieron al Señor. Estos convertidos se reunían en una comunidad doméstica presidida por otra mujer, Lidia. Lee el capítulo 16°. En Tesalónica y Berea predicaron en las sinagogas con aceptación general, pero también con la oposición de los judíos fanáticos de siempre que le hicieron la vida imposible hasta tener que marcharse. Los que se convertían se veían por las casas para celebrar la Eucaristía. Son las comunidades a las que Pablo escribirá sus cartas (Corintios, Efesios, Tesalonicenses, etc).

Pablo llega a Atenas y *“se indignaba al ver la ciudad llena de idolatría”*. Se encuentra una ciudad con mucha gente con ganas de oír discursos entretenidos, por la simple razón de que estaban aburridos, todo el día sin hacer nada. Ya Atenas no es lo que era, la ciudad culta de Sócrates, Platón y otros sabios. El afán de cultura había sido sustituido por el de novedad. Y quieren escuchar a Pablo a ver qué les trae novedoso. Califican a Pablo como de charlatán de feria. Lo llevan al Areópago, una pequeña colina donde se reunían para discutir y escuchar a quien quisiera exponer su filosofía sobre la vida, el mundo o un nuevo dios. Dice Hechos 17, 21: *“Es que los atenienses y los extranjeros que allí vivían no tenían más pasatiempo que charlar sobre las últimas novedades”*.

Pablo no se desanima, prepara un precioso discurso que puedes leer en los versículos 22 al 31 de este capítulo 17° de Hechos. El apóstol parte de un detalle que ha observado en la ciudad: los atenienses tienen un altar dedicado *“Al dios desconocido. Pues bien, eso que veneráis sin conocerlo es lo que yo os vengo a anunciar... En realidad no está lejos de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos”*. Al final, cuando Pablo les habla de la resurrección de Jesús, se echan a reír y le dicen: *“Ya te oiremos otro día”*. Pablo se marcha fracasado, pudiéndose contar con los dedos de las manos las conversiones conseguidas ese día.

De Atenas se va a **Corinto**, importante ciudad cosmopolita, puerto de mar y situada estratégicamente. Por una parte, toda clase de vicios se concentraban en sus burdeles y tascas portuarias; por otra, grandes diferencias de clases entre los ricos comerciantes y los pobres, que serían mayoría como siempre. Se conservan dos cartas preciosas de San Pablo a los corintios. Cuando las estudiemos, te imaginarás con más facilidad cómo estaba Corinto, cuando llegó Pablo. Cuando Pablo entró en la ciudad, se encontró con un matrimonio, Aquila y Priscila, que eran fabricantes de tiendas de campaña. Vivió en su casa y trabajó con ellos, hasta que Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, lo proveyeron de recursos económicos y Pablo se pudo dedicar por entero a la predicación.

Como siempre, Pablo predica en la sinagoga, pero el rechazo es tal que el apóstol, salió de ella, **“sacudió sus vestidos y les dijo: Vosotros sois los responsables de cuanto os suceda. Mi conciencia está limpia. En adelante, pues, me dedicaré a los paganos”**. La ruptura va a ser sólo temporal, porque muy pronto, en Éfeso, nos lo volveremos a encontrar predicando en las sinagogas. Pero aquí, de momento, se va a predicar en las comunidades domésticas. De todas formas, Pablo que quería a su gente, está triste y con tentaciones de tirar la toalla. El mismo Jesús se le presenta de noche para animarlo: **“No temas, sigue hablando, no te calles, porque yo estoy contigo y nadie te hará mal. En esta ciudad hay muchos que llegarán a formar parte de mi pueblo. Pablo permaneció en Corinto un año y seis meses predicando la Palabra de Dios”** (Hechos 18, 9-11). Estamos en los años 50-52 de nuestra era.

Al final, como siempre, los judíos se confabulan contra Pablo, pero el procónsul Galión no quiere líos con la ley judía y **“los echó del tribunal”**. Concluida su misión en Corinto, embarca rumbo a Siria, acompañado del matrimonio amigo (Aquila y Priscila). Una cosilla a explicar: en Hechos 18, 18 dice: **“En Cencreas se había rapado la cabeza, porque tenía hecho un voto”**. Aunque no se ve claro a quien se refiere, si a Pablo o Aquila, para la explicación da igual. Era el voto de **nazir**, que ya te expliqué el primer año, que lo tenía hecho Sansón y otros, como Juan el Bautista. Podía ser temporal o de por vida. Hasta que no se cumplía el tiempo del voto no se podían cortar el cabello.

Tercer viaje de Pablo (capítulos 18, 24 al 21, 14, entre los años 53-58). Pablo quiere emprender la evangelización de Asia, teniendo como base Éfeso, pero pasando antes por Jerusalén y Antioquía para dar cuenta a las iglesias madres de sus correrías apostólicas. Aquí aparece un personaje que te lo vas a encontrar otras veces en el resto del Nuevo Testamento. Se trata de **Apolo**, un judío alejandrino culto y bueno, que se dedica a predicar la Palabra con gran provecho para todos. Aquila y Priscila, el matrimonio íntimo de Pablo, lo instruyen en la línea pastoral y de predicación que lleva el apóstol.

El capítulo 19º comienza con la llegada de Pablo a Éfeso. Se encuentra con un extraño grupo de doce discípulos que **“Ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo”**. Pablo los bautiza y les impone las manos y se realiza en ellos un nuevo Pentecostés. Comienza predicando en las sinagogas, pero pronto las tiene que abandonar ante el rechazo de los judíos. Se va a predicar a la escuela de Tirano, un prosélito, durante las horas en las que no se daban clases. Allí predica el Reino durante dos años, acompañando su predicación con todo tipo de milagros y confundiendo a los farsantes de la ciudad.

“Por entonces se produjo un tumulto no pequeño con motivo del Camino. Cierta platero, llamado Demetrio, que labraba en plata templetas de Artemisas y proporcionaba no pocas ganancias a los artífices, reunió a éstos y también a los obreros de este ramo y les dijo: Compañeros, vosotros sabéis que a esta industria le debemos nuestro bienestar, pero estáis viendo y oyendo decir que no solamente en

Éfeso, sino en casi toda Asia, ese Pablo persuade y aparta a mucha gente, diciendo que no son dioses los que se fabrican con las manos...” (Hechos 19, 23-26). Podéis seguir leyendo este episodio que, por fortuna para Pablo, no acabó mal del todo. El problema de fondo, sigue más o menos igual. La gente adora a las artemisas de turno. Y quienes decimos que *“no son dioses los que se fabrican con las manos”* sufrimos los mismos tumultos.

El capítulo 20° y hasta el versículo 14 del 21°, nos van a narrar el final de este viaje misionero de Pablo que ya se va acercando a Jerusalén. Al llegar a Cesarea, pernocta en casa de Felipe, uno de los siete diáconos que ya conoces. El texto no tiene nada especial que reseñar. Léelo tranquilamente. Sólo te subrayo dos cosas. A partir de Hechos 20, 5 Lucas va a acompañar a Pablo en sus andanzas y comienza a utilizar la primera persona del plural: *“Éstos se adelantaron y nos esperaron en Troade. Nosotros nos embarcamos en Filipos...”*. Y la otra es la actuación de Agabo. Estando en Cesarea se presenta este profeta judío y le profetiza a Pablo que será entregado a los paganos, lo mismo que los profetas anteriores predijeron la pasión de Jesús. Todos intentan hacerlo desistir de la subida a Jerusalén, pero ante la imposibilidad de convencer a Pablo, terminan diciendo: *“¡Hágase la voluntad del Señor!”*. Pablo está llamado a la cruz, como su Maestro, y se ha llevado media vida preso por Cristo. Ahora va comenzar su pasión camino de Roma y en la capital del imperio. Aquí terminan los tres viajes del apóstol.

Pablo llega a Jerusalén y es recibido con alegría por los hermanos. Va a casa de Santiago, autoridad suprema, y le cuenta sus andanzas apostólicas. Éste aprueba la conducta de Pablo, pero le advierte del peligro que corre porque algunos están diciendo por ahí que no respeta la circuncisión ni la ley. Le aconseja que, para congraciarse con los judíos criticones, vaya al templo con otros cuatro hermanos y ofrezcan el sacrificio ritual como conclusión de un voto de nazir que han hecho. Pablo sigue el consejo de Santiago y va al templo a cumplir el rito de purificación. Así convencerá a todos de que sigue observando la ley.

Como ya le había ocurrido en otros lugares, los judíos más integristas venidos de Éfeso soliviantan al pueblo contra Pablo. El tribuno lo salvó del linchamiento, pero se lo lleva preso al cuartel, cargado de cadenas. Pablo pide la palabra al tribuno y da un discurso en defensa propia, donde narra su pasado integrista judío y su vocación al apostolado entre los gentiles. Llegado a este momento, los presentes no quieren seguir escuchándolo y piden su cabeza. El tribuno lo quita de en medio llevándose al cuartel para interrogarlo, con azotes. Pablo les dice que él tiene la ciudadanía romana, que le da derecho a no ser azotado sin previo juicio. Los soldados se asustan al oírlo y no lo tocan.

Al día siguiente, convocan a las autoridades judías y presentan a Pablo delante de ellas con el fin de intentar averiguar de qué acusan a Pablo. Así termina el capítulo 22°. Puedes leer hasta aquí. Pablo está viviendo una verdadera pasión, en la que no falta la bofetada, como a su Maestro. El capítulo 23° comienza con su defensa ante el

sanedrín, como Jesús y los demás apóstoles. Lee el discurso de Pablo en defensa propia y la conspiración contra él por parte de los judíos. En su defensa, Pablo se confiesa del grupo de los fariseos y éstos intentan defenderlo diciendo:

“Nosotros no encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si le ha hablado un espíritu o un ángel? Como la discusión se hacía cada vez más fuerte, el tribuno tuvo miedo de que despedazaran a Pablo, y ordenó a los soldados que bajaran, para sacarlo de allí y llevarlo al cuartel. La noche siguiente, el Señor se le apareció y le dijo: Ten ánimo, pues tienes que dar testimonio de mí en Roma, igual que lo has dado en Jerusalén” (Hechos 23, 9-11). Como ves, ésta es la vida del cristiano: siempre entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Es tal el odio contra Pablo que ***“cuando amaneció, los judíos convocaron una reunión y se comprometieron con juramento a no comer ni beber hasta haber matado a Pablo”***. Si no se le puede callar con argumentos, se le mata y listo. Éste es el plan.

Un sobrino de Pablo, hijo de su hermana, comunica a su tío el plan de los judíos. Pablo le dice al muchacho que se lo diga al tribuno; éste escucha al muchacho y decide quitar a Pablo del alcance de aquellos fanáticos. Lo manda a Cesarea, con una carta para el gobernador de la ciudad, Félix. En la carta le dice que Pablo es ciudadano romano, que él le ha salvado la vida porque lo considera inocente y que lo único que hay son diferencias de opinión respecto a la ley judía, cosas todas que a un romano no le importan. 470 soldados custodian a Pablo. Parece exagerado. Pablo es encarcelado por Félix en Cesarea, a espera de juicio.

Los capítulos 24° al 26° están dedicados a la larga estancia de Pablo en la cárcel de Cesarea. Estamos en los años 58-60. Puedes leerlos. Te explico lo que me parezca necesario. El 24° comienza con el proceso ante Félix. Los judíos traen un abogado de Jerusalén y presentan esta acusación: ***“Hemos comprobado que este hombre es una peste. Anda promoviendo alboroto entre los judíos de todo el mundo y es el jefe de la secta de los nazarenos”***. Pablo se defiende: ***“Sirvo al Dios de nuestros antepasados, teniendo la esperanza de que ha de haber resurrección tanto de los buenos como de los malos... Por creer en la resurrección me juzgan hoy ante vosotros”***. ***“Félix, que estaba bien informado sobre el camino cristiano, les dio largas: Ya decidiré sobre vuestro asunto”***. Pablo queda en prisión pero ***“con cierta libertad y permitiendo que algunos de los suyos le asistieran”***.

A los dos años, Félix es sustituido por Festo que, ***“tratando de congraciarse con los judíos deja a Pablo en prisión”***. Los judíos siguen maquinando contra Pablo. Estamos en **el capítulo 25°**. El apóstol se ve perdido y apela al César. Era la única forma de librarse de la farsa que traman los judíos. También Festo se ve aligerado en su responsabilidad: ***“Has apelado al César; pues irás al César”***. Está tomada la decisión de que Pablo vaya a Roma. Por aquellos días Agripa II (Herodes Agripa II, descendiente de Herodes el Grande) pasó por Cesarea para saludar a Festo. Éste le habla del caso de Pablo, informándole que los judíos le quieren matar por cosas referentes a ***“un tal Jesús, ya muerto, y que, según Pablo, está vivo”***. ***“Me gustaría***

oír a ese hombre”, dijo Agripa. *“Pues mañana lo oirás”*, respondió Festo.

Efectivamente, al día siguiente se presenta Agripa con su hermana Berenice y Festo le presenta a Pablo, con la esperanza de que hable ante Agripa y éste le suministre argumentos que justifiquen ante el César su envío a Roma. Como Jesús, Pablo se ve ante otro descendiente de Herodes, que le dice: *“Se te permite hablar en tu defensa”*. Pablo va a dar su último discurso que va a ocupar todo el **capítulo 26°**. Pablo toma la palabra y cuenta su vida de perseguidor de los cristianos, su encuentro con Jesús en el camino de Damasco y su posterior labor como apóstol de Jesús.

Festo, que no entiende nada de las referencias de Pablo a la fe judía, dice: *“Estás loco, Pablo; de tanto estudiar te has vuelto loco”*. En cambio Agripa, que conoce bien la fe judía, porque es un judío culto, le dice: *“¡Por poco más me convences para que me haga cristiano!”*. Y todos, *“el rey, el procurador, Berenice y todos los que estaban sentados, se levantaron y se retiraron, comentando entre sí: Este hombre no ha hecho nada digno de muerte o de prisión. Y Agripa dijo a Festo: Se habría podido dejar en libertad a este hombre, si no hubiera apelado al César”*. La suerte está echada. A la primera ocasión Pablo será enviado a Roma, cumpliéndose así su deseo de recalar en la capital del imperio.

Capítulo 27°. Nos cuenta el difícil viaje desde Cesarea hasta la isla de Malta, a donde llegaron naufragados. Una verdadera odisea, en la que Pablo tiene un par de intervenciones importantes. Les cogió una tormenta que casi acaba con todos. Si te apetece, lo lees. Lo único a destacar para nosotros, aparte de comprobar una vez más los sufrimientos que conlleva el apostolado, es la visión que tuvo Pablo en la que se le dijo que llegarían sanos y salvos a su destino. Lucas da testimonio del cumplimiento de la promesa, al terminar el capítulo: *“De esta forma todos llegamos a tierra sanos y salvos”* (Hechos 27, 44).

Capítulo 28°. En Malta todo les fue a pedir de boca. Estamos en los años 60-61. El centurión Julio y los soldados que los habían custodiado no son nombrados más. *“Los nativos nos trataron con toda suerte de atenciones”*. Pablo es picado por una víbora y no le pasa nada, por lo que lo toman por un dios. Encima cura al padre del gobernador de la isla y a algunos enfermos que le traen. Lucas, cuando escribe, recuerda que *“nos colmaron de honores, y, al marchar, nos suministraron lo necesario”* (Hechos 28, 10). Tras tres meses en Malta, parten para Roma. *“Cuando entramos en Roma, se permitió a Pablo quedarse en una casa particular, con un soldado que le custodiase”* (Hechos 28, 16).

Pablo está deseando tener un encuentro con los judíos de Roma y, cuando se produce, les cuenta cómo ha llegado hasta allí. Los judíos quieren que les hable de esa secta *“que en todas partes encuentra oposición”*. Se citan otro día y Pablo les habla ampliamente, *“exponiéndoles, desde por la mañana hasta por la tarde, el Reino de Dios y esforzándose en ganarlos para Jesús con argumentos de la ley de Moisés y los profetas”*. Como siempre, *“unos se dejaban persuadir por sus palabras*

y otros seguían sin creer”. Pablo, ante su falta de fe, les advierte que *“la salvación de Dios ha sido ofrecida a los paganos; ellos sí la escucharán”* (Hechos 28, 28).

Epílogo: *“Pablo estuvo dos años en una casa alquilada por él, y allí recibía a todos los que iban a verlo. Podía anunciar el Reino de Dios y enseñar cuanto se refiere a Jesucristo, el Señor, con toda libertad y sin obstáculo alguno”* (Hechos 28, 30-31). La verdad es que la terminación del libro resulta un poco rara. Está como cortada en seco. El Pablo encadenado del versículo 20, está ahora *“en una casa arrendada por el”* y predicando libremente a todo el que se le acercaba. La casa aquí hace referencia al espacio donde se reúne una comunidad de cristianos, dirigida por el apóstol.

De todas formas quedan muchas preguntas en el aire, porque la narración se corta muy bruscamente. ¿Fue liberado o martirizado Pablo? Si fue liberado, ¿vino a España a predicar, como era su deseo manifestado en Romanos 15, 28? Nosotros nos quedamos con estos hechos, que son los que nos narra Lucas, que tampoco se propuso escribir una biografía de Pablo, sino más bien la acción del Espíritu sobre él y sobre los demás miembros de la nascente Iglesia. Si tenemos en cuenta esto, el libro termina bien, porque concluye diciendo que Pablo predicaba a Jesús *“con toda libertad y sin obstáculo alguno”*. Otro año, cuando vayamos a estudiar sus cartas, haremos una vida detallada de Pablo, teniendo en cuenta también lo que en sus escritos él mismo nos dice.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Iº Macabeos 2, 49-64

IIª Corintios 4, 7-15

Juan 19, 12-16

Actividades:

1. - Una nota distintiva del libro de los Hechos es la persecución continua que los apóstoles tienen que soportar como testigos de su fe. También en el Antiguo Testamento hubo mártires. Ahí tienes el ejemplo de Matatías y sus hijos. Te he citado el testamento de Matatías. Te puede servir cuando seas perseguido por dar testimonio.

2. - Te he dicho que la Iglesia camina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios. Medita la cita de Pablo y lo verás claro.

3. - Se suele decir que no hay peor cuña que la de la misma madera. Los peores enemigos del judío Pablo son sus compañeros de religión. Igual que el Maestro. Compruébalo en la cita.

Tema 6. - EL LIBRO DEL APOCALIPSIS (I).

1. - Introducción. Después de estudiar el libro de los Hechos de los Apóstoles, vamos a dedicar dos capítulos al último libro que tenemos en nuestras biblias. El Génesis es el primero y el Apocalipsis el último. Nos hemos saltado las cartas de Pablo, que estudiaremos el próximo año. Con su estudio terminaremos este Curso de Introducción a la Biblia. He de confesarte, antes de comenzar, que me acerco al Apocalipsis con la misma sensación que lo hacen quienes se aproximan a su estudio: estamos ante un libro difícil. Lo he vuelto a leer de corrida, despacio, superando toda sensación de abandono. Ya, cuando te metes en él, acaba gustándote.

Después he leído, durante largos meses, las introducciones que mis seis o siete biblias hacen de este enigmático libro, los artículos dedicados a él en la media docena de manuales que vengo siguiendo y los cuatro libros monográficos (es decir, dedicados sólo al estudio del Apocalipsis) que te cito en la bibliografía final. Siempre pensando en ti, querido lector. ¿Cómo le explico yo esto a mi gente?, es la pregunta que me hago siempre. Como todo el libro, ya lo verás, es un canto a la esperanza cristiana y no hay lugar en él para la desilusión, he superado el miedo y me decido a comenzar desde lo más fácil a lo más difícil, que es el texto. Lo primero es presentarte el libro siguiendo el esquema que hemos utilizado en los demás: situar el libro, sus grandes temas, estructura interna y la simbología, que aquí es clave.

2. - Situar el libro (autor, fecha, lugar, destinatarios). ¿**Quién** escribió este libro? Lo escribió Juan. Lo dice el libro cuatro veces, la primera en el primer versículo. Y todavía más explícitamente en el capítulo 1, 9: *“Yo, Juan, hermano vuestro, que por amor a Jesucristo, comparto con vosotros el sufrimiento...”*. Pero ¿qué Juan? Unos piensan que el evangelista, autor del cuarto evangelio y de algunas cartas. Así se pensó de manera unánime los dos primeros siglos de la vida de la Iglesia. En el siglo tercero comienzan las discrepancias, sobre todo a partir de Dionisio de Alejandría. El autor no se califica de apóstol, sino de profeta, como puedes ver en varios versículos del capítulo 22º, en los que se habla del contenido del libro como de una profecía.

Más bien parece que la atribución al apóstol Juan (pseudonimia) es un conocido recurso para hacer fuerza de cara a introducirlo en el canon. De hecho, tardó bastante en ser reconocido como libro inspirado. A estas alturas del curso ya sabes que era frecuente poner los escritos bajo el paraguas de un personaje importante que le diera prestigio y animara a su lectura y aceptación. En los libros apocalípticos del Antiguo Testamento era casi lo habitual. Si no fue Juan, podemos pensar en algún discípulo suyo, de la misma Iglesia joánica: Todos los autores reconocen una gran conexión entre el Apocalipsis y los escritos de Juan evangelista. Desde luego, un personaje conocido y de prestigio entre las distintas comunidades o iglesias. Una cuestión más sin resolver, pero que tampoco es de una importancia vital, como lo es el contenido.

¿**Cuándo** lo escribió? Respecto a la fecha en que se escribió hay más unanimidad. A finales del siglo primero. Si quieres más precisión, piensa en el año 95. San Ireneo, que vivió en el siglo II, dice que *“al final del reinado de Domiciano”* y éste murió el año 96. Por tanto, la fecha del 95 que hemos dado puede valer y es aceptada por casi todos los autores con pocas discusiones. Pero, como en todos, no faltan quienes piensan de forma distinta y sus razones tendrán. Éstos lo sitúan escrito en los años de la persecución de Nerón (años 54-68) o de Trajano (años 98-117). O que se comenzó en tiempos de la persecución de Nerón y se terminó en la de Trajano.

¿**Dónde** se escribió? Tampoco hay mucha discrepancia entre los autores. En la isla de Patmos. Esta pequeña y desértica isla del mar Egeo era una cárcel natural en la que Juan padeció el destierro durante algunos años, *“por haber predicado la Palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesucristo”* (1, 9), como ya dijimos cuando estudiamos al evangelista Juan, en el supuesto de que el autor fuera el apóstol o alguno de sus discípulos, que lo acompañaban. Algunos autores piensan en Éfeso por el conocimiento que muestra de la región. En este caso, la tradición de situarlo en Patmos se debería más bien al intento de animar a las comunidades cristianas tan perseguidas por Domiciano, simplemente por negarse a dar culto al emperador.

Destinatarios, ¿para quiénes escribió? Juan escribió para las siete Iglesias. Él mismo lo dice: *“Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente, como una trompeta que decía: Lo que veas escríbelo en un libro, y envíaselo a las siete iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea”*. (Apocalipsis 1, 10-11). Eran iglesias que sufrían la persecución y en ellas pensaba Juan para darles un mensaje de esperanza. Estaba muy unido a estas siete iglesias por compartir la persecución. Juan no pensó en nosotros, ni en los que habían de creer, como nosotros. Él vivió con la conciencia de una pronta intervención de Dios para acabar con el caos reinante y, consecuentemente, no alargó la vista adelante. Ya veremos esta idea más detenidamente.

3. - Los grandes temas del Apocalipsis. Yo te diría que hay dos grandes temas: uno en cada bloque, de los dos en que vamos a dividir el libro. En el primer

bloque, las cartas a las siete iglesias, el tema es la **conversión**. El tema del segundo bloque es la **esperanza** en el triunfo definitivo de Dios, tras la larga lucha con las fuerzas del mal. Te explico un poquitín más.

Las iglesias estaban siendo perseguidas y lo estaban pasando mal. Algunas de ellas habían bajado en su primer fervor. Hay que mantener la fe primera recibida de Jesús. A esto va destinada esta primera parte, como veremos en el comentario. A cada una de las siete iglesias, le va a dar un repaso y la va a invitar a la conversión. En la segunda parte está presente el dualismo de las fuerzas del mal y el bien siempre presentes en el mundo. El mal continuamente ataca a la Iglesia, pero también está presente la fuerza del bien, esto es del **“Cordero de pie, aunque degollado”**. Es el triunfo pascual de Jesús (por eso está de pie), aunque previamente muerto en la cruz. El Apocalipsis entero está reflejado en la parábola del trigo y la cizaña. El bien y el mal juntos en la historia, pero al final el mal será extinguido, echado al fuego y sólo quedará el trigo limpio de los elegidos. Te voy a poner la parábola para que entiendas todo el Apocalipsis a partir de ella:

“Con el Reino de los cielos sucede lo que con un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mientras todos dormían, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue. Y cuando creció la hierba y se formó el trigo, apareció también la cizaña. Entonces los siervos vinieron a decir al amo: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es posible que tenga cizaña? Él respondió: El enemigo lo ha hecho. Le dijeron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? El respondió: No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo. Dejad que crezcan juntos ambos, hasta el tiempo de la siega; entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla. Y el trigo amontonadlo en mi granero” (Mateo 13, 24-30).

4. - ¿Estamos ante un libro profético o apocalíptico? Éste es un punto importante y muy discutido siempre. Por una parte, el libro comienza con la palabra **revelación**, que en griego se dice Apocalipsis y que fue la palabra que dio nombre al libro: **“Ésta es la revelación que Dios confió a Jesucristo...”** (Apocalipsis 1, 1). Por otra, el libro se presenta como una profecía: se habla de que es un mensaje profético. **“Dichoso quien haga caso del mensaje profético contenido en este libro”** (Apocalipsis 22, 7). Vamos a explicar esta alternativa: ¿Profético o apocalíptico?

Terminaremos diciendo que las dos cosas, dependiendo del momento, y que el contenido es profético y la forma es apocalíptica, pero te explico por qué vamos a llegar a esta afirmación. Te doy en primer lugar, para ir aclarando ideas, una definición breve de apocalipsis y otra de profecía. **“Apocalipsis: revelación de los misterios ocultos del fin de los tiempos, con imágenes y signos de fuerte carácter evocativo y/o mítico”** y **“Profecía: Palabra proclamada en nombre de Dios, denunciando al pueblo o anunciando su salvación”** (Pikaza, 11). Ya puedes ir distinguiendo algo entre ambos conceptos. Compáralos.

Yo recuerdo que el primer año, en el vocabulario que te puse al final del libro, en la palabra apocalíptica, te decía: *“También se entienden por **apocalíptica** un género literario que surge en tiempo de crisis y que tiene por objeto levantar los ánimos e infundir esperanza en el triunfo final del bien sobre el mal”*. Como género literario surgió en el seno del judaísmo entre los siglos II antes de Cristo y el I después de Cristo, más o menos. Vamos a ver las características de este género literario apocalíptico y después del profético. Cuando comencemos el estudio, verás cómo hay componentes de los dos en nuestro libro.

El género apocalíptico no mira al presente, sino **al fin del mundo** que llega entre catástrofes y calamidades. Su lenguaje es críptico, esotérico, **oculto**, lleno de símbolos e imágenes que hay que conocer para entenderlo: el sentido de la vista está por encima del sentido del lenguaje. Por eso tenemos que dedicarle un punto al tema del simbolismo en el Apocalipsis, que es lo que lo hace difícil de entender. La palabra al servicio de la visión. Es **determinista**, es decir, al hombre le queda poco espacio de maniobra y libertad; es como si ya todo estuviera determinado por Dios, cuyos planes se han de cumplir porque el mundo está tan podrido que ya no tiene remedio, sin hueco para el azar o la acción del hombre. Incluso dentro del género apocalíptico subyace un fuerte **dualismo**: hay un enfrentamiento continuo entre las fuerzas del mal, del maligno, del diablo, y las fuerzas del bien, de Dios y sus ejércitos.

El género profético es distinto. Ya lo estudiamos durante dos años y, por tanto, no necesito explicártelo. Sólo dos palabras. La profecía no es determinista. Es el hombre el que tiene que hacer la historia que Dios quiere, mediante su acomodación a la Palabra. El profeta busca la transformación del mundo, mediante la conversión del hombre a quien se dirige, mientras que para el apocalíptico la historia está tan podrida que ya el hombre nada puede hacer por cambiarla, tiene que venir Dios a aniquilar lo que hay y construir un mundo nuevo. El profeta mira al presente y también al futuro. Aquí no hay, normalmente, una visión sino una palabra: “Esto dice el Señor” o “Palabra del Señor” u “Oráculo del Señor”.

En el Apocalipsis se mezclan las dos tradiciones. Cuando lo vayas leyendo, lo irás comprendiendo, y yo te lo iré recordando. Sin caer mucho en la simplificación, podemos decir de una manera general, que **la forma** en que se expresa el libro es de género apocalíptico, mientras que **el contenido** general responde a una teología de la historia en línea profética. Ya te digo que de forma general, porque también es cierto que hay contenidos, como la visión dualista de enfrentamiento entre el bien y el mal, que tiene sello apocalíptico. Este dualismo también lo encontramos en el evangelio de Juan: ¿Te acuerdas: luz-tiniebla, vida-muerte, mentira-verdad? Igualmente recordarás que había profetas, cuya palabra era fruto de visiones (más propias del género apocalíptico), pero sin tantos elementos simbólicos, sino visiones basadas en elementos de la realidad cotidiana, que tenía como misión llamar al hombre a la conversión.

5. - Estructura interna del libro del Apocalipsis. El libro del Apocalipsis está dividido en dos partes muy desiguales en extensión, además de un prólogo (Apocalipsis 1, 1-8), y un epílogo (Apocalipsis 22, 6-21). El prólogo y el epílogo contienen, como siempre, una presentación del libro y una conclusión general. Las dos partes centrales responden al plan de la obra que expone Juan en el capítulo primero, versículo 19. *“Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo (1ª parte) y lo que ha de suceder más tarde (2ª parte)”*. Voy a darte una visión panorámica de cada parte para que la tengas en la cabeza como quien tiene una postal. Así sabes por dónde vamos a callejear en los capítulos siguientes.

Lo que está sucediendo (Apocalipsis 1, 8 al capítulo 3º, incluido). Tras el prólogo, el autor hace una introducción general a las siete cartas y, en los capítulos 2º y 3º, escribe estas cartas siempre con el mismo esquema. El **comienzo** recuerda al estilo profético: *“Esto dice...”*. **Sigue** con un *“Conozco tus obras...”*, tras el cual describe la situación en que se encuentra esa iglesia. A **continuación**, Jesucristo dirige una palabra a cada iglesia, cuyo contenido está en función de la situación que denuncie. Puede ser una palabra de reprensión por una mala situación interna, en cuyo caso la anima a la conversión, o una exhortación a seguir en su comportamiento, si éste es positivo. Invitación a una **reflexión** sobre el contenido de la carta: *“El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice...”*. **Concluyen** las cartas prometiendo la felicidad eterna a los que perseveren hasta el fin. Este esquema se repite en todas. Cinco pasos que te he puesto en negrilla para que los tengas fácilmente presentes.

Lo que ha de suceder (Apocalipsis 4º al 22, 5). Este segundo bloque es muy grande y no hay unanimidad entre los autores consultados a la hora de dividirlo. Siguiendo a Vanni (página 11) y a Contreras (página 20), me inclino por una división quintuple, simplemente porque entre más sean las secciones más cortas serán éstas, con lo que se podrán comprender mejor, y, además, responden mejor a los indicios literarios, como veremos. Aunque tenemos que desmenuzarlas en el capítulo siguiente, te voy a presentar muy brevemente estas cinco secciones. Sólo una mínima presentación. Ya tendremos tiempo de verlas detenidamente.

La **primera** (capítulos 4º-5º) tiene un carácter introductorio, de presentación de los elementos y personajes que, posteriormente, nos vamos a encontrar: Dios, el cordero en pie, pero degollado y el libro de los siete sellos. La **segunda** (capítulos 6º-7º) está dedicada a los siete sellos, que encierran en un libro el sentido de la historia y Cristo va desvelando ese sentido, abriendo uno a uno los siete sellos. La **tercera** (capítulos 8º-11, 14), las siete trompetas. Sigue desvelando, a golpe de trompeta, en sentido de la historia como una lucha entre el bien y el mal. En la **cuarta** (capítulos 11º, 15º-16, 16), esa lucha entre el bien y el mal, siempre presente en la historia, se personifica en la mujer y el dragón. Los capítulos 12º y 13º son el corazón del Apocalipsis. Y la **quinta** sección (capítulos 16º, 17º-22, 5) que tiene un carácter conclusivo: derrota definitiva del mal (encarnado en Babilonia) y triunfo apoteósico de Cristo, el Cordero.

6. - El simbolismo del Apocalipsis. Lo que hace difícil comprender el Apocalipsis es entender el lenguaje simbólico con que se expresa. En el punto anterior te he hecho un repaso general, aunque breve, de su contenido. Este punto es más difícil. La misma palabra “Apocalipsis” significa “revelar algo oculto”. Eso que quiere revelar (el sentido teológico de la historia), no lo hace directamente, sino a través de símbolos. Voy a tratar de explicarte los símbolos que utiliza para transmitir su mensaje. El diccionario de la Real Academia dice que símbolo es la *“Representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con ésta por una convención socialmente aceptada”*.

Me temo que no. Que no te han convencido los académicos de la lengua en este caso. Te pongo, mejor, un ejemplo. ¿Qué quiere decir el Apocalipsis con la expresión *“el cordero tenía siete cuernos”*? Pues quiere decir que Jesucristo tiene todo el poder. Antes de comenzar a leer el libro, y para esto es este punto, vamos a aceptar socialmente que Jesús es el cordero de Dios, que el siete es el número que representa la totalidad o plenitud y que el cuerno es el signo del poder. Otro ejemplo: si dice el libro que Jesús es el *“león de Judá”*, no lo está poniendo de animal, sino que está aplicándole las características conocidas de este animal: poder, fuerza, sabiduría, etc. ¿Lo entiendes ahora? Pues veamos los símbolos más utilizados en el Apocalipsis. Sin entender esto no podemos seguir adelante.

Vamos a intentar clasificarlos, hacer grupos, para que los retengas mejor:

Numéricos: Además de su sentido real (siete es seis más uno) en todas partes el número tiene un sentido simbólico. Piensa, por ejemplo, en un estudiante. Entre el tres y el cuatro hay un punto de diferencia, como entre el cuatro y el cinco. Referidos a caramelos da lo mismo, pero referido a las notas no, porque el cinco es aprobado mientras el tres y el cuatro son suspensos. Un siete y un ocho es igual: notable, pero un ocho y un nueve no es igual (aunque la diferencia sea la misma), porque éste ya es sobresaliente, lo que adorna mucho un expediente. En la simbología bíblica, **3** repitiendo un adjetivo lo pone en grado superlativo, que ellos lo desconocían. Santo, Santo, Santo es igual que Santísimo. Ya lo explicamos en otra ocasión. **4** son los puntos cardinales por lo que indica universalidad, refiriéndose normalmente a realidades naturales. **7** es el número que más se repite en este libro, unas 54 veces. Es un número sagrado. Significa totalidad, plenitud. Las cartas a las siete iglesias van dirigidas a la totalidad de las iglesias. El siete y sus múltiplos salen infinidad de veces. El **6** es siete menos uno, por tanto totalidad incompleta. El **3** y **5** es la mitad de siete, mucho más incompleto, que no alcanza la perfección. Como el **14** sería doblemente completo o perfecto. **10** significa mucho, como sus múltiplos. Diez son los dedos de la mano, ahí están todos. Se valían de ellos para contar. **12** significa perfección. Doce eran las tribus de Israel, por tanto, también este número es sagrado. Y doce son los apóstoles de Jesús. Fíjate que el número de los salvados es según el apocalipsis de 144.000, es decir, doce por doce por mil, que es un múltiplo de diez. Nos están diciendo que los salvados son incontables.

Como muestra es suficiente. En este libro, más que en ninguno, tenemos que estar yendo continuamente al pie de página para leer las notas de nuestra Biblia. El que ha traducido el texto conoce el significado que a cada símbolo le da el contexto.

Cromáticos, los colores. Cada uno de ellos tiene también un valor simbólico, además del real. También para nosotros, el blanco significa la pureza y el negro significa el luto. **El blanco** significa la dignidad (barba blanca del anciano), también la victoria. Apocalipsis 7, 10: “*Vestían de blanco y llevaban palmas en las manos y gritaban: la victoria es de nuestro Dios*”. **El rojo**, la sangre, la violencia, el martirio, la guerra, la crueldad. La liturgia de la Iglesia también usa el rojo para la misa, por ejemplo, del martirio de Juan el Bautista. **El morado** y **escarlata** lo usaban mucho los emperadores, por lo que significan lujo, pompa, lujuria. **El negro**, como nosotros, desgracia, muerte, fatalidad. También el amarillo significa muerte, porque es el color de los cadáveres. **El verde**, que en nuestra liturgia significa la esperanza, aquí más bien significa la caducidad de la vida, la cercanía de la muerte. **El oro**, metal sublime, la cercanía a la divinidad.

Etc... Si sale alguno más ya te lo explicaré cuando salga.

Animales o sus partes. El **cuerno**, ya dijimos que poder. Las **alas**, movilidad, capacidad de desplazamiento. Llevar sobre **alas de águila** significa la providencia con que Dios guía a su pueblo. Los **monstruos**, **dragones** o **bestias** representan el mal. El **cordero** a Jesús, cordero de Dios.

Cósmicos (del mundo). Son teofanías, significan la presencia de Dios entre los hombres. Un Dios que es trascendente, inmenso. Los terremotos, vientos fuertes, luna desangrándose, sol oscurecido o ennegrecido. Ante esta grandeza el hombre se encoge y reconoce la grandeza de Dios.

Algunos de los que te he citado tienen resonancia del Antiguo Testamento. Voy a ponerte algunos más, incluso de otras clases distintas de las enumeradas hasta ahora. La **mujer** puede significar, un pueblo, una ciudad o la Iglesia; un **ángel** es mensajero o representante de Dios; el **alfa** y la **omega** son la primera y última letra del alfabeto griego, por tanto el principio y el fin, Cristo: todo lo del Padre está dicho en Él, como todo se puede decir con las letras que están entre el alfa y la omega. Las **estrellas** son seres altos, nobles, puros, como ángeles. El **nombre** define a la persona, la representa. El **libro** representa lo que Dios tiene escrito, el mensaje de Dios. Los **vestidos** representan el comportamiento: “*Vestían de blanco*” (Apocalipsis 7, 9) quiere decir que tenían un comportamiento impecable, limpio. Etc... Como ves, puede ser un jeroglífico, pero con estos ejemplos que te he puesto, lo que te voy a explicar en el resto de este libro y con las notas a pie de página, descubrirás un mundo nuevo y apasionante. No lo dudo.

Antes de terminar nos hacemos una pregunta: ¿Por qué está escrito así el Apocalipsis? ¿Por qué el uso de tanto simbolismo? Te respondo con palabras de

Francisco Contreras, en su comentario a este libro: *“El autor se ve coaccionado a escribir de esta manera, porque el mensaje que quiere transmitir así se lo impone. La victoria de Cristo ha cambiado el curso del tiempo y las dimensiones del espacio; su luz nueva baña por completo nuestra realidad y llena de sentido los acontecimientos de nuestra historia: éstos quedan transfigurados por la presencia de Cristo. Y solamente el símbolo es capaz de superar el convencionalismo de nuestro lenguaje, elevar lo concreto a una dimensión trascendente y abrirlo a una contemplación misteriosa”* (En comentario al Nuevo Testamento. Casa de la Biblia. 1996, 696).

7. - Prólogo del Apocalipsis. Te puede servir como de aperitivo. Es muy fácil de entender. Dice así: *“Ésta es la revelación que Dios ha entregado a Jesucristo, para que muestre a sus siervos lo que tiene que suceder pronto. Dio la señal enviando a su siervo Juan. Éste narrando lo que ha visto, se hace testigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de esta profecía y tienen presente lo que en ella está escrito, porque el momento está cerca.*

Juan a las siete Iglesias de Asia: gracia y paz a vosotros de parte del que es y era y viene, de parte de los siete espíritus que están ante su trono y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Aquel que nos amó, nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. ¡Mirad! Él viene en las nubes. Todo ojo lo verá; también los que le atravesaron. Todos los pueblos de la tierra se lamentarán por su causa. Sí. Amén. Dice Dios: Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene, el Todopoderoso” (Apocalipsis 1, 1-8).

Un prólogo perfecto. Lo tienes todo explicado, el título, el origen, el destino y el contenido del libro. El título: revelación, apocalipsis. El origen de esta revelación: Dios. El destino: las siete Iglesias de Asia, que al ser siete, como sabemos que el número siete significa totalidad, es como decir **“a todas las iglesias”**, también a nosotros. Y el contenido: lo que **“tiene que suceder pronto”**. Jesús es el Testigo fiel del Padre. Él es el centro de todo el Apocalipsis. Todo lo que ha visto del Padre nos lo ha dado a conocer. El Primogénito entre los muertos, el primer resucitado; de Él, de Cristo resucitado, nos vendrá la victoria final en el combate frente a las fuerzas del mal que describirá el libro en su segunda parte. Cristo es todo. Dios, por Cristo, en el Espíritu es **“el alfa y la omega”**. ¿Te acuerdas? Primera y última letra del alfabeto griego. Quiere decir que es principio y fin de todo. Todo comienza y acaba en él.

Te destaco, también, la bienaventuranza del versículo 3: **“Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan las palabras de esta profecía”**. El libro trae siete bienaventuranzas. Esta primera y la última son prácticamente iguales y van dirigidas al lector u oyente. Dice la última: **“¡Dichoso el que preste atención a las palabras proféticas de este libro!”** (22, 7). Las otras cinco van dirigidas a los vencedores en Cristo. Te recuerdo una que habrás oído muchas veces en las misas de difunto:

“¡Dichosos desde ahora los muertos que mueren en el Señor!” (14, 13). Lee ahora despacio el texto que te he citado: respira esperanza, como todo el libro.

8. - Lo que está sucediendo (Cartas a las Iglesias, Apocalipsis 1, 9 al capítulo 3º entero). Es la primera parte, como dijimos. Muy cortita: poco más de dos capítulos y está ocupada por las siete cartas a las Iglesias. Antes, como introducción, hay una visión. Tiene lugar un domingo, el día del Señor, en un ambiente de liturgia solemne, como nuestra misa dominical. Jesús se le presenta al vidente Juan, vestido de blanco, como en la transfiguración del monte Tabor (¿Te acuerdas?). Este signo y todos los demás quieren expresar la trascendencia de Dios. Ahora viene como juez que trae en sus manos las llaves de la muerte y del infierno para abrir y cerrar, es decir, para juzgar a las siete Iglesias. Te pongo sólo la reacción de Juan ante la visión y las palabras que le dirige aquella figura humana, que no es otra que Jesús:

“Al verla, caí a sus pies como muerto. Él puso la mano derecha sobre mí y dijo: No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Infierno. Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde” (Apocalipsis 1, 17-19). Lee tú el trozo entero, desde el versículo 9 al 20. Te destaco también la presencia de siete candelabros, representando a las siete iglesias. Un signo de Israel era el candelabro de siete brazos. **Siete**, por tanto, la totalidad de la luz. Cristo es la luz, que alumbra a todas las iglesias.

Las siete cartas a las siete Iglesias. Ya te expliqué que todas las cartas tienen una estructura similar: una breve introducción con una presentación de Jesucristo que habla a cada iglesia, tras ésta viene un juicio sobre la comunidad, después una promesa a la fidelidad y termina con una especie de estribillo: ***“El que tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias”***, porque es fundamental que estén alertas a la Palabra. Puede cambiar un poco el orden de esta secuencia, pero el contenido siempre es ése. Las cartas tienen sabor profético desde sus inicios. Comienzan con un ***“Esto dice...”***. Así comenzaban los profetas sus mensajes. Te recuerdo también que el número siete nos indica que el mensaje es para todas las iglesias, también para las nuestras de hoy, para tu comunidad parroquial y para cada persona, porque todos somos iglesia. Por razones de espacio, no vamos a comentarlas todas. Sólo la primera y la última, a título de muestra o ejemplo.

“Al ángel de la Iglesia de Éfeso escribe así: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha y anda entre los siete candelabros de oro: Conozco tus obras, tu fatiga y tu aguante; sé que no puedes soportar a los malvados, que pusiste a prueba a los que se llamaban apóstoles sin serlo y descubriste que eran unos embusteros. Eres tenaz, has sufrido por mí y no te has rendido a la fatiga; pero tengo en contra tuya que has abandonado el amor primero. Recuerda de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a proceder como antes; si no, como no te arrepientas, vendré a quitar tu candelero de su sitio. Es verdad que tienes una cosa a favor: aborreces las prácticas de los nicolaítas que yo también aborrezco. Quien

tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Al que salga vencedor le concederé comer del árbol de la vida que está en el jardín de Dios” (Apocalipsis 2, 1-7).

Ésta es la primera de las cartas. Escrita a la iglesia de Éfeso, centro religioso de la región. Jesucristo se presenta con todas las galas, como el Sumo Sacerdote. Le dirige una alabanza y un reproche. La alabanza le viene de que ha sabido aguantar en la fe, rechazando a los falsos profetas que se presentaban como apóstoles, sin serlo. Y, también, de que no ha seguido las prácticas de los herejes nicolaitas. El reproche le viene de que ha decaído en su primer fervor, el que siguió a la predicación de Pablo, que fue el fundador de esta Iglesia. Si se convierte comerá del árbol de la vida, símbolo de la inmortalidad: será inmortal. Es decir, les está prometiendo la vida eterna, si vuelven a su primer fervor. En la nueva ciudad que surgirá tras el triunfo definitivo de Dios ***“crecía un árbol de la vida; da doce cosechas, una cada mes del año”*** (Apocalipsis 22, 2). El premio es prácticamente el mismo en todas las cartas. A la segunda Iglesia (Esmirna) le dirá: ***“Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida”***. Vamos a ver ahora la última de las siete cartas.

“Al ángel de la Iglesia de Laodicea escribe así: Habla el Amén, el testigo fidedigno y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras y no eres frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente, pero como estás tibio y no eres frío ni caliente, voy a escupirte de mi boca. Tú dices: Soy rico, tengo reservas y nada me falta. Aunque no lo sepas eres desventurado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro refinado en el fuego, y así serás rico; y un vestido blanco para ponértelo y que no se vea tu vergonzosa desnudez; y colirio para untártelo en los ojos y ver. A los que yo amo los reprendo y los corrijo. Sé ferviente y arrepíentete. Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos. Al que salga vencedor lo sentaré en mi trono, junto a mí: lo mismo que yo, cuando vencí. Me senté en el trono de mi Padre, junto a Él. Quien tenga oídos oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 3, 14-22).

Jesucristo se presenta como el Amén, es decir, la última palabra de Dios, su testigo fiel. Laodicea era una ciudad económicamente muy próspera. Por eso se sentía orgullosa de sí misma y sin necesidad de nada ni de nadie. El juicio es duro: ha caído en la tibieza que es el peor de los pecados, el de las iglesias de nuestra vieja y cristiana Europa, tibias y apáticas. No hay quien las mueva a nada. Viven en la sociedad del bienestar y se creen ricas con sus solemnes liturgias y sus ricas catedrales. Aparentemente lo tienen todo, pero están dejando morir al tercer mundo: no tienen el oro fino de la solidaridad, el más fino y valioso de los oros, si tenemos en cuenta el capítulo 25º de Mateo: Tuve hambre, tuve sed, estuve enfermo...

El Señor la va a rechazar, a expulsarla de su boca. Debe aprovechar sus riquezas para comprar el oro fino de la solidaridad con los pobres de la tierra. Está ciega y necesita limpiarse los ojos para ver de cerca esa África que, hoy, llama a su puerta. Hoy Jesucristo nos dice a cada cristiano de aquí: ***“Anímate, pues, y cambia de***

conducta. Mira que yo estoy llamando a tu puerta". Me recuerda esta carta las palabras del Papa Juan Pablo II: "*Abrid vuestras puertas a Cristo*". Él siempre está dispuesto a entrar en la casa que le abran. Nunca forzará una puerta, pero se sentará a comer con quien voluntariamente le abra su casa. Basta oír lo que el Espíritu nos dice en la Palabra. Nos estamos jugando nuestra salvación, sentarnos en el trono de Dios.

¿Ves la actualidad que tienen las cartas? Lee tú las demás. El conjunto de ellas constituye el mensaje que Jesucristo envía a cada cristiano, a cada Iglesia y a la Iglesia universal. Léelas todas. La segunda es Esmirna, una Iglesia pobre y perseguida. Jesucristo no la acusa de nada, sólo la anima a seguir siendo fiel en las persecuciones y, a cambio recibirá la corona de la vida. Pérgamo, la tercera, es distinta. En ella se había levantado el primer templo al emperador Augusto. Es la sede de Satanás. Jesús viene con una espada de doble filo, que es su Palabra, dispuesto a combatir las herejías.

En Tiatira, la cuarta Iglesia, hay mucha corrupción de idolatría. Jesucristo viene con poder, dispuesto a pagar a cada uno según sus obras. A los que han mantenido su fe, sólo les pide fidelidad. En Sardes se presenta como el que tiene la plenitud del Espíritu (los siete) y es duro con esta iglesia porque hay en ella mucha tibieza y más mentira. Por último, la Iglesia de Filadelfia es animada, sin censura, porque se ha mantenido fiel en un clima de persecución y de sufrimiento. Al vencedor lo hará columna del Reino de Dios, es decir, signo de estabilidad. Como ves, quitando la visión introductoria, todas las cartas están en línea profética de denuncia del mal e invitación de los destinatarios a la conversión.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Daniel 7, 9-14
Apocalipsis 3, 14-22
Mateo 24, 15-28

Actividades:

1. - Vamos a dedicar las tres lecturas de hoy a profundizar de manera práctica, el concepto de apocalíptica. Primero Daniel. Es una visión de Daniel sobre el tribunal de Dios, simbolizado por ese respetable anciano. Léelo despacio y mira a ver qué es lo que entiendes

2. - Más en línea profética que apocalíptica está esta carta de denuncia de Dios a la comunidad de Laodicea. Es la que más me gusta. Vamos a leerla aplicándonos su contenido.

3. - Mateo describe con un lenguaje de tipo apocalíptico la situación de caos y confusión que precederá a la llegada de Jesús al final de los tiempos. Te lo he puesto para que te familiarices con este estilo.

Tema 7. - EL LIBRO DEL APOCALIPSIS (II).

1. - Introducción. Hemos hecho la presentación del Apocalipsis y estudiado la primera parte. Un solo consejo antes de comenzar este capítulo. El apocalipsis hay que leerlo cachito a cachito, intentando desentrañar cada frase, entender cada símbolo, sobre todo esta parte que es más difícil. Y si no puedes, no te preocupes, deja de leerlo, que no pasa nada. Confórmate, en este caso, con leer lo que te voy a explicar en este libro. Será suficiente. Te recuerdo la estructura del libro: un prólogo, dos partes centrales (“*Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo* (1ª parte) y *lo que ha de suceder más tarde* (2ª parte)” y un epílogo (Apocalipsis 22, 6-21). La primera parte fue más fácil que ésta. Era más profética. Ésta es más profunda, más difícil, más apocalíptica.

2. - Lo que ha de suceder (capítulos 4º a 22, 5). Vamos a comenzar la segunda parte. Es muy amplia: diecinueve capítulos que, aunque son cortos, necesitamos dividirlos en bloques para estudiarlos mejor. El conjunto nos presenta una teología de la historia, siempre de la mano de la esperanza, como no podía ser de otra forma.

Todo va a **comenzar** (capítulos 4º y 5º) presentándonos a Jesús como el único capaz de revelarnos el sentido de la historia. El **segundo** bloque (capítulos 6º y 7º) es llamado el de los sellos, veremos cómo Jesús resucitado va abriendo cada uno de los siete sellos que ocultan a los grandes azotes de la humanidad. El **tercer** bloque (capítulos 8º al 11, 14) es llamado el de las trompetas; en éste, las fuerzas que intervienen en la historia se ponen a actuar. En el **cuarto** (capítulos 11º, 15º al 16, 16) se nos narra el choque decisivo entre las fuerzas del bien y del mal. Finalmente, en el **quinto** y último bloque (capítulos 16º, 17º al 22, 5) se nos presenta el triunfo definitivo de Dios sobre las fuerzas del mal.

Ten presente este último párrafo para que comprendas el hilo conductor del libro. Ahora te voy a ir explicando, en cada bloque, muchos de los símbolos que utiliza y, también, te voy a citar los párrafos más importantes. Ya verás cómo, al final, has cogido el hilo conductor y no sólo lo entiendes, sino que, además, te va a gustar este precioso canto a la esperanza. Empezamos, pues, a explicarte cada uno de los cinco bloques o secciones.

3. - Capítulos 4º y 5º. Supongo que conocerás un famoso librito de Michel Quoist, llamado Oraciones para rezar por la calle. Nos ayudó mucho a los de mi generación a encontrarnos con el prójimo. Tenía una preciosa oración que decía: *“Me gustaría levantarme en vuelo, Señor, por encima de mi ciudad, por encima del mundo, por encima del tiempo. Purificar mi vista y pedirte prestados tus ojos. Desde arriba vería el universo, la humanidad, la historia, como los ve tu Padre”*. El sentido de esta oración se cumplió en nuestro vidente. Es subido al cielo.

Allí está Dios y su corte. A Dios no lo nombra ni lo describe de forma humana. Dios es *“el que está sentado”*. Le acompaña su senado: veinticuatro ancianos, con las vestiduras blancas de los elegidos. Son las doce tribus de Israel y los doce apóstoles. Relámpagos y truenos salían del trono, como signo de la presencia de Dios (Teofanía). El mar, símbolo siempre del mal, está aquí rendido a los pies de Dios. Cuatro figuras, llenas de ojos por delante y por detrás, vigilan los cuatro puntos cardinales de la tierra, a la vez que cantan a Dios. ¿Recuerdas el tetramorfo, que vimos en Ezequiel 10, 14? Pues ahí puede haberse inspirado Juan. Y para las seis alas en Isaías 6, 2. Como sólo son once versículos, te los voy a poner y verás cómo lo entiendes. Ya sabes, ayúdate de las notas a pie de página que tienes en tu Biblia.

“Tuve una visión: Vi una puerta abierta en el cielo, y aquella voz semejante a una trompeta, que me había hablado al principio, decía: Sube aquí y te mostraré lo que va a suceder en adelante. De pronto caí en éxtasis y vi un trono colocado en el cielo y alguien sentado en el trono. El que estaba sentado en el trono brillaba como jaspe y granate, y alrededor del trono había un halo que brillaba como una esmeralda. En círculo alrededor del trono había otros veinticuatro tronos, y sentados en ellos veinticuatro ancianos con ropajes blancos y coronas de oro en la cabeza. Del trono salían relámpagos y retumbar de truenos; ante el trono ardían siete lámparas, los siete espíritus de Dios, y delante se extendía una especie de mar transparente, parecido al cristal.

En el centro, alrededor del trono, había cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás: el primero se parecía a un león, el segundo a un novillo, el tercero tenía cara de hombre y el cuarto parecía un águila en vuelo. Los cuatro seres vivientes, cada uno con seis alas, estaban cubiertos de ojos por fuera y por dentro, Día y noche cantan sin pausa: Santo, Santo, Santo es el Señor, soberano de todo: el que era y es y viene. Y cada vez que los cuatro seres vivientes gritan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adorando al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas ante el trono diciendo: Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y la fuerza, por haber creado el universo: por tu voluntad fue creado y existe” (Apocalipsis 4).

Dios, *“el que estaba sentado en el trono”*, tenía en su mano derecha un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos, es decir, completamente

cerrado. Es el libro de los designios de Dios sobre la historia de la humanidad. No se encontró a nadie capaz de abrirlo. Juan, el vidente, llora desesperadamente, pero un anciano se le acerca y le dice: *“No llores, pues ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David y él abrirá el libro, rompiendo sus siete sellos”*. Cristo resucitado va a abrir el libro de la historia para darle su sentido. Cristo resucitado (“de pie”), con su muerte en la cruz (“degollado”) se ha hecho digno de abrir los sellos. Jesús es el Señor de la historia: *“De pie, con señales de haber sido degollado”*. Todos, en el cielo y en la tierra, reconocen en Cristo el máximo honor, gloria y poder. Ya puedes tú leer este capítulo, que lo entenderás sin dificultad.

4. - Capítulos 6º y 7º. En estos dos capítulos, cortitos como todos, el Cordero va a ir abriendo los sellos y descubriéndonos las fuerzas que actúan en la historia humana, es decir, descubriéndonos el sentido de la historia. Vamos a hacer como en el bloque anterior. Te explico los dos capítulos, pero sólo te cito el séptimo, que es el que más me gusta del Apocalipsis y que leemos todos los años en la festividad de Todos los Santos, el día uno de noviembre. El sexto lo lees tú, para no alargar demasiado el texto. No lo dejes de leer porque es muy importante, incluso desde el punto de vista cultural ¿Quién no ha oído hablar de los cuatro jinetes del Apocalipsis? Los cuatro primeros sellos ocultan a los cuatro jinetes del apocalipsis. Cada caballo es de un color y cada color tiene un símbolo. Vamos a verlos.

El primer caballo es **blanco**. El que lo monta es un vencedor. La tradición cristiana ha visto en este jinete a Jesucristo, como se presenta en Apocalipsis 19, 11. El color blanco simboliza la resurrección. Cristo resucitado está presente en la historia, en su Iglesia. Su segura victoria final da esperanza y fortalece a sus fieles. Otros ven, en este caballo blanco con un arco en la mano, una representación del pueblo persa que guerreando con el imperio romano provoca la irrupción en la historia de los otros tres jinetes. Yo prefiero la primera interpretación.

Los otros tres caballos van a ser de signo negativo: El **rojo**, color de la sangre, representa la guerra. El tercero, el **negro**, representa al hambre. Y el cuarto, **amarillo**, tiene color de cadáver y representa a la peste, que deja amarillos los cadáveres. Por tanto, el caballo blanco luchará contra la guerra, el hambre y la peste. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Ahí está la Iglesia de los pobres, empeñada en esa lucha.

Con el quinto sello cambia el panorama. El salón del trono se convierte en templo y debajo del altar, lugar del sacrificio, están todos los mártires que han ofrecido sus vidas por *“haber anunciado la palabra de Dios y por haber dado el testimonio debido”*. A éstos se les puso la vestidura blanca, signo de la victoria, y se les pidió paciencia hasta el momento del juicio final. Este momento final, *“el gran día de su ira”* se descubre al abrir el sexto sello. Ese día de la ira viene expresado con grandes signos cósmicos (terremoto, viento huracanado, estrellas que caen del cielo, etc). Es la teofanía o manifestación de Dios, de que hablan los profetas: el día del Señor, o *“aquel día”*, como decían algunos de ellos. Aquí termina el capítulo sexto y,

antes de abrir el séptimo sello en el capítulo octavo, se intercala el capítulo séptimo que nos va a hablar del número de los salvados. Es de los más bonitos del libro. Te lo pongo resumido.

“Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente a los siervos de nuestro Dios. Oí el número de los marcados: ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel... Después vi una muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos.

Y gritaban con voz potente: ¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero! Y uno de los ancianos me dijo: Ésos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y yo le respondí: Señor mío, tú lo sabrás. Él me respondió: Ésos son los que vienen de la gran tribulación. Han lavado y blanqueado sus vestidos en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7, 2-4. 9-14).

Te pongo la reflexión del ciclo C del libro de Catequesis Familiar del día del Señor. Así descansas un poco y te relajas.

“Una muchedumbre inmensa que nadie podría contar”. El libro del Apocalipsis está escrito entre los años 94 y 96 de nuestra era. Ya han comenzado las primeras persecuciones y los cristianos lo están pasando muy mal, aunque vean los acontecimientos como el cumplimiento de las palabras de Jesús. Sin duda, porque la comunidad a la que va dirigido el libro está en el sufrimiento y hay que animarla a la esperanza, el autor recalca mucho que aquellos *“vienen de la gran tribulación, habiendo purificado sus vestidos en la sangre del Cordero”*. El autor del libro pretende, entre otras cosas, desvelar el sentido de la historia y, más concretamente, el final de la comunidad cristiana, de todos los cristianos: el cielo nos espera, vivamos de la esperanza.

Juan nos describe un cielo abundantemente habitado. **Primero nuestros padres en la fe:** ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de Israel. En los versículos 5-8 nos dice Juan que eran doce mil de cada tribu, o sea muchísima gente. El número ciento cuarenta y cuatro mil es simbólico. Si doce eran las tribus de Israel, o sea **la totalidad** de los judíos, doce mil veces doce significa totalidad de totalidades. **Después nosotros,** una muchedumbre inmensa que nadie podría contar, incontables. Gente de toda nación, razas, pueblos y lenguas.

Dice Juan que uno de los ancianos que contemplaba el espectáculo se le acercó y le preguntó: *“Ésos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido?”* Juan se extraña de que un anciano, que representa a la sabiduría, le pregunte por aquella gente y responde con humildad: *“Señor mío, tú lo sabrás”*. La

respuesta del sabio anciano lo explica todo: *“Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus mantos en la sangre del Cordero”*. La sangre del Cordero es el sufrimiento de la vida.

Así se explica uno que la muchedumbre fuera incontable. Yo cierro los ojos y recuerdo a nuestros mayores en los años de posguerra con tanta hambre (todavía se recuerdan *“los años del hambre”*). Y recuerdo a los treinta millones de refugiados, a las víctimas de la injusticia, a los mártires en África y América, a nuestros padres que tanto pasaron para sacarnos arriba y que no escatimaron nunca esfuerzo por servirnos y tener la casa abierta al vecino.

Somos hijos de los santos y ser hijos de los santos es motivo de un sano orgullo, pero también de una seria responsabilidad. Cada generación tiene sus santos: los reconocidos y los anónimos. ¿Quiénes son los santos de hoy que nos permitirán no romper la cadena? Sí, hay santos y no están tan lejos: Santo es el que siente el problema del otro, al que le preocupa el desempleo de los jóvenes, la soledad del anciano, el sufrimiento del enfermo; santo es el que se acerca al que está triste y solo; santo es el que no acepta la violencia, desconoce el odio, no pone resistencia al mal que le hacen; santo es el que se sabe y siente hijo de Dios con todos los hombres; santo es el que cumple los mandamientos. Y más, hay más santos...

5. - Capítulos 8º al 11, 14. En este tercer bloque de cuatro capítulos, las fuerzas que intervienen en la historia se ponen a actuar. El capítulo octavo va a comenzar con la apertura del séptimo sello y la entrega de siete trompetas a siete ángeles que van a ser los encargados de anunciar la presencia de las fuerzas del mal. Las cuatro primeras anunciarán desgracias que afectan a la naturaleza y las tres restantes traerán desgracias para los hombres. Podemos ver una evocación de las plagas que afectaron a Egipto, como anuncio de la liberación del pueblo de Dios. El séptimo sello que se abre indica la apertura definitiva del libro. Ya queda todo al descubierto. La tensión del momento se indica con media hora de silencio que acompaña a la apertura.

Puedes leer el capítulo octavo. Fíjate que estas plagas que afectan a la tierra (las fuerzas del mal) sólo hieren a la tercera parte de la tierra. Sólo un tercio es afectado. La fuerza del mal no es absoluta, tiene un límite. En la descripción preparatoria al sonido de las trompetas hay un fuerte contraste entre las oraciones de los santos que están en presencia de Dios y el gesto colérico del ángel lanzando el incensario lleno de fuego contra la tierra. Dios está indignado con lo que pasa en la tierra. Termina este capítulo diciendo: *“¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra! ¿Qué será de ellos cuando suenen las trompetas de los tres ángeles restantes, que ya se aprestan a tocarlas?”* Vamos a ver en el capítulo noveno las desgracias que anuncian la quinta y sexta trompeta.

La quinta trompeta anuncia una plaga de saltamontes especialmente mortíferos. Es una imagen que, en los profetas, simbolizaba la invasión de los ejércitos enemigos. El ángel del abismo que los capitanea se llama Abadón, esto es,

“Destructor, exterminador”. Y hace honor a su nombre, pero no tocará a los **“marcados en la frente con el sello de Dios”**. La manifestación del mal tendrá un tiempo de duración determinado: cinco meses. Una estrella caída del cielo es la que abre las puertas del abismo para que salgan los aguerridos saltamontes. Quiere decir con esto que Dios permite la manifestación del mal en la historia.

Te voy a citar la plaga que acompaña a la sexta trompeta. Una caballería infernal, capitaneada por cuatro ángeles dispuestos a matar, es mandada a la tierra. Un ejército de doscientos millones de soldados mata a un tercio de los hombres. Es un definitivo aviso de Dios, pero fíjate cómo los hombres supervivientes no se convierten ni cambian de conducta. Una lluvia de humo, fuego y azufre cae sobre estos hombres, como cayó sobre Sodoma y Gomorra, como recuerdas de Génesis 19. Todo esto nos indica una victoria provisional del mal, que al final será vencido, pero que está presente y victorioso en la tierra, de momento. Te recuerdo que el Eufrates era un río frontera y puede estar haciendo referencia a invasiones persas, tan temidas por los romanos. Fíjate, al final, cómo el pecado de los hombres consiste en insistir en adorar a imágenes de oro, plata, bronce, piedra o madera, que no pueden oír ni hablar. Como hoy y como siempre.

“Tocó la trompeta el sexto ángel, y oí una voz que salía de los cuatro ángulos del altar de oro que está delante de Dios y ordenaba al ángel que tenía en su mano la trompeta: Desata a los cuatro ángeles que están encadenados a la orilla del gran río Eúfrates. Y fueron desatados los cuatro ángeles que estaban preparados para matar a esa hora, día, mes y año a la tercera parte de los hombres. Pude oír el número de los soldados de este ejército de caballería: eran doscientos millones. También contemplé en la visión a los caballos y a sus jinetes que vestían corazas de fuego, jacinto y azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de león y de sus bocas salían fuego, humo y azufre. Estos tres azotes: el fuego, el humo y el azufre, que salían de las bocas de los caballos exterminaron la tercera parte de los hombres... Los restantes hombres, los que no fueron exterminados por estos azotes, no cambiaron de conducta ni dejaron de adorar a los demonios, a los ídolos de oro, plata, bronce, piedra y madera, ídolos que no pueden ver, oír ni andar. Tampoco se arrepintieron de sus delitos, sus maleficios, su lujuria y sus robos” (Apocalipsis 9, 13-21).

El toque de la séptima trompeta abrirá el cuarto cuadro, el más importante, pero antes va a intercalar unas escenas que van a preparar los capítulos centrales del libro (12º y 13º) y van a servir de palabras de ánimo detrás de tantas desgracias como están siendo presentadas. Si quieres, puedes leer los capítulos 10 a 11, 14. Frente a la impresión de destrucción y caos de los capítulos anteriores, ahora se nos va a decir que el mundo lo lleva Dios. El libro, que en el capítulo quinto estaba cerrado con siete sellos y, por lo tanto, nadie lo podía leer, ahora está ya abierto y se le entrega a un ángel descrito de una forma muy pomposa. Este ángel trae un mensaje de esperanza, en forma de juramento: El que tiene que venir no se retrasará. Cuando toque la séptima trompeta, se habrá consumido el Misterio de Dios, es decir, estará

establecido su Reino.

La imagen del profeta comiéndose el libro para seguir profetizando no es nueva. Está tomada del Antiguo Testamento. Recuerda, por ejemplo, la vocación de Ezequiel: *“Y me dijo: Hijo de hombre, come este libro y después ve a hablar al pueblo de Israel. Yo abrí la boca y él me hizo comer el libro, diciéndome: Hijo de hombre, alimenta tu vientre y llena tus entrañas con este libro que yo te doy. Yo lo comí y me supo dulce como la miel”* (Ezequiel 3, 1-3). Quiere indicar con esto que Dios da su mensaje al profeta para que lo siga proclamando. Siempre acompañará al profeta la dulzura de proclamar el anuncio y la amargura de tener que denunciar a su pueblo los pecados. El mensaje no siempre es agradable.

Los primeros catorce versículos del capítulo once, con que termina este bloque, nos presentan al vidente Juan recibiendo una vara de medir para que mida el interior del templo. Está simbolizando la protección de Dios sobre la Iglesia, que permanecerá para siempre, aunque por fuera sea pisoteada, perseguida, pero por un tiempo limitado, cuarenta y dos meses o, lo que es lo mismo, mil doscientos sesenta días o tres años y medio, que es el tiempo que según el libro de Daniel (7, 25) habría de durar una persecución. La Iglesia conocerá la persecución, pero no será destruida porque el poder de Dios la asistirá siempre.

Aparecen aquí dos testigos, personificados en dos olivos y dos candelabros. Algunos piensan que puede estar haciendo referencia a las dos personas, una civil (olivos) y otra religiosa (candelabros) que reconstruyeron Jerusalén tras el destierro de Babilonia. Pero la mayoría piensan que puede estar refiriéndose a profetas-apóstoles de todos los tiempos que fueron enviados de dos en dos por Jesucristo para predicar por todo el mundo. La fuerza del mal, la bestia surgida del abismo, convertirá a los profetas en mártires. Pero el triunfo del mal siempre tiene un plazo, porque el espíritu divino acabará resucitando a los mártires, en las personas de nuevos testigos siempre dispuestos a predicar y morir. Puedes leer estos catorce versículos.

6. - Capítulos 11, 15 al 16, 16. Se nos va a narrar el choque decisivo entre las fuerzas del bien y del mal. Como abarca media docena de capítulos, vamos a estudiarlo pedazo a pedazo. Esta sección comienza con una liturgia en el cielo. Es como el prólogo a lo que viene. El séptimo ángel toca su trompeta y toda la corte celestial, presidida por los veinticuatro ancianos dan gracias y alabanzas al Señor. Es una gran liturgia, la respuesta celestial a todo el dolor de la Iglesia profética de los capítulos anteriores. *“Se abrió en el cielo el santuario de Dios y en él apareció el arca de su alianza”* (Apocalipsis 11, 19). Puede querernos indicar que los planes de Dios sobre la humanidad están guardados en lugar seguro, porque Dios está presente en la historia, como estuvo presente en la primera liberación de Egipto, acompañándolos en el Arca de la Alianza. Éste es el nuevo Arca de la Nueva Alianza.

Capítulo 12º. La mujer y el dragón. Ya te dije que este capítulo y el siguiente

son el centro del Apocalipsis. La historia de la humanidad está figurada en la lucha encarnizada que vamos a presenciar entre las fuerzas del mal y del bien. La lucha y la victoria de Cristo es el tema de este capítulo. La mujer representa al bien, el dragón el mal. Te voy a poner el capítulo entero, por su importancia. Otra vez salen los mil doscientos sesenta días, o cuarenta y dos meses, o “tres tiempos y medio”, que son tres años y medio: el tiempo de la prueba. ¿Te acuerdas de Miguel? El general de los ejércitos celestiales que ya nos salió en Daniel 10, 13? Miguel significa “¿Quién como Dios?”. La mujer representa a la Iglesia, al pueblo de Dios que continuamente da a luz a Jesús con la predicación. La tradición cristiana ha visto en ella también una figura de María.

El otro signo portentoso es el dragón. El dragón es de color rojo, color de sangre. Representa al maligno, como en el paraíso. Es la serpiente que al final será vencida, pero mientras llega ese final estará haciendo todo el mal posible. Esta serpiente está mejor representada que la del paraíso. Aquella es astuta, ésta poderosa. Tiene siete cabezas para pensar. El siete significa multitud. Por tanto sabe mucho, piensa mucho y es capaz de inventar muchas formas de tentarnos y hacernos caer. Pero tiene diez cuernos, no doce. Doce sería el número completo. Por tener el poder de diez cuernos es imperfecto, no es invencible. Ya fue vencido en el cielo, aunque en su caída arrastró a muchos ángeles. Aquí abajo fue vencido por el varón que dio a luz la mujer.

El niño que nace es, naturalmente, Jesucristo. Las dos alas de águila dadas a la mujer significan la protección de Dios a su pueblo. Hasta la naturaleza protege al pueblo de Dios tragándose el agua vomitada por la serpiente, por el maligno. La asistencia de Dios siempre es más poderosa que la fuerza del maligno. Así este capítulo central es el mayor canto a la esperanza. Dios está con nosotros, con la mujer del texto, y siempre venceremos. Así lo expresa el himno que se canta en el cielo. Creo que con esta explicación, estás en disposición de leer y entender este capítulo, que tienes citado entero.

“Después apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas. Estaba encinta, le llegó la hora y gritaba entre los dolores del parto. Apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas. Con la cola barrió del cielo un tercio de las estrellas, arrojándolas a la tierra. El dragón estaba frente a la mujer que iba a dar a luz dispuesto a tragarse al niño en cuanto naciera. Dio a luz a un varón destinado a gobernar con vara de hierro a los pueblos. Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios. La mujer huyó al desierto donde tiene un lugar reservado por Dios para que allí la sustenten mil doscientos sesenta días.

Se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles declararon guerra al dragón. Lucharon el dragón y sus ángeles, pero no vencieron, y no quedó lugar para ellos en el cielo. Y al gran dragón, a la serpiente primordial que se llama diablo y Satanás y extravía la tierra entera, lo precipitaron a la tierra y a sus

ángeles con él. Se oyó una gran voz en el cielo; Ya llega la victoria, el poder y el reino de nuestro Dios y el mando de su Mesías. Porque ha derribado al acusador de nuestros hermanos, al que los acusaba noche y día ante nuestro Dios. Ellos lo vencieron con la sangre del Cordero, y con el testimonio de la palabra que dieron, sin preferir la vida a la muerte. Por eso, alegraos cielos, y los que en ellos habitáis. ¡Ay de la tierra y el mar! El diablo bajó contra vosotros rebosando furor, pues sabe que le queda poco tiempo.

Cuando vio el dragón que lo habían arrojado a la tierra se puso a perseguir a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Le pusieron a la mujer dos alas de águila real para que volase a su lugar en el desierto y fuera alimentada, lejos de la serpiente, durante tres tiempos y medio. La serpiente, persiguiendo a la mujer, echó por la boca un río de agua para ahogar en él a la mujer. Pero la tierra socorrió a la mujer: abrió su boca y absorbió el torrente que el dragón había lanzado de sus fauces. Irritado el dragón por su fracaso con la mujer, se fue a hacer la guerra al resto de su linaje, a los que observan los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesús. Y el dragón se quedó al acecho junto a la orilla del mar” (Apocalipsis 12).

Capítulo 13°. Las dos bestias. El gran dragón que hemos visto en el capítulo doce luchando contra la Iglesia tiene dos aliados que salen a relucir en este capítulo. Son dos bestias horrorosas revestidas de todo el poder del mundo para hacer el mal. Las tres forman la antitrinidad. La primera sale del mar, como salía el emperador cuando volvía victorioso de campañas militares. El mar representa el abismo, la muerte, lo malo. La gente la esperaba en la orilla y le aclamaba. A él, y al imperio romano, representa esta fiera monstruosa. La herida grave en la cabeza que resultó curada puede ser una burda representación de Jesús, herido gravemente, y resucitado. La adoración universal que recibe es la del emperador que avasalla a todos, menos a los que estaban *“desde el principio de la creación inscritos en el libro de la vida del Cordero”* (los cristianos que se niegan a esa adoración).

La otra fiera sale de la tierra, tiene apariencia de manso cordero, pero habla como un dragón. La presentación de la primera fiera termina diciendo: *“Ha llegado la hora de poner a prueba la paciencia y la fe de los creyentes”* porque esta segunda fiera, que representa a los falsos profetas de la primera, no les va a dar respiro. Representa a toda la propaganda y persecuciones anticristianas del emperador Nerón, es decir, del imperio romano, a quien corresponden la cifra del 666. ¿Recuerdas que cada letra tenía un valor numérico? Pues la palabra Nerón César se escribe en números con esa cifra. La persecución no va a ser eterna porque el número es imperfecto. Si fuera el 777 sería otra cosa. A los tres seis les falta la unidad para ser siete, que es el número perfecto. Ni Nerón, ni el imperio, ni la persecución, ni la propaganda van a durar siempre, ni van a convencer a los elegidos. Léelos.

Capítulos 14° al 16, 16. Es el resto del bloque. Te recuerdo que en este cuarto bloque se nos narra el choque decisivo entre las fuerzas del bien y del mal. A estas alturas ya lo puedes leer tranquilamente que lo entenderás. Yo te voy a citar los

trocitos que me parezcan más significativos y a recordarte cosas que ya sabes. ***“El Cordero de pie en el monte Sión”*** es Cristo resucitado, el vencedor de la muerte y del enemigo. Los 144.000, marcados en la frente, son los salvados que ya nos salieron en el capítulo 7°. 144.000 son 12 x 12 x 1000, por tanto plenitud de plenitudes (incontables). Sigue leyendo. Los ángeles se suceden como enviados por Dios con mensajes a la tierra. Vamos a verlos.

El primero dice: ***“Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales de agua”***. El segundo grita: ***“¡Ha caído, ha caído la orgullosa Babilonia, la que emborrachó a todos los pueblos con el vino de su desenfrenada lujuria!”***. El tercero: ***“Si alguno adora a la bestia y a su estatua, si recibe su marca en la frente o en la mano, tendrá que beber el vino de la ira de Dios...”***. Y una voz que se oye desde el cielo y dice: ***“¡Dichosos ya los muertos que mueren en el Señor! Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus fatigas porque sus obras les acompañan”***.

Y a continuación describe el juicio de Dios como tiempo de siega y vendimia, imágenes muy bíblicas ambas. La siega representa la recompensa a los que se mantuvieron fieles y no se dejaron embaucar por la propaganda de la bestia. ***“Todos ellos vivieron y reinaron con Cristo mil años”*** (Apocalipsis 20, 4). Mil año, ya sabes, que es para siempre. La vendimia es distinto porque la uva terminó en el ***“gran lagar del furor de Dios”*** (14, 19). Puede representar el castigo a tanta idolatría como se narra en los capítulos anteriores. La inmensidad del lago de sangre que salió del lagar puede representar la universalidad del juicio de Dios.

Capítulo 15°. Las siete copas. El vidente Juan está de nuevo en el cielo para contemplar una tercera figura, después de haber contemplado la de la mujer y la bestia. La tercera figura son siete ángeles portando siete copas de muerte. Son las últimas siete plagas que colman la ira de Dios. Te recuerdo: siete sellos, siete trompetas, siete copas. Como introducción al relato, los cuatro primeros versículos del capítulo quince nos presentan una liturgia celestial en la que los vencedores de la bestia cantan la victoria del Señor, soberano de todo. Los vencedores estaban a la orilla de un ***“mar de vidrio veteado de fuego”*** que puede representar el cielo. Cantan el cántico de Moisés. Te presento a los ángeles de las siete plagas.

“Después de esto vi cómo se abrió en el cielo lo más santo de la tienda del testimonio. Y los siete ángeles que llevaban las siete plagas salieron del templo, vestidos de lino puro y brillante, con bandas de oro alrededor del pecho. Uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira de Dios que vive por los siglos de los siglos. El templo se llenó del humo de la gloria y del poder de Dios, y a nadie se le permitía entrar en el templo mientras no se consumasen las siete plagas de los siete ángeles”.

Capítulo 16, 1-16. La ira de Dios ha llegado a su punto culminante. Dios va a aniquilar el mal vertiendo las siete copas. Las cuatro primeras sobre la tierra, el mar,

los ríos y el sol. Recuerdan un poco las plagas de Moisés en Egipto que volvieron sangre las aguas del Nilo. El agua del mar y de los ríos convertida en sangre evoca al visionario la sangre de los mártires derramada en el martirio. La quinta y la sexta son derramadas sobre los enemigos de Dios: la quinta sobre el trono de la bestia y la sexta sobre el gran río Eúfrates, de tan tristes recuerdos para el pueblo de Dios. Puede que, históricamente, esta sexta copa, que convirtió el río Eúfrates en un camino para que por él vinieran los reyes del este, haga alusión al peligro de los persas que tuvieron en jaque al imperio romano.

Tras la sexta copa se interrumpe la narración con una extraña visión. Son cuatro versículos. Te los pongo, pero te explico antes que los espíritus inmundos que salen de las bocas de las bestias parecían sapos dando a entender la sagacidad y rapidez de estos animales, que convocan a todos los reyes de la tierra para el juicio final en Harmagedón. ¿Te acuerdas de Harmagedón? También llamado el valle de Megidó, de muy triste recuerdo para Israel porque en él fue derrotado el santo rey Josías a manos del faraón Nekao (II Reyes 23, 29). En ese valle maldito desde entonces tenían ellos la creencia de que se realizaría el juicio final. Y eso lo aprovecha Juan al escogerlo como punto de referencia para este juicio final.

“De la boca del dragón, de la boca de la fiera y de la boca del falso profeta vi salir tres espíritus inmundos en forma de sapos. Los espíritus eran demonios con poder de efectuar señales y se dirigían a los reyes de la tierra entera con el fin de reunirlos para la batalla del gran día de Dios, soberano de todos. Los convocaron en el lugar llamado en hebreo Harmagedón” (Apocalipsis 16, 13-16).

7. - Capítulos 16, 17 al 22, 5. Quinta y última sección. Tiene un carácter conclusivo y se nos narra en ella la derrota definitiva del mal y el triunfo apoteósico del Cordero. Como son unos seis capítulos, más o menos, vamos a irlos troceando para entenderlos mejor. En los últimos versículos del capítulo 16º se vierte la séptima copa que acaba con todos los poderes de Babilonia que representa a Roma y a toda la humanidad. La descripción es terrible y señala el final del tiempo del mal. La voz potente que se oyó en el cielo así lo indica: *“¡Ya está hecho!”*. En los dos capítulos siguientes nos va a describir el juicio y la caída de Babilonia; el 19º y 20º nos presentan la victoria final del Cordero sobre la bestia, sobre el dragón y sobre la misma muerte. Y el resto de este bloque, 21º al 22, 5, nos presenta a la otra mujer, la mujer esposa, Jerusalén. Después el epílogo, que te comentaré tras este bloque. Veamos:

Capítulos 17º y 18º. Repito: tratan del juicio (capítulo 17º) y caída (capítulo 18º) de Babilonia. La histórica Babilonia representa a Roma, la ciudad edificada sobre siete colinas, y que es la que en este momento histórico estaba machacando a los cristianos, aunque en la antigüedad fue Babilonia la que los oprimió y llevó al destierro. El capítulo 17º está lleno de simbolismos, pero ya conoces muchos de ellos. Babilonia (Roma) representa al mundo de los enemigos de Dios, de los que persiguen a los cristianos. Aquí es simbolizada por una especie de diosa prostituta, de vida

escandalosa, que se emborracha con la sangre de los mártires. Es presentada ricamente vestida, enriquecida con toda clase de rapiñas. Lleva un letrero en la frente: ***“Babilonia, la orgullosa, la madre de todas las prostitutas y de todas las abominaciones de la tierra”*** (versículo 5). Por lo visto, las prostitutas romanas tenían por costumbre llevar en su frente una diadema con su nombre escrito en ella.

Ante el asombro del vidente por la contemplación de la poderosa mujer, antagonista de la otra mujer que vimos en el capítulo 12º, un ángel se le acerca a darle explicaciones. No todo se entiende porque parece lleno de contradicciones. Por una parte la bestia sigue viva, reencarnada en los sucesivos emperadores. Por otra parte repite tres veces la expresión: ***“pero ya no es”***, queriendo indicarnos que tiene sus días contados. Otros ven en esta expresión la opuesta a la definición que Dios da en el Génesis a Moisés: ***“Dios es el que es”***. Dios permanece, la bestia tiene sus días contados. Esta idea la apoyan frases alusivas a la brevedad del reinado de la bestia o el versículo 14 que dice: ***“Harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Rey de reyes y Señor de señores, y con él vencerán también los llamados, los elegidos y los creyentes”***.

Capítulo 18º. La caída de Babilonia. Todo lo que tiene de enigmático y difícil el capítulo 17º, lo tiene de fácil y claro el 18º. No tendrás dificultad en leerlo. Hay que entenderlo desde la realidad en que se escribió y del estado de ánimo de las personas a las que iba dirigido el libro: el momento de una dura persecución que sufren unas personas necesitadas de esperanza. Este capítulo les lleva el mensaje de que el fin del sufrimiento no está lejos, que Jesucristo vencerá y ellos vencerán con Jesucristo (el Cordero). Lee este capítulo en casa. Yo te voy a poner un par de citas. Una con la noticia que trae el ángel anunciando la caída. Y la otra animando a los cristianos al regocijo por la derrota de la ciudad enemiga.

“Después de esto, vi a otro ángel que bajaba del cielo con gran poder. La tierra quedó iluminada con su resplandor, y el ángel gritó con voz potente, diciendo: ¡Cayó, cayó al fin la orgullosa Babilonia! Se ha convertido en mansión de demonios, en guarida de espíritus inmundos y de toda clase de aves inmundas y detestables. Las naciones todas han bebido el vino de su desenfrenada lujuria”.
“¡Ay de ti, la gran ciudad, Babilonia, ciudad poderosa! ¡En muy poco tiempo se ha consumado tu cólera!”.

Y para los cristianos perseguidos por el imperio tiene palabras como éstas: ***“Sal de ella, pueblo mío, no te hagas cómplice de sus pecados, para que no tengas que compartir sus castigos... En un solo día se abatirán sobre ella las plagas que ha merecido: muerte, luto y hambre y será abrasada por el fuego. Poderoso para ello es el Señor Dios que la ha juzgado... ¡Alégrate, cielo, por su ruina, y vosotros, creyentes, apóstoles y profetas, porque Dios os ha hecho justicia al condenarla!”***.

Capítulos 19º y 20º. Nos presentan la victoria final del Cordero sobre la bestia, sobre el dragón y sobre la misma muerte, como te dije antes. Comienza el capítulo

19° con una gran liturgia en el cielo en la que una inmensa muchedumbre alaba a Dios por haber derrotado a la gran Babilonia, vengando así la sangre de los mártires: **“¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios... porque ha juzgado a la gran Ramera y ha vengado la sangre de sus siervos”** (19, 1-12). El cielo invita a todos a alabar a Dios y, en respuesta a esta invitación, una muchedumbre inmensa reanuda su alabanza celebrando el advenimiento de las bodas del cordero. Termina este trocito con un ángel confirmando a Juan la validez de cuanto le ha referido. Lee estos diez primeros versículos del capítulo 19°. Son fácilmente inteligibles.

El resto del capítulo 19° lo ocupa el primer gran combate escatológico, es decir, del final de los tiempos entre Cristo y los enemigos de la Iglesia que son exterminados. Es el Día de Yavé, que veíamos en algunos profetas. Cristo es el Rey de reyes; **“su nombre es: Palabra de Dios”** (versículo 13). Un ángel invita a las aves del cielo a que bajen a comer la carne de los enemigos derrotados. La Bestia, que encarna a los enemigos de Dios, presentó batalla **“pero fue capturada y, junto con el falso profeta, fueron arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre. Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta a caballo y todas las aves se hartaron de sus carnes”** (19, 20-21).

El capítulo 20°, cortito como todos los del apocalipsis, tiene una cosita que explicar. Me refiero a los **“mil años”**, que corresponden al tiempo de la actividad triunfante de Cristo y el **“poco de tiempo”** de la actividad de Satanás. Por supuesto, hay que descartar todo intento de los llamados milenaristas que quieren darle un significado real al texto, como si Cristo fuera a reinar 999 años más 1. Mil años significa un tiempo indefinido, siempre. Cristo reinará siempre en quienes aceptan y viven su mensaje. El **“poco tiempo”** de Satanás significa que el mal tiene sus días contados, que su derrota es segura, como se indica en la conclusión del segundo combate escatológico que se narra a continuación: **“El Diablo fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde serán atormentados día y noche, por los siglos de los siglos”** (20, 10).

Termina este capítulo 20° con el llamado **“Juicio a las naciones”** que leemos en algunas misas de difuntos. Te lo cito y, después, te explico alguna cosilla: **“Luego vi un trono blanco y grande, y al que estaba sentado en él. A su presencia desaparecieron cielo y tierra, sin dejar rastro. Vi a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante el trono. Se abrieron los libros y se abrió otro libro, el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados según sus obras, escritas en los libros. El mar entregó sus muertos. Muerte e infierno entregaron sus muertos, y todos fueron juzgados según sus obras. Después Muerte e Infierno fueron arrojados al lago de fuego –el lago de fuego es la segunda muerte-. Los que no estaban escritos en el libro de la vida fueron arrojados al lago del fuego”** (20, 11-15).

Parece claro que este texto describe el juicio final. Cristo es nombrado de nuevo como **“el que estaba sentado en el trono”**. Todos los muertos, es decir, los

que habían pasado por la primera muerte, la natural, estaban delante de él. Todos fueron juzgados, según sus obras. Los que no estaban escritos en el libro de la vida, es decir, aquellos cuyas obras eran malas, fueron arrojados al lago del fuego, al infierno, que es la segunda muerte. La primera muerte es la corporal. Hasta la muerte, fruto del pecado, será arrojada al infierno con todos los condenados. Ha llegado el tiempo de la vida y no habrá más muerte. En el resto de este punto vamos a ver el triunfo de la vida. Está apuntando al futuro de la humanidad.

Capítulos 21° al 22, 5. El triunfo de la vida. Vamos a dividir este bloque, que son poco más de treinta versículos en tres apartados. Primero la Jerusalén celestial, la esposa del Cordero (versículos 1-8). En segundo lugar, la ciudad nueva (21, 9-27). Y la tercera, el nuevo paraíso (22, 1-5). Estos dos capítulos son fáciles de entender. La nueva Jerusalén es la antítesis, el reverso, de la Babilonia que te presentó en el capítulo 17°. Fíjate que todo es el triunfo definitivo de la vida, que brota de Dios y de su Cristo, el Cordero. Juan, el vidente es sólo testigo. El protagonista es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, Cristo. Todo es nuevo: el cielo y la tierra. Y el mar, símbolo del mal, ya no existe. Es tan bonito que te voy a poner unas citas de cada una de las tres partes. Veamos la primera:

“Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, enviada por Dios, adornada como una novia que se adorna para su esposo. Y escuché una voz potente que decía desde el cielo:

*Ésta es la morada de Dios con los hombres:
acampará entre ellos.
Ellos serán su pueblo
y Dios estará con ellos y será su Dios.
Enjugará las lágrimas de sus ojos.
Ya no habrá muerte, ni luto,
ni llanto ni dolor.
Porque lo de antes ha pasado.*

Y el que estaba sentado en el trono me dijo: Todo lo hago nuevo. Y añadió: Escribe que estas palabras son fidedignas y dignas de crédito. Y me dijo finalmente: ¡Ya está hecho! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al sediento, yo le daré a beber de balde de la fuente de agua viva” (Apocalipsis 21, 1-6).

Esta lectura la hacemos el quinto domingo de Pascua del ciclo C. En el libro azul te hacía este comentario que te puede servir para aterrizar el texto en nuestra vida: La palabra Jerusalén significa “la ciudad de la paz”. Jerusalén es el símbolo de la Iglesia, por ser el centro de espiritualidad del mundo judío, como para nosotros es Roma. La Iglesia es la nueva Jerusalén que vio Juan, el autor del Apocalipsis. Este cielo nuevo, esta tierra nueva, esta nueva Iglesia es el reto de la Pascua. Tenemos que

construir una tierra nueva y una Iglesia nueva. Media docena de veces sale en las lecturas de hoy la palabra **nuevo/a**:

Una tierra **nueva**. Un cielo **nuevo**. Un universo **nuevo**. “Todo lo hago **nuevo**”. Naturalmente, en ese “*Todo lo hago nuevo*” no se excluye nada: Un hombre nuevo. Una familia nueva. Una comunidad nueva. Una Iglesia nueva. Puede ser una **utopía**, es decir, algo inalcanzable desde el punto de vista humano y a la vista de tantas mentiras viejas como nos rodean. Pero para nosotros no es utopía y, si lo es, nos da igual porque la Pascua convierte lo imposible en el objeto de nuestra esperanza. Si Jesús murió en la cruz por amor y el poder del Padre lo ha resucitado de entre los muertos, podemos gritar con los jóvenes del año 68: “*¡Seamos realistas, pidamos lo imposible!*”. Trabajemos por la utopía de crear un mundo nuevo. ¿Imposible? No pienses que es imposible. Ya sabes aquello de “*lo hizo porque no sabía que era imposible*”. Nada es imposible después de la resurrección de Cristo.

En segundo lugar describe la ciudad nueva. Es el resto del capítulo: unos veinte versículos. Está describiendo la ciudad-esposa o novia del Cordero. Está radiante, con la gloria de Dios. El hermoso atavío que lleva la novia no es riqueza de lujo, sino de buenas obras. Todo suena a plenitud. El número doce y el mil así lo indican. Están muy presentes las doce tribus y los doce apóstoles. Te cito media docena de versículos porque no es necesario más. Te comento después lo que más me gusta.

“El ángel me transportó en éxtasis a un monte altísimo, y me enseñó la ciudad santa, Jerusalén. Tenía una muralla grande y alta y doce puertas custodiadas por doce ángeles, con doce nombres grabados: los nombres de las tribus de Israel. La muralla tenía doce basamentos que llevaban doce nombres: los nombres de los apóstoles del Cordero. Templo no vi ninguno, porque es su templo el Señor Dios todopoderoso y el Cordero. La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbre, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero” (Apocalipsis 21, 10-14. 22-23).

Dentro de lo que podemos entender de este lenguaje misterioso destaca que el interior de la ciudad carece de templo: “*Templo no vi ninguno...*”. No lo necesita porque Dios mismo y su Cordero, Jesucristo, la llenan con su presencia. Es decir, sus habitantes tienen acceso directo a Dios, sin necesidad de espacios **exclusivos**. Esto ¿qué quiere decir? ¿Que sobran los templos? No exactamente. El templo es el espacio que la comunidad ha dedicado a sus encuentros comunitarios con Dios. Pero ya el templo no tiene valor exclusivo como lugar de encuentro. Recordad el encuentro de Jesús con la Samaritana (Juan 4, 20).

Los samaritanos adoraban a Dios en el monte Garizim, mientras que los judíos lo hacían en Jerusalén. Jesús le dice: ya llega el tiempo en que ni Garizim ni Jerusalén serán lugares exclusivos de adoración al Padre. Los verdaderos adoradores lo harán en espíritu y en verdad. Con esto no está Jesús aboliendo el templo, sino diciendo: cada hombre es templo de Dios y se puede encontrar con Él en el interior de su corazón,

además de en ese templo a donde tantas veces Él mismo subía. Después San Pablo lo repetiría hasta la saciedad: “*¿No sabéis que sois templos del Espíritu Santo que habita en vosotros?*”.

Y en la **tercera parte**, la última del libro antes de la conclusión, termina la Biblia como comenzó, con un nuevo paraíso. Un río de agua viva, un árbol de la vida, como en el paraíso de Adán. Pero lo mismo que la ciudad santa, Jerusalén, era la antítesis de Babilonia, este nuevo paraíso es la antítesis del primero. Aquí “no habrá ya maldición alguna”, ni noche, que es el poder de las tinieblas. Tampoco habrá luz artificial, porque el mismo Cordero los alumbrará. Y los hombres serán reyes por los siglos de los siglos. Para terminar este punto en plan bonito, te voy a poner estos cinco versículos para que te recrees en ellos. El cielo es nuestro nuevo y esperado paraíso. A nosotros se nos ha encomendado construir aquí abajo una tierra nueva y un cielo nuevo, adelantando un paraíso en el que todos podamos reinar porque Dios nos hizo reyes de la creación, es decir, vivir con la dignidad que nos corresponde como hijos de Dios.

“El ángel del Señor me mostró el río de agua viva, luciente como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. A mitad de la calle de la ciudad, a ambos lados del río, crecía un árbol de la vida; da doce cosechas, una cada mes del año, y las hojas de los árboles sirven de medicina a las naciones. Allí no habrá ya nada maldito. En la ciudad estarán el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le prestarán servicio, lo verán cara a cara y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá más noche, ni necesitarán luz de lámpara o de sol, porque el Señor Dios irradiará luz sobre ellos, y reinarán por los siglos de los siglos” (22, 1-5).

8. - Conclusión o epílogo. El epílogo suena a la introducción. Es como una inclusión literaria (¿Te acuerdas? Era un recurso literario que se utilizaba para unir todo un texto. Aquí parece indicarnos que todo el Apocalipsis tiene una unidad interna). En vez de comentártelo, te voy a poner el texto. Es precioso y debió sonarles a música celestial a aquellas comunidades perseguidas, para las que fue escrito.

“Y alguien me dijo: Estas palabras son verdaderas y dignas de crédito. El Señor Dios que inspiró a los profetas ha enviado a su ángel para mostrar a sus servidores lo que ha de ocurrir en breve. Mira que estoy a punto de llegar. ¡Dichoso el que presta atención a las palabras proféticas de este libro! Yo, Juan, oí y vi todo esto. Y después de oírlo y verlo, caí a los pies del ángel que me lo mostraba con intención de adorarlo. Pero él me dijo: No hagas eso, que yo soy un simple compañero de servicio tuyo y de tus hermanos los profetas, y de todos los que prestan atención a las palabras de este libro. Sólo a Dios debes adorar.

Y añadió: No mantengas en secreto las palabras proféticas de este libro, pues el momento decisivo está a las puertas. Ya casi es lo mismo que el pecador siga pecando o que el manchado se manche más aún; que el bueno siga siendo bueno o que el creyente se entregue más a Dios. Estoy a punto de llegar con mi recompensa y voy a dar a cada uno según sus obras. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el

último, el principio y el fin. ¡Dichosos los que lavan sus vestidos para tener derecho al árbol de la vida y poder entrar en la ciudad por sus puertas! ¡Fuera, en cambio, los perros, los hechiceros, los lujuriosos, los asesinos, los idólatras y todos cuantos aman y practican la mentira!

Yo, Jesús, os he enviado a mi ángel para que os haga presente todo esto en las distintas Iglesias. Yo soy la raíz y el vástago de David, la estrella radiante de la mañana. El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Diga también el que escucha: ¡Ven! Y si alguno tiene sed, venga y beba de balde, si quiere, del agua de la vida. Solamente advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro, que si añade algo, Dios hará caer sobre él las plagas descritas en este libro. Si suprimiese alguna de las palabras proféticas de este libro, Dios le quitará la parte que le corresponde en el árbol de la vida y en la ciudad santa descrita en este libro. Dice el que atestigua todo esto: Sí, estoy a punto de llegar. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos” (Apocalipsis 22, 6-21).

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Génesis 2, 5-17

Apocalipsis 22, 1-5

Mateo 5, 1-12

Actividades:

1. - La Biblia termina como comenzó, con la descripción de un paraíso. En esta primera lectura te voy a poner la descripción del primer paraíso, el de Adán y Eva. En la segunda te pondré el otro. En los dos hay abundancia de agua, signo de vida. En el primero hay tentación, en el segundo ya no hay nada malo. Léela y reflexiona.

2. - La historia de la salvación que tiene su prólogo en el Génesis ha terminado. Un nuevo paraíso ha sido creado. Todo lo que allí fue promesa, aquí se convierte en realidad.

3. – Dijimos que el Apocalipsis es un canto a la esperanza. La esperanza del cristiano está en vivir el espíritu de Jesús, las bienaventuranzas. Vamos a terminar el último libro de la Biblia con una meditación sobre ellas.

Tema 8. - LAS CARTAS DE SANTIAGO Y JUDAS.

1. - Introducción. Con la explicación del Apocalipsis hemos terminado todos los libros de la Biblia. Ahora vamos a comenzar con las cartas. Van a ser 21 cartas. Catorce de ellas son de San Pablo. Las estudiaremos el año que viene. Las siete restantes forman un bloque que lo veremos en éste y los próximos capítulos. A este grupo de siete cartas, todas cortas y algunas cortísimas, las llaman “católicas” o “canónicas”. Los griegos las llamaban “católicas” y los latinos “canónicas”. Con el nombre de “canónicas” se hace referencia a que pertenecen al canon o lista de las cartas inspiradas. Lo de “católicas” se discute más. Para unos es porque están destinadas a toda la Iglesia **universal**, que es lo que significa “católica”, lo que no es cierto del todo, como veremos en 2ª y 3ª de Juan, mientras que para otros el adjetivo “católicas” haría referencia a que son aceptadas por toda la catolicidad, por la Iglesia entera, con lo que coincidiría con el sentido del adjetivo “canónicas”.

Estas siete cartas tienen la peculiaridad, respecto a las de Pablo, de que, en vez de nombrarlas según los destinatarios, se nombran por el autor que las escribió. Las de Pablo se llaman, por ejemplo, “carta a los efesios”, mientras que aquí hablamos de “carta de San Judas”, por citar alguna. Cuando hablamos de autor, siempre nos referimos a la atribución que se ha hecho de todas las cartas. Cuando estudiemos cada carta concreta, veremos si el nombre que lleva corresponde con el verdadero autor material o es una atribución a esa persona. De las siete, una se le atribuye a Santiago y otra a Judas, dos a Pedro y tres a Juan. Este capítulo se lo vamos a dedicar a las individuales (Santiago y Judas), otro a las dos de Pedro y un tercer capítulo a las tres de Juan. Empecemos por la de Santiago.

2. - Carta de Santiago. Más que de carta, propiamente dicha, podemos hablar de una catequesis u homilía moralizante. El tono de toda la carta nos hace pensar esto. De todas formas como carta la hemos recibido y como carta la nombraremos. Es más bien un librito sapiencial que pretende enseñar a *“las doce tribus de la diáspora”* o *“a todos los miembros del pueblo de Dios dispersos por el mundo”*, que traducen otros, cómo se deben comportar para ser cristianos auténticos. Muchas veces te he explicado que el cristianismo tiene dos dimensiones, una vertical que mira a Dios y otra horizontal que mira al hermano. Este escrito se mueve más en la dimensión horizontal del cristiano, el amor al prójimo, y menos en el vertical. Tiene poca teología. A Jesús apenas se le nombra. Se nombra mucho al hermano y al comportamiento que tenemos que guardar respecto a él. Horizontalidad de la fe.

Autor. Por supuesto un Santiago. Así lo dice en el primer versículo de la carta: *“Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, saluda a las doce tribus de la dispersión”*. De los tres santos de que tenemos referencias, todos los autores descartan a dos: Santiago el hijo de Zebedeo porque murió muy pronto (el año 44 decapitado por Herodes) y Santiago el de Alfeo porque hubiese añadido a su nombre el título de “Apóstol”, cosa que no hace. Nos quedaría Santiago, el “hermano del Señor”, como se le suele nombrar. No estamos seguros de que así sea, pero pudo ser. Era un hombre de prestigio, que estuvo al frente de la comunidad de Jerusalén. De todas formas, más bien se inclinan los autores de que se la atribuyeron a él, porque su prestigio le haría más fácil ser aceptada por todos. El griego tan perfecto en que está escrita la carta, la falta de referencias a Jesús y el que no se autocalifique como el “hermano del Señor”, hacen pensar más en atribución que en autoría material.

Fecha, lugar y destinatarios. Respecto a la **fecha** hay hipótesis para todos los gustos: desde antes de los 50 hasta comienzos del siglo II. Si hemos de escuchar a la mayoría, la podemos fijar con toda probabilidad entre los años 60 y 80. Respecto al **lugar** poco podemos decir. En un autor (Hope Felder) he leído una propuesta muy sugerente. La carta pudo ser *“un sermón pronunciado por Santiago en los meses anteriores a su martirio en Jerusalén (año 62). Después, alguien versado en lengua helenista, probablemente a finales de las décadas de los 80 ó 90, editó y distribuyó el sermón original de Santiago, esta vez al estilo de una encíclica”*. De la docena de autores que estoy manejando para preparar estas líneas, ninguno da un lugar de origen de la carta. Por tanto, nos podemos quedar con Jerusalén, como posible. Al fin y al cabo era el centro de judaísmo. **Destinatarios:** ya lo hemos dicho: *“Los miembros del pueblo de Dios, dispersos por el mundo”* (1, 1).

3. - Estructura de la carta de Santiago. Este sermón, carta o encíclica, como queráis llamarla, es una invitación a los cristianos destinatarios para que lleven una vida coherente con la fe que dicen profesar. Santiago hace una lista de consejos para que sus cristianos los practiquen. Para nosotros, hoy, lo importante es aplicarnos el sermón que nos echa Santiago. Por tanto, prescindimos de todos los intentos de estructuración interna y seguimos capítulo a capítulo la palabra de Santiago, explicando lo que veamos necesario para su mejor comprensión y meditación.

Capítulo 1º. Te pongo sólo las ideas que más me gustan. Los cristianos de la diáspora o dispersión, naturalmente, sufren toda clase de pruebas y Santiago los va a animar a ser coherentes en medio de las dificultades. Pero la idea que más me llama la atención es la del final de la cita, sobre cuál es la religión que gusta a Dios. La religión pura e intachable a los ojos de Dios pasa por el prójimo más marginado y por mantenerse fiel a Dios. ¿Y las devociones, los cultos, los rezos, los ritos, los santos, las procesiones? Son medios que usamos al servicio de un solo fin: Dios y el prójimo. Tus rezos, tus procesiones, tus devociones, todo eso que haces ¿te acerca a ese fin? Tú lo verás. Aquí no podemos decir aquello de “sálvese quien pueda” sino “sálvese quien quiera”. **Sólo el culto que lleva al hermano agrada a Dios.** Nuestra religión es de encarnación y trinitaria, de comunidad de vida. Tú veras.

“Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad probada de vuestra fe produce la paciencia en el sufrimiento; pero la paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas para que seáis perfectos e íntegros sin que dejéis nada que desear. Si alguno de vosotros está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente y sin echarlo en cara, y se la dará. Pero que la pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es semejante al oleaje del mar, movido por el viento y llevado de una a otra parte.

¡Feliz el hombre que soporta la prueba! Superada la prueba, recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman. Ninguno, cuando sea probado, diga: «Es Dios quien me prueba»; porque Dios ni es probado por el mal ni prueba a nadie. Sino que cada uno es probado por su propia concupiscencia que le arrastra y le seduce. Después la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte.

Tenedlo presente, hermanos míos queridos: Que cada uno sea diligente para escuchar y tardo para hablar, tardo para la ira. Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por eso, desechad toda inmundicia y abundancia de mal y recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas. Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en yéndose, se olvida de cómo es. En cambio el que considera atentamente la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz. Si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua, sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana. La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y conservarse incontaminado del mundo”.

Capítulo 2º. Este capítulo tiene dos ideas claves. La primera es el trato que damos al pobre. Todos somos hermanos, porque somos hijos de Dios y a todos tenemos que tratar igual. Que no existan favoritismos en nuestras iglesias. Si algún favoritismo ha de haber que sea en bien con los más humildes. Ponemos esta idea y después explicamos la otra: fe y obras.

“Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: «Tú, siéntate aquí, en un buen lugar»; y en cambio al pobre le decís: «Tú, quédate ahí de pie», o «Siéntate a mis pies». ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos? Escuchad, hermanos míos

queridos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¿En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos los que os oprimen y os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros?”

¿No es verdad que el texto suena a una homilía caliente? Es una llamada de atención sobre nuestro comportamiento respecto a los más humildes, sean pobres de aquí, sean emigrantes de fuera. Al resto del capítulo no le podemos quitar ni una palabra. Termina la cita con la célebre frase: ***“la fe sin obras está muerta”***. Es lo que el mundo nos pide: obras que acompañen a nuestra fe. Sin ellas, no creerán en nosotros. Algunos han querido ver en este texto de Santiago un enfrentamiento con la doctrina de San Pablo sobre la fe y la salvación, pero no hay tal contradicción, lo que pasa es que Santiago insiste en las consecuencias prácticas que trae el creer en Jesús. Santiago completa a San Pablo.

“¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: «Tengo fe», si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: «Marchaos en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta. Y al contrario, alguno podrá decir: ¿Tú tienes fe?; pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe. ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril?”

Abraham nuestro padre ¿no alcanzó la justificación por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y, por las obras, la fe alcanzó su perfección? Y alcanzó pleno cumplimiento la Escritura que dice: “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia y fue llamado amigo de Dios”. Ya veis cómo el hombre es justificado por las obras y no por la fe solamente. Del mismo modo Rajab, la prostituta, ¿no quedó justificada por las obras dando hospedaje a los mensajeros y haciéndoles marchar por otro camino? Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”.

Capítulo 3º. De este capítulo, te voy a poner sólo los doce primeros versículos. Tú puedes leer el resto. Éste tiene plena actualidad, como toda la carta. Trata sobre la crítica mala, que rompe siempre la comunión en la comunidad. Una lectura reposada del texto es la mejor explicación del mismo. Otra no es necesaria, pues el mismo Santiago pone ejemplos sencillos que todos entendemos.

“No os hagáis maestros muchos de vosotros, hermanos míos, sabiendo que nosotros tendremos un juicio más severo, pues todos caemos muchas veces. Si alguno no cae hablando, es un hombre perfecto, capaz de poner freno a todo su

cuerpo. Si ponemos a los caballos frenos en la boca para que nos obedezcan, dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque sean grandes y vientos impetuosos las empujen, son dirigidas por un pequeño timón adonde la voluntad del piloto quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño y puede gloriarse de grandes cosas. Mirad qué pequeño fuego abrasa un bosque tan grande. Y la lengua es fuego, es un mundo de iniquidad; la lengua, que es uno de nuestros miembros, contamina todo el cuerpo y, encendida por los poderes del fuego eterno, prende fuego a la rueda de la vida desde sus comienzos.

Toda clase de fieras, aves, reptiles y animales marinos pueden ser domados y de hecho han sido domados por el hombre; en cambio ningún hombre ha podido domar la lengua; es un mal turbulento; está llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios; de una misma boca proceden la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así. ¿Acaso la fuente mana por el mismo caño agua dulce y amarga? ¿Acaso, hermanos míos, puede la higuera producir aceitunas y la vid higos? Tampoco el agua salada puede producir agua dulce”.

Capítulo 4º. Sigue la homilía. Todo nos es aplicable. Dice San Pablo que la causa de todos los males es el afán de las riquezas, que es lo mismo que decir la ambición y la envidia. Pues, frente a la ambición, humildad. Que nadie quiera ser más que nadie. Todos somos iguales porque ser hijos de Dios nos iguala a todos. Vamos a ver la primera parte del capítulo y tú en casa lo lees entero, para no alargarnos más.

“¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros? ¿Codiciáis y no poseéis? Matáis. ¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra. No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones. ¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios. Someteos, pues, a Dios; resistid al Diablo y él huirá de vosotros. Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros. Humillaos ante el Señor y él os ensalzará. No habléis mal unos de otros, hermanos. El que habla mal de un hermano o juzga a su hermano, habla mal de la Ley y juzga a la Ley; y si juzgas a la Ley, ya no eres un cumplidor de la Ley, sino un juez”.

Capítulo 5º. Todo él está lleno de enseñanzas. Nosotros nos vamos a detener en dos. Una que mira al aspecto social de la carta: son unas diatribas contra los ricos. No es que la riqueza sea mala de por sí, pero sí es cierto que el acaparar riquezas a costa de los demás no tiene perdón de Dios. El segundo párrafo que vamos a poner lo leemos siempre que vamos a dar el sacramento de la Unción de los Enfermos: la oración por el hermano que está en el sufrimiento llega siempre a oídos de Dios y salva al hermano. Como venimos haciendo, suprimimos algunos versículos por razón de espacio. Tú, después de leer el libro, te lees la carta completa en tu Biblia. Con

esta cita terminamos la homilía de Santiago y explicamos la pequeña carta de San Judas.

“Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad; el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste.

¿Sufre alguno entre vosotros? Que ore. ¿Está alguno alegre? Que cante salmos. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados. La oración ferviente del justo tiene mucho poder. Elías era un hombre de igual condición que nosotros; oró insistentemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. Después oró de nuevo y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto. Si alguno de vosotros, hermanos míos, se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que el que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados”.

4. - La carta de San Judas. Aunque en nuestras biblias viene situada la última, la incluimos en este capítulo para equilibrar los tres que hemos dedicado a las cartas católicas. Es muy cortita. Sólo un capítulo de 25 versículos. Se trata de una carta advirtiendo a su comunidad, judía conocedora de la tradición y de las escrituras, de los peligros de los falsos predicadores que vienen con palabras bonitas a engañar a la comunidad.

El autor se presenta a sí mismo de la siguiente forma: *“Judas, siervo de Jesucristo, hermano de Santiago...”*. La tradición de la Iglesia siempre ha pensado en Judas Tadeo, el apóstol. Otros piensan en algún judío convertido. Ya sabemos que en este punto hay opiniones para todos los gustos. Pudo ser de Judas, pudo ser atribuida a Judas, pero escrita por otro. Nosotros nos quedamos con la tradición de la Iglesia para quien el autor de la carta es Judas Tadeo, el apóstol de Jesús, aunque reconocemos que hay autores que piensan en otro Judas distinto del apóstol. En cuanto a la **fecha**, nada sabemos. Suelen fecharla los autores entendidos a finales del siglo I y algunos, incluso, después.

La carta es rara, polémica, agresiva, difícil de entender, desconcertante, apocalíptica. Dentro de su pequeño tamaño hay en ella citas de libros apócrifos, como el de Henoc o la Asunción de Moisés. Posiblemente estas citas de libros no admitidos fue la causa de que tardara en entrar en el canon de la Iglesia. Tiene mucho parecido con la IIª Pedro, que la cita como veremos en el próximo capítulo. Los **destinatarios**, por supuesto, son judíos como el autor, aunque resulte extraño en un judío el uso de un griego tan retórico y refinado. Creo que nada más. Voy a ponerte algunas citas.

Comienza con el saludo y los motivos de la carta:

“A vosotros, misericordia, paz y amor abundantes. Queridos, tenía yo mucho empeño en escribiros acerca de nuestra común salvación y me he visto en la necesidad de hacerlo para exhortaros a combatir por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez para siempre. Porque se han introducido solapadamente algunos que hace tiempo la Escritura señaló ya para esta sentencia. Son impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios y niegan al único Dueño y Señor nuestro Jesucristo”.

Prosigue Judas su diatriba trayendo ejemplos de la historia judía para que todos recuerden lo que les espera a quienes se han infiltrado en la comunidad para hacer el mal. Supongo que, a estas alturas del curso, ya conoces la historia de los personajes que salen: Caín, Balaam el de la burra, Coré, el rebelde del desierto. Como éste te sonará menos, te lo recordaré en la propuesta de trabajo. Todo en un lenguaje que suena apocalíptico:

“Quiero recordaros a vosotros, que ya habéis aprendido todo esto de una vez para siempre, que el Señor, habiendo librado al pueblo de la tierra de Egipto, destruyó después a los que no creyeron; y además que a los ángeles, que no mantuvieron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día. Y lo mismo Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, que como ellos fornicaron y se fueron tras una carne diferente, padeciendo la pena de un fuego eterno, sirven de ejemplo. En cambio el arcángel Miguel, cuando altercaba con el diablo disputándose el cuerpo de Moisés, no se atrevió a pronunciar contra él juicio injurioso, sino que dijo: «Que te castigue el Señor». Pero éstos injurian lo que ignoran y se corrompen en las cosas que, como animales irracionales, conocen por instinto. ¡Ay de ellos!, porque se han ido por el camino de Caín, y por un salario se han abandonado al descarrío de Balaam, y han perecido en la rebelión de Coré”.

Continúan las descalificaciones contra esos herejes que manchan con su presencia las eucaristías de la comunidad y termina la carta exhortando a la comunidad a mantener la fe, vivir en la oración y ayudar a los débiles, pero sin contaminarse con ellos. Te pongo sólo cuatro versículos. Lee tú el resto:

“Pero vosotros, queridos, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, manteneos en la caridad de Dios, aguardando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A unos, a los que vacilan, tratad de convencerlos; a otros, tratad de salvarlos arrancándolos del fuego; y a otros mostradles misericordia con cautela, odiando incluso la túnica manchada por su carne”.

Conclusión de la carta. Finaliza la carta con una breve doxología, es decir, con un himno de alabanza a Dios. Son los dos versículos finales, el 24 y 25.

“Al que es capaz de guardaros inmunes de caída y de presentaros sin tacha ante su gloria con alegría, al Dios único, nuestro Salvador, por medio de Jesucristo, nuestro Señor, gloria, majestad, fuerza y poder antes de todo tiempo, ahora y por todos los siglos. Amén”.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Números 16, 1-15

Santiago 2, 14-26

Lucas 10, 29-37

Actividades:

1. – Como en la carta de San Judas sale la rebelión de Coré y es posible que ya no te acuerdes de ella, te pongo esa cita para que la recuerdes. Simplemente la lees y ya sabes a qué está haciendo referencia.

2. – De la carta de Santiago me quedo con esta cita. Es la más importante. La fe sin obras está muerta. Es una llamada a una revisión seria de nuestra fe. Hazla.

3. – Dentro del contenido de la carta de Santiago, que ocupa la mayor parte de este capítulo, no nos vendrá mal recordar la parábola del buen samaritano para no pasar de largo ante el mal ajeno, que es un punto central de la carta-homilía.

Tema 9. – LAS DOS CARTAS DE PEDRO.

1. - Introducción. Vamos a ver las dos cartas de Pedro, como penúltimo capítulo del libro. Como cartas, las dos son de tamaño mediano: cinco capítulos la primera y tres la segunda. Así como la primera es tenida como canónica desde un primer momento, la segunda tardó mucho más en ser aceptada: sólo a partir de siglo V hay unanimidad en su aceptación. Las dos van a ser estudiadas en este noveno tema. Comenzamos, pues, con el estudio de la Iª Pedro.

2. - Primera carta de San Pedro. Estamos ante un documento precioso. Muy actual. Vamos a entrar primero en la presentación, como hacemos siempre, y después bajamos al texto para comentar los puntos más importantes. Comencemos por el autor.

Autor. La tradición la ha asignado a Pedro, el apóstol. Razones no le faltan. Comienza diciendo así: *“Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que viven como extranjeros en la dispersión: en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre. A vosotros gracia y paz abundantes”*. Pero ya sabemos que, aunque traiga la firma de Pedro, no es absolutamente seguro que sea suya; puede ser una atribución al apóstol. ¿Te acuerdas lo que significaba una pseudoepigrafía o pseudonimia? (firma falsa o nombre falso).

Los que piensan que no pudo ser escrita por Pedro se apoyan en argumentos que tampoco son definitivos. Por ejemplo, que algunos temas que trata fueron elaborados por la teología cristiana mucho después de muerto Pedro (hacia el año 64). O que el estilo es muy refinado para ser de Pedro, teniendo un griego de más altura de la que cabría esperar del pescador de Galilea. Este argumento tiene poca fuerza, porque ya dice Pedro que el que escribe es su secretario Silvano (éste es Silas, el que fue compañero de Pablo, como veremos el año que viene). Los entendidos aportan otras razones de menos peso. Nosotros seguimos la tradición de citar a Pedro como autor (sea directo o indirecto). No hay argumentos decisivos en contra.

Fecha. Si Pedro murió en el 64, los que afirman la paternidad directa de Pedro, aunque ayudado por su secretario, tienen que admitir que fue escrita antes de esa

fecha. Pero éstos hoy son los menos, aunque algunos de la categoría de Mertens. La mayoría piensa, en función del contenido, que tuvo que ser en torno a la década de los ochenta. El tratamiento de los temas es demasiado maduro para rebajar la fecha a más de los ochenta, dicen éstos. De ser así, habría que pensar que se utilizó la autoridad de Pedro para animar a las comunidades destinatarias en momentos de persecución. Era algo normal, pero tampoco existen argumentos contundentes a favor de una u otra fecha. Se sigue estudiando el tema, como decimos siempre.

Lugar donde se escribió. Casi todos los autores piensan en Roma, aunque Pedro, en la despedida se sitúe en Babilonia: *“Os saluda la que está en Babilonia, elegida como vosotros, así como mi hijo Marcos”*. Era normal citar a Roma como Babilonia con una connotación peyorativa, ya que lo mismo que para sus padres Babilonia era la “gran criminal”, ahora Roma, perseguidora de la fe, había tomado su papel. En el Apocalipsis también se la nombra como la gran Babilonia: *“...y Dios se acordó de la gran Babilonia para darle la copa de vino del furor de su cólera”* (16, 19). Aunque la mayoría se inclina por la capital del imperio, no faltan algunos que piensan en otro lugar, como son las comunidades del Asia Menor.

Destinatarios. Ya vimos más arriba a los que mencionaba la carta. Te los recuerdo: *“A los que viven como extranjeros en la dispersión: en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre. A vosotros gracia y paz abundantes”*. Ninguno de estos nombres corresponde a ciudades concretas, sino a regiones del Asia Menor. Son gente de la diáspora o dispersión, como se llamaba a los judíos que vivían fuera de Palestina. Estaban fuera de su patria. También nosotros vivimos la diáspora o dispersión porque nuestra patria es el cielo y aquí somos sólo peregrinos. Al no nombrar a ninguna ciudad importante, podemos pensar en que Pedro se dirige a las comunidades rurales que fueron naciendo en el interior de estas regiones.

Contenido y finalidad de la carta. Ya dijimos antes que la carta era una preciosidad. Te adelanto un poco el contenido y la finalidad, de forma general. Pedro pretende afianzar en la fe a unos grupos de cristianos sencillos que están siendo acosados por el ambiente mayoritario que les rodea. Si, como acabamos de decir, pensamos en comunidades rurales, los que somos de pueblo sabemos cuánto se critica todo en los pueblos. Si esta gente estaba intentando tomarse en serio su vida cristiana, las críticas les lloverían, como ha pasado siempre. Incluso mucha gente se retirarían de las comunidades por su incapacidad para pasar de las críticas. ¿No pasa esto en nuestros pueblos? ¿Cuántos jóvenes no van a misa el domingo para que no los vean entrar en la Iglesia? Ya verás que, consecuente con la situación, todo el contenido de la carta gira en torno a dos polos o ejes: aceptar el compromiso adquirido en el bautismo y mantener viva la esperanza en la venida de Jesús.

Estructuración de la carta. Aparte del saludo inicial y la despedida, yo dividiría la carta en dos partes: el bautismo (desde el 1, 3 al 2, 10), y las

consecuencias que trae ese bautismo en la vida cristiana (resto hasta el final del capítulo 4º). El capítulo 5º está dedicado a unos consejos finales y a la despedida. Vamos a ir viéndolo poco a poco, con citas abundantes, como hicimos con Santiago y Judas y haremos con las de Juan.

3. - Estudio de la carta. Desde el comienzo, Pedro se mete en la situación que viven sus cristianos. Ya la hemos descrito: han sido bautizados, se han hecho cristianos y comienzan las críticas y persecuciones. El texto que te voy a citar comienza como un himno en el que el apóstol da gracias a Dios por el don del bautismo, que los ha hecho nacer de nuevo a la esperanza. Ahí está la alegría del cristiano y la fuerza en la persecución.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento. Por lo cual rebosáis de alegría, aunque sea preciso que todavía por algún tiempo seáis afligidos con diversas pruebas, a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la Revelación de Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto; en quien creéis, aunque de momento no le veáis, rebosando de alegría inefable y gloriosa; y así alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas”.

Este nuevo nacimiento que ha experimentado el cristiano lo llama al amor a Dios y al hermano, un amor intenso y permanente porque permanente es la Palabra que lo ha convertido.

“Habéis purificado vuestras almas, obedeciendo a la verdad, para amaros los unos a los otros sinceramente como hermanos. Amaos intensamente unos a otros con corazón puro, pues habéis sido reengendrados de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente. Pues toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba; se seca la hierba y cae la flor; pero la Palabra del Señor permanece eternamente. Y ésta es la Palabra: la Buena Nueva anunciada a vosotros”.

Uno de los textos más bonitos de la carta es el que te cito a continuación. Trata sobre nosotros, el nuevo pueblo de Dios. Formamos parte de un pueblo sacerdotal y, en este sentido, todos somos sacerdotes. Y, además, somos piedras vivas del templo del Espíritu, la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo:

“Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios

espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo. Pues está en la Escritura: He aquí que coloco en Sión una piedra angular, elegida, preciosa y el que crea en ella no será confundido. Para vosotros, pues, creyentes, el honor; pero para los incrédulos, la piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido, en piedra de tropiezo y roca de escándalo. Tropezan en ella porque no creen en la Palabra; para esto han sido destinados. Pero vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos”.

No quiero dejar de citar un par de textos que pueden ser conflictivos y de difícil inteligencia para el hombre de hoy. La sociedad en que Pedro escribe es muy distinta de la nuestra. Por ejemplo, había clases sociales y en ella hombres esclavos y siervos. Esa situación social, mala en sí, se daba por lógica y pocos la discutían. Había cristianos esclavos, como los había libres. Pedro pide a los cristianos esclavos que sean honrados y respetuosos con sus dueños, ya que ésa es su situación y en ella se tienen que santificar. No hay una aprobación de la esclavitud, como situación social, sino una aceptación de un hecho. Como modelo tienen a Cristo que no respondió a los insultos.

“Criados, sed sumisos, con todo respeto, a vuestros dueños, no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos. Porque bella cosa es tolerar penas, por consideración a Dios, cuando se sufre injustamente. ¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia; el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados. Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas”.

El otro punto que quería citarte, por conflictivo para la mentalidad de hoy, es el comienzo del capítulo tercero que habla sobre el matrimonio. Hoy no vale hablar de sumisión, sino de igualdad. Pero, entonces, se daba por supuesta la superioridad social del marido sobre la esposa. Hay que entender el texto a la luz de la época en que se escribió. Por eso, aunque socialmente la mujer hubiera de estar sometida al marido, a éste le recuerda que ante Dios hombre y mujer son iguales en dignidad, pues ambos son herederos del don de la vida. Sólo la situación de igual dignidad podrá permitir la oración en común.

“Igualmente, vosotras, mujeres, sed sumisas a vuestros maridos para que, si incluso algunos no creen en la Palabra, sean ganados no por las palabras sino por la conducta de sus mujeres, al considerar vuestra conducta casta y respetuosa. Que vuestro adorno no esté en el exterior, en peinados, joyas y modas, sino en lo oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un alma dulce y serena: esto es precioso ante Dios. Así se adornaban en otro tiempo las santas mujeres que esperaban en Dios, siendo sumisas a sus maridos; así obedeció Sara a Abraham, llamándole Señor. De ella os hacéis hijas cuando obráis bien, sin tener ningún temor. De igual manera vosotros, maridos, en la vida común sed comprensivos con la mujer que es un ser más frágil, tributándoles honor como coherederas que son también de la gracia de Vida, para que vuestras oraciones no encuentren obstáculo”.

Para no multiplicar las citas, leed el resto del capítulo tercero en casa. Pedro los invita a tener un comportamiento digno de la comunidad cristiana que forman, a dar testimonio de su esperanza y a mirar a Cristo, modelo en las pruebas que tienen que soportar por parte de quienes les rodean. Sí te voy a citar unos versículos, del 12 al 19, del capítulo 4º por su actualidad: hoy los cristianos tenemos que vivir nuestra alegría en medio de la persecución y la crítica que nos rodea:

“Queridos, no os extrañéis del fuego que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os sucediera algo extraño, sino alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria. Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. Que ninguno de vosotros tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido: pero si es por cristiano, que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar este nombre. Porque ha llegado el tiempo de comenzar el juicio por la casa de Dios. Pues si comienza por nosotros, ¿qué fin tendrán los que no creen en el Evangelio de Dios? Si el justo se salva a duras penas ¿en qué pararán el impío y el pecador? De modo que, aun los que sufren según la voluntad de Dios, confíen sus almas al Creador fiel, haciendo el bien”.

El capítulo 5º, el más cortito, comienza dando unos consejos a los sacerdotes, a los jóvenes y a todos en general. Con esta cita nos despedimos de la primera carta de San Pedro. Retened, sobre todo, esta frase: ***“Descargad a Dios todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros”.***

“A los ancianos que están entre vosotros les exhorto yo, anciano como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad el rebaño de Dios que os está encomendado, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos del rebaño. Y cuando aparezca el Mayoral, recibiréis la corona de gloria que no se marchita. De igual manera, jóvenes, sed sumisos a los ancianos; revestíos todos de

humildad en vuestras mutuas relaciones, pues Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que, llegada la ocasión, os ensalce; confiadle todas vuestras preocupaciones, pues él cuida de vosotros. Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos”.

4. - Segunda carta de Pedro. Muy distinta de la primera. Se parece a la de San Judas. Es polémica y violenta en sus expresiones. Es cortita, apenas sesenta versículos distribuidos en tres capítulos cortos. Es una especie de testamento de quien se siente cercano a su fin y quiere alentar a sus discípulos a perseverar en la fe, por encima de las amenazas que tenga la comunidad. La esperanza en Dios, que actuó en el pasado y seguirá ayudándoles en el futuro, tiene que ser el apoyo de su fortaleza.

Autor, fecha, destinatarios, contenido. La carta comienza con un *“Simón Pedro, apóstol de Jesucristo...”*. Según esto, el autor sería Pedro, pero muchos entendidos piensan que Pedro es el paraguas bajo el que se ampara. Éstos piensan que fue un discípulo de Pedro residente en Alejandría, comunidad muy ligada a Marcos, compañero de Pedro en sus viajes apostólicos. Tampoco éstos tienen argumentos definitivos, aunque sí de más peso que quienes piensan en Pedro como autor. Otro dato interno de la carta es que el tercer capítulo comienza diciendo: *“Ésta es ya, queridos, la segunda carta que os escribo. En ambas pretendo...”*. Aparentemente, es una razón más para pensar que el autor fue el Apóstol, pero no descartamos que esta frase fuera un recurso del discípulo autor para cobijarla bajo Pedro. Vamos a dejarlo así, ya que lo importante para nosotros es el contenido. El tema del autor sigue en estudio.

Las fechas que se dan para esta carta oscilan entre el final del siglo primero y al año 180. Esta última parece muy tardía. Más bien se debe pensar en el final del siglo I o primer tercio del II. Siempre muy lejos de la muerte de Pedro que tuvo lugar en la persecución de Nerón del año 64.

Los destinatarios son creyentes, convertidos del paganismo (*“A los que por la fuerza salvadora de nuestro Dios y Salvador Jesucristo les ha cabido en suerte una fe tan preciosa como la nuestra”*), que sufren en sus carnes los acosos de las herejías, como los destinatarios de la carta de San Judas, que ya comentamos y en la que el autor de esta carta se inspira claramente. Podemos pensar que sus destinatarios fueron los cristianos de las comunidades del Asia Menor, a las que acosó mucho el pensamiento gnóstico, del que ya hablamos, y contra cuyas influencias va la carta, como fue la de Judas.

El contenido es el de un testamento. Más que de una carta, se trata de una exhortación final. El autor se siente cercano a la muerte: *“Me parece justo, mientras me encuentro en este mundo, manteneros alerta, sabiendo que pronto tendré que dejar este mundo, según me lo ha manifestado nuestro Señor Jesucristo. Pero*

pondré empeño en que, en todo momento, después de mi partida, podáis recordar estas cosas” (IIª Pedro 1, 13-15). Pedro, o el autor que la escribió si no fue él, quiere, como Judas en su carta, afianzar la fe de los suyos, mediante el conocimiento auténtico de Cristo. Los falsos doctores que se infiltran en la comunidad, atacando la esencia de la doctrina recibida, deben ser combatidos con toda violencia, como hizo Judas en su carta.

5. - Estudio del texto. Ya te dije que eran sesenta versículos en tres capítulos. El más largo es el segundo con 22. Éste es todo él unas palabras (diatriba) contra los falsos doctores. Es la parte que tiene mayor parecido con la de San Judas. Vamos a analizar y a citar trozos de cada capítulo y, después, tú la lees tranquilamente en casa.

Capítulo 1º. Tras el saludo que ya conoces, les habla de su vocación cristiana, exhortándoles a mantener la fe recibida. Por su gracia, Dios los ha llamado, haciéndolos partícipes de su naturaleza divina. Ellos deben responder a esta gracia, sin ahorrar esfuerzos. Te cito los versículos 3-12. *“Dios, con su divino poder, nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento perfecto del que nos ha llamado por su propia gloria y virtud, por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.*

Por esta misma razón, poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la templanza, a la templanza la tenacidad, a la tenacidad la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. Pues si tenéis estas cosas y las tenéis en abundancia, no os dejarán inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo. Quien no las tenga es ciego y corto de vista; ha echado al olvido la purificación de sus pecados pasados. Por tanto, hermanos, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección. Obrando así nunca caeréis. Pues así se os dará amplia entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por esto, estaré siempre recordándoos estas cosas, aunque ya las sepáis y estéis firmes en la verdad que poseéis”.

Capítulo 2º. Este capítulo es el centro de la carta. Es un ataque a los falsos profetas que se han infiltrado en la comunidad. Es un calco de la carta de San Judas, aunque eliminando las citas de los apócrifos y suavizando un poco el lenguaje. Al ser los destinatarios cristianos procedentes del paganismo, es de suponer que no estaban muy formados y, al no conocer los sólidos fundamentos de la fe en que habían creído, se convertían en presa fácil de los falsos profetas, siempre dispuestos a atacar al rebaño, como nos pasa a nosotros hoy en nuestras comunidades cristianas. Pedro, o el que fuera el autor de la carta, recuerda a sus cristianos que el día del juicio, Dios será duro con ellos, como nos consta por las lecciones del Antiguo Testamento.

“Hubo también en el pueblo falsos profetas, como habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán herejías perniciosas y que, negando al Señor que los rescató, atraerán sobre sí una rápida destrucción. Muchos seguirán su libertinaje y, por causa de ellos, el Camino de la verdad será difamado. Traficarán con vosotros por codicia, con palabras artificiosas; desde hace tiempo su condenación está decretada, y a punto de activarse su perdición”.

“Y es que el Señor sabe librar de las pruebas a los piadosos y guardar a los impíos para castigarles en el día del Juicio, sobre todo a los que andan tras la carne con apetencias impuras y desprecian al Señor. Atrevidos y arrogantes, no temen insultar a los seres gloriosos, cuando los Ángeles, que son superiores en fuerza y en poder, no pronuncian juicio injurioso contra ellos en presencia del Señor. Pero éstos, como animales irracionales, destinados por naturaleza a ser cazados y muertos, que injurian lo que ignoran, con muerte de animales morirán, sufriendo daño en pago del daño que hicieron. Tienen por felicidad el placer de un día; hombres manchados e infames, que se entregan de lleno a los placeres mientras banquetean con vosotros”.

“Éstos son fuentes secas y nubes llevadas por el huracán, a quienes está reservada la oscuridad de las tinieblas. Hablando palabras altisonantes, pero vacías, seducen con las pasiones de la carne y el libertinaje a los que acaban de alejarse de los que viven en el error. Les prometen libertad, mientras que ellos son esclavos de la corrupción, pues uno queda esclavo de aquel que le vence. Pues más les hubiera valido no haber conocido el camino de la justicia que, una vez conocido, volverse atrás del santo precepto que les fue transmitido. Les ha sucedido lo de aquel proverbio tan cierto: «el perro vuelve a su vómito» y «la cerda lavada, a revolcarse en el cieno»”.

Capítulo 3º. Este capítulo es una llamada a la santidad de vida porque estamos esperando la segunda venida del Señor (la parusía). Como en los primeros años del cristianismo esa segunda venida de Cristo se esperaba inminente, algunos se ríen de los cristianos porque no acaba de producirse. Pedro explica lo que está pasando: Dios mide el tiempo con criterios distintos de los nuestros: *“Mas una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años, como un día”* (versículo 8). *“Y no es que se retrase el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, queriendo que ninguno perezca, sino que todos lleguen a la conversión. El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá”* (versículos 9-10).

Por todo esto, Pedro hace una llamada a la santidad y se apoya en el testimonio de Pablo sobre el plan salvador de Dios para reafirmarse en las palabras que les acaba de decir. Ambos apóstoles piensan lo mismo sobre la paciencia de Dios para con nosotros. Terminamos la carta con la siguiente cita, que prácticamente es el final de

la carta. En el segundo párrafo advierte de que Pablo no ha sido bien interpretado en algunas de sus afirmaciones; en la última frase del primer párrafo ven los estudiosos una especie de reconocimiento de los escritos de Pablo como inspirados por Dios.

“Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia. Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha. La paciencia de nuestro Señor juzgadla como salvación, como os lo escribió también Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le fue otorgada”.

“Lo escribe también en todas las cartas cuando habla en ellas de esto. Aunque hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente - como también las demás Escrituras - para su propia perdición. Vosotros, pues, queridos, estando ya advertidos, vivid alerta, no sea que, arrastrados por el error de esos disolutos, os veáis derribados de vuestra firme postura. Creced, pues, en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. A él la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Éxodo 17, 1-7

Romanos 2, 1-11

Mateo 5, 17-26

Actividades:

1. - Los cristianos a los que dirige Pedro están sufriendo una terrible crítica por parte de quienes les rodean. Fue, es y será así siempre. Fíjate en la primera lectura la que le liaron al pobre de Moisés en el desierto y no murmures nunca contra nadie.

2. - Pedro, en la segunda carta, habla de la paciencia de Dios que espera nuestra conversión. Y apela al testimonio de Pablo. Lee la segunda cita y comprueba que es así.

3. - En su primera carta, Pedro nos invita a vivir una vida con actitudes cristianas, Ahí tienes un trocito del sermón de la montaña, que es una invitación a lo mismo.

Tema 10. - LAS TRES CARTAS DE JUAN.

1. - Introducción. Vamos a terminar este libro presentándote las tres cartas atribuidas a San Juan, el evangelista. La primera que te encuentras en tu Biblia es la más extensa. Tiene cinco breves capítulos. Las otras dos son mucho más breves. La segunda sólo tiene trece versículos y la tercera, que según algunos pudo ser la primera que se escribió, tiene quince. Por su tamaño, apenas pueden ser calificadas de libros. Mejor podemos hablar de tres libritos que, precisamente por su tamaño, los vamos a estudiar en este capítulo. Como siempre, seguimos el orden de nuestras biblias. Veamos la más extensa y enjundiosa. Después le dedicamos un punto a las otras dos.

2. - Primera carta de San Juan. Lo de San Juan, es decir, sobre **el autor** podemos hacer la distinción a la que estamos acostumbrados. Desde siempre se la ha atribuido al Apóstol Juan, a quien se le atribuye también el Evangelio que lleva su nombre y el Apocalipsis. Modernamente no faltan autores serios que ponen en duda esta atribución, aunque la mayoría de los indicios apuntan a Juan. El tema sigue abierto y no hay nada concluyente. Como hemos dicho en otras ocasiones, los entendidos hilan muy fino y depende en cada caso del peso que ese autor concreto quiera conceder a los indicios que inclinarían la balanza a si Juan es o no el autor material de la carta. Los parecidos que guarda esta carta con las otras dos y con el evangelio de Juan son tantos que, si no es de Juan, sí es de su círculo más cercano. El autor conoce bien a la gente para quienes escribe y sus problemas.

Las podemos **fechar** a finales del siglo primero en un lugar cercano a Éfeso o en el mismo Éfeso. En toda la región del Asia Menor el cristianismo había calado en profundidad. Hay muchas comunidades que viven sinceramente su fe. Creen en Jesús, el Mesías e Hijo de Dios. Practican el amor fraterno, viviendo alegremente en torno a la Palabra y la Eucaristía, celebrada gozosamente. Pero, porque tiene que ser así, el Maligno no para. Y pronto surge, en medio de las mismas comunidades, gente dispuesta a discrepar, a meter cizaña, a desviar a los hermanos. Fundamentalmente éstos negaban que Jesús fuera el Mesías, el Hijo de Dios y su muerte en la cruz carece para ellos de valor redentor. Como puedes ver, los problemas que planteaban eran muy gordos.

Para combatir esta herejía y tranquilizar a los hermanos escribe el autor esta carta. Juan los califica de todo: mentirosos, raza de Caín, seductores y anticristos, falsos profetas, etc. Actúan movidos por un espíritu que no es el de Dios y Juan advierte de esto a los suyos con esta carta para que se separen de ellos, negándoles hasta el saludo, ya que ellos se han apartado de la comunidad con su forma de pensar y actuar. Realmente más que una carta, el escrito es un documento, pues carece de los rasgos propios de una carta, como serían el saludo de presentación, las lógicas despedidas o la persona destinataria (la dirección que tiene toda carta). Este escrito tiene una finalidad polémica y apologética, frente a unos enemigos concretos y busca robustecer la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, y el amor fraterno, animando a los hermanos destinatarios a mantener la unidad de la fe, frente al peligro de las herejías que les rodean.

Creo que con esta presentación es suficiente. Termino diciéndote que estas cartas también están escritas para nosotros. No vivimos el acoso y peligro de la herejía que vivieron sus primeros destinatarios, pero todo lo demás nos sirve y mucho. Afirmaciones como que “Dios es la luz”, “somos hijos de Dios” y “la fe y el amor como pilares de la vida cristiana” forman la columna vertebral de la carta. Y esto siempre tiene actualidad para un cristiano. Vamos a hacer un recorrido por la primera carta, citándote los trozos que creamos convenientes para que la conozcas, medites y asimiles.

3. - Estructura interna de la primera carta. Aunque no hay unanimidad a la hora de dividir la carta en partes, nosotros nos vamos a unir a los que utilizan una división tripartita, siguiendo las tres afirmaciones de que hemos hablado en el párrafo anterior: La primera, “**Dios es luz**”, que abarca desde el versículo 5 del primer capítulo hasta el 28 del segundo. Una segunda parte, que la podemos llamar “**ser hijos de Dios**”, que abarcaría hasta el versículo 6 del capítulo cuarto. Y el resto de la carta estaría destinado a “**la relación fe y amor**”, como pilares básicos de la vida cristiana. Los cuatro primeros versículos de la carta están dedicados a una presentación o prólogo en el que Juan se presenta como testigo de la Palabra. Ya verás qué bonitos son.

Prólogo: motivos de la carta. Estos cuatro versículos te van a recordar necesariamente el prólogo del evangelio de Juan. Palabra, vida, “lo que existía desde el principio”, testimonio son términos que se repiten aquí como allí. Es como si Juan aquí hubiera hecho un borrador para después escribir los 18 versículos del prólogo de su evangelio. Como en todo prólogo está resumido el tema del libro: la comunión con el prójimo y con Dios. Dios nos ha dado la palabra de vida para que podamos amarnos unos a otros: Jesús y su evangelio, que Juan experimentó desde el principio viviendo con él día a día. El autor tiene la experiencia de Jesús que se le hizo visible, audible y palpable primero durante tres años y después de la resurrección durante cuarenta días. Te pongo a continuación estos cuatro versículos:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, pues la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo”.

Dios es luz: caminemos nosotros en la luz. Este punto abarca desde el versículo 5 del primer capítulo hasta el 28 del segundo. Dios se nos revela como luz. Luz completa, sin tinieblas. Fíjate en el texto y verás que este conocimiento y amor a Dios tiene una dimensión ética: el amor al prójimo. Quien dice estar en la luz de Dios y odia a su hermano, miente. Esta idea la va a repetir de una u otra forma. Tenemos que caminar en la luz, es decir, conforme al camino que Jesús nos ha revelado. Te pongo una docena de versículos para que los medites:

“Y este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado. Si decimos: «No tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: «No hemos pecado», le hacemos mentiroso y su Palabra no está en nosotros.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero. En esto sabemos que le conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo le conozco» y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él. Pero quien guarda su Palabra, ciertamente en él el amor de Dios ha llegado a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él”l.

Juan insiste mucho en concretar el amor al prójimo porque el peligro que existía en las comunidades a las que iba dirigida la carta, era creer en un conocimiento y amor a Dios puramente espiritual, abstracto, desencarnado y desconectado del amor al hermano. Además, estos herejes gnósticos pretendían llegar al conocimiento de Dios sólo con el esfuerzo humano, mientras que para un cristiano el conocimiento de Dios es un don del Espíritu Santo y siempre se traduce en el amor al prójimo. Este amor es el termómetro que mide nuestra situación espiritual. Quien no ama al prójimo no es cristiano. Cuando habla de no amar al mundo se refiere, como él mismo especifica, a lo malo que hay en la sociedad, como fruto de los bajos

instintos y de la codicia del dinero. Ese mundo es el dominio de Satanás. Vamos a ver y meditar otra docena de versículos:

“Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo, que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la Palabra que habéis escuchado. Y sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo - lo cual es verdadero en él y en vosotros - pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Os escribo a vosotros, hijos míos, porque se os han perdonado los pecados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno. Os he escrito a vosotros, hijos míos, porque conocéis al Padre, Os he escrito, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo – los bajos instintos, la codicia de los ojos y la arrogancia del dinero- no viene del Padre, sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre”.

Siempre se ha dicho que el mundo, entendido en el sentido que lo hemos usado, es enemigo del cristiano, un obstáculo para vivir su vida según Dios. Pero hay otros enemigos empeñados en que no vivamos según Dios. El autor de la carta se va a referir a ellos en los próximos versículos. Son los **anticristos**. Es anticristo el que niega a Cristo, es decir, a Jesús como Mesías. Sea quien sea o lo que sea; incluso algunos lo traduce en neutro, “lo anticristo”. En la época de Juan eran los herejes a que nos hemos referido. Lo triste es que habían sido miembros de la misma comunidad y ahora se han marchado, mintiendo sobre Jesús. Para hacer frente a esas fuerzas del mal, el cristiano cuenta con la unción del Espíritu. Es una invitación a ser fieles y consecuentes con la gracia recibida en el bautismo y la confirmación. Por eso dice que “es la última hora”, es decir el momento de que cada uno de ellos se decida, de manera inaplazable. Veamos sus palabras:

“Hijos míos, es la última hora. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es ya la última hora. Salieron de entre nosotros; pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros. En cuanto a vosotros, estáis unguados por el Santo y todos vosotros lo sabéis. Os he escrito, no porque desconocáis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira viene de la verdad. ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el

Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre.

En cuanto a vosotros, lo que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre, y esta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna. Os he escrito esto respecto a los que tratan de engañaros. Y en cuanto a vosotros, la unción que de El habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas - y es verdadera y no mentirosa - según os enseñó, permaneced en él. Y ahora, hijos míos, permaneced en él para que, cuando se manifieste, tengamos plena confianza y no quedemos avergonzados lejos de él en su Venida”.

Ser hijos de Dios. Hemos dicho que esta segunda abarca desde el versículo 29 del segundo capítulo hasta el capítulo 4º, versículo 6. El autor de la carta nos va a explicar en qué consiste ser hijos de Dios. Ya dijimos antes que frente a la postura defendida por los herejes gnósticos de que la filiación divina es una conquista del esfuerzo personal, Juan va a defender que es un don del Espíritu de Dios. Dios, por amor, nos hace hijos suyos.

Y nos ofrece tres criterios que nos dicen que estamos en comunión con Dios, que vivimos esa filiación. El primero, practicar la justicia, es decir la santidad: ***“Todo el que permanece en Él, no peca”***. Quiere decir: somos hijos de Dios, si permanecemos en Él y esta opción por Dios es la que nos hace impecables. Otro criterio para distinguirnos como hijos de Dios es el amor al hermano: ***“Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos al hermano”***. Y un tercer criterio para saber que estamos en comunión con Dios es la confesión de fe en Jesús: ***“El que confiesa a Jesús venido en carne es de Dios”***. Te voy a citar, resumiéndolos, los pensamientos que hacen referencia a estos tres criterios.

“Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él. Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él... Todo el que permanece en él, no peca. Todo el que peca, no le ha visto ni conocido. Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es justo, como él es justo... Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios. En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

Pues éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros... Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte... Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida

eterna permanente en él... Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad.

Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ése es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo. Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha”.

La fe y el amor, como pilares básicos de la vida cristiana. Es la tercera parte de la carta y abarca desde 4, 7 hasta el final. Para un cristiano la fe y el amor son los criterios claves para saber que está unido a Dios. Es tan sencillo el texto que no necesita mucha aclaración. En el versículo 8 del capítulo 4º viene la conocida frase de tantas postales y crismas navideños: “Dios es amor”. Esta frase es como la suprema revelación sobre Dios. Toda la actividad de Dios consiste en amar. Allí donde pongamos amor, estamos haciendo presente a Dios. Esta parte es como la conclusión o cumbre de las dos anteriores. Todo está dicho aquí. Sin más comentario, que no lo necesita, vamos a poner el texto y a meditarlo.

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

Nosotros amemos, porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Amo a Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano. Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a aquel que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos”.

Conclusión de la carta. Los últimos versículos tienen sabor a conclusión. Comienza el autor explicando la finalidad para la que ha escrito la carta: “Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna”. Comunión con Dios aquí abajo, según los criterios que hemos visto, significa unión con Dios allá arriba. Juan, el autor, está seguro de ello y por eso repite hasta cuatro veces su convencimiento, mediante esta expresión: “Sabemos...”. Termina la carta con una vieja recomendación: “**Hijos míos, guardaos de los ídolos...**”. No puede haber unión, alianza con Dios si le damos culto

a los ídolos. Esta frase tiene toda la actualidad del mundo: hoy proliferan los ídolos y la sociedad les da culto. Por eso está alejada de Dios. Te voy a citar estos versículos finales. Cuando habla de los pecados de muerte, puede estar refiriéndose a los herejes y anticristos, que han practicado la apostasía y contra quienes va la carta: éstos no quieren convertirse. No merece la pena rezar por ellos.

“Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pida y le dará vida - a los que cometan pecados que no son de muerte pues hay un pecado que es de muerte, por el cual no digo que pida -. Toda iniquidad es pecado, pero hay pecado que no es de muerte. Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios le guarda y el Maligno no llega a tocarle. Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la Vida eterna. Hijos, guardaos de los ídolos”.

4. - Segunda carta de San Juan. Es un breve documento de trece versículos. Continuación de la anterior, cuyas ideas fundamentales repite. La señora “Elegida” a la que va dirigida la carta puede ser una comunidad; “los hijos”, los miembros de esa comunidad. La ocasión del pequeño escrito es fácil de deducir: falsos profetas vienen predicando doctrinas que no son ciertas, llevando a la comunidad a la confusión. El “anciano”, es decir, el “Presbítero” en griego, escribe a su gente para ponerlas en guardia frente a estos anticristos que no confiesan a Jesús como Mesías. A esta gente, dice, ni saludarlos para no hacerse cómplice con ellos en sus mentiras. Te pongo los versículos más enjundiosos.

“El Presbítero a la señora Elegida y a sus hijos, a quienes amo según la verdad... La gracia, la misericordia y la paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, estarán con nosotros según la verdad y el amor... Y ahora te ruego, Señora, que nos amemos unos a otros. Y en esto consiste el amor: en que vivamos conforme a sus mandamientos. Éste es el mandamiento, como lo habéis oído desde el comienzo: que viváis en el amor... Todo el que se excede y no permanece en la doctrina de Cristo, no posee a Dios. El que permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no es portador de esta doctrina, no le recibáis en casa ni le saludéis, pues el que le saluda se hace solidario de sus malas obras”.

5. - Tercera carta de San Juan. Cortita como la anterior. Un par de versículos más, es decir, quince. Fue escrita con motivo de un hecho concreto y puntual. En una comunidad cristiana había un responsable muy autoritario, Diótfrefes; éste no acepta las pretendidas influencias de Juan en la vida de su comunidad, rechazando a los enviados del apóstol. Los enviados por Juan fueron apoyados y protegidos por un tal Gayo, hombre bueno y fervoroso a quien va dirigida la carta, pidiéndole que siga ayudando a sus enviados, entre ellos Demetrio, posible portador de la misiva. Como

enseñanza para nosotros está la acogida que el bueno de Gayo hace a los predicadores desinteresados. La actitud de Diótrefes, que se cree que la comunidad es suya, también nos puede servir de lección, como antimodelo. Te pongo unos versículos:

“El Presbítero al querido Gayo a quien amo según la verdad. Grande fue mi alegría al llegar los hermanos y dar testimonio de tu verdad, puesto que vives según la verdad. Querido, te portas fielmente en tu conducta para con los hermanos, y eso que son forasteros. Ellos han dado testimonio de tu amor en presencia de la Iglesia. Harás bien en proveerles para su viaje de manera digna de Dios... He escrito a la Iglesia; pero Diótrefes, ése que ambiciona el primer puesto entre ellos, no nos recibe.

El que obra el bien es de Dios; el que obra el mal no ha visto a Dios. Todos, y hasta la misma Verdad, dan testimonio de Demetrio. También nosotros damos testimonio y sabes que nuestro testimonio es verdadero”.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Romanos 12, 1-13

Iª Juan 4, 7-16

Juan 8, 13-30

Actividades:

1. - Posiblemente, cuando la primera carta termina advirtiendo a los cristianos que se aparten de los ídolos se está refiriendo Juan a todo lo que aparta nuestro corazón de Dios. La cita a los Romanos nos habla de lo mismo. Reflexiónala.

2. - La cita que te pongo de la Iª Juan es, sin duda, el núcleo central de las tres cartas. Léela despacio y reflexiona sobre ella.

3. - El testimonio de Jesús sobre sí mismo puede ayudarte a completar todo lo que dicen las cartas sobre la filiación divina. Completa con él el tema.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

AGUIRRE MONASTERIO, R. y RODRÍGUEZ CARMONA, A.: **Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles**. Verbo Divino. Estella. 2002.

ALONSO SCHÖKEL, L.: **Biblia del Peregrino**. Tomo III. Mensajero. Bilbao. 1996.

ÁLVAREZ VALDÉS, A.: **Enigmas de la Biblia**. San Pablo. Madrid. 2002.

BAGOT, J. P.: **Para leer la Biblia**. Editorial Verbo Divino. Estella. 1998.

BOISMARD, M-E.: **El prólogo de San Juan**. Ediciones Fax. Madrid. 1967.

BORRAGÁN MATA, V.: **Y la Palabra se hizo carne**. SERECA. Madrid. 2000.

BONSIRVEN, J.: **Vocabulario Bíblico**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1961.

BRIÉRE, J. y otros: **Itinerario por el Nuevo Testamento**. Editorial Verbo Divino. Estella. 2003.

BRIGHT, J.: **La historia de Israel**. Descleé de Brouwer. Bilbao. 2003.

BRUCE J. MALINA: **Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I**. Verbo Divino. Estella. 1996.

CARBALLO, J. R.: **Las parábolas**. Nuevos horizontes. Nº 22. Editorial Biblia y fe. Madrid, 1991.

CLIMENT BONAFÉ, A.: **Los Apóstoles, testigos de la fe**. Edicep. Valencia. 2001.

CODESAL, A.: **Evangelios concordados**. Apostolado Mariano. Sevilla. 1994.

CONTRERAS, F.: **Apocalipsis**. PPC. Madrid. 2005.

ESPINEL MARCOS, J.L.: **El evangelio según San Juan**. San Esteban-Edibesa. Salamanca. 1998.

FARMER, W. R.: **Comentario Bíblico Internacional**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1999.

GALOR, J.: **La profesión de fe de Pedro**. Caparrós Editores. Madrid. 1995.

GARCÍA CORDERO, M.: **Biblia comentada**. BAC. Madrid. 1967.

GERARD, A. M.: **Diccionario de la Biblia**. Anaya. Madrid. 1995.

GUIJARRO OPORTO, S.: **Dichos primitivos de Jesús**. Sígueme. Salamanca. 2004.

GUIJARRO OPORTO, S. y otros: **Comentario al Nuevo Testamento**. La Casa de la Biblia. Madrid. 1995.

HOLMBERG, B.: **Historia social del cristianismo primitivo**. El Almendro. Córdoba. 1995.

IGLESIAS, M.: **Nuevo Testamento**. Ediciones Encuentro. Madrid. 2003.

ISCR SAN AGUSTÍN: **Nuevo Testamento**. Primera Parte. Madrid. 1993.

JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E.: **Historia de la Salvación**. Grafite Ediciones. Bilbao. 2000.

LABOA, J.M^a y otros: **Historia de la Iglesia**. San Pablo. Madrid. 2005.

LURKER, M.: **Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia**. Ediciones Almendro. Córdoba. 1994.

MAGGI, A.: **Galería de personajes del Evangelio**. Ediciones Almendro. Córdoba. 2003.

MAIER, J.: **Entre los dos Testamentos**. Sígueme. Salamanca. 1996.

MARTÍN NIETO, E.: **Diccionario Bíblico de urgencia**. Monte Carmelo. Burgos. 2003.

MATEOS, J. y CAMACHO, F.: **El horizonte humano**. Ediciones el Almendro. Córdoba, 2003.

MATEOS, J. y SCHÖKEL, L. A.: **Nuevo Testamento**. Ediciones Cristiandad. Madrid. 1987.

MERTENS, H. A.: **Manual de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1989.

OBERMAYER, H. y otros: **Diccionario Bíblico Manual**. Claret. Barcelona. 1993.

PACKER, J. I. y otros: **El mundo del Nuevo Testamento**. Editorial Vida. Miami. 1985.

PEREGO, G.: **Atlas Bíblico**. San Pablo. Madrid. 1999.

PIKAZA, X.: **Orígenes de Jesús**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.

- PIKAZA, X.: **Apocalipsis**. Editorial Verbo Divino. Estella (Navarra). 2001.
- QUELLE PARRA, C.: **Los milagros**. Nuevos horizontes, nº 21. Editorial Biblia y fe. Madrid, 1991.
- QUESNEL, M y GRUSON, P.: **La Biblia y su cultura**. Sal Terrae. Santander. 2002.
- RAMOS, F.: **El Nuevo Testamento**. Atenas. Madrid. 1988.
- RAMOS, F.: **Los enigmas del Apocalipsis**. Universidad Pontificia de Salamanca. 1993
- RICHES, J.: **El mundo de Jesús**. Ediciones Almendro. Córdoba. 1996.
- ROBERT y FEUILLET, A.: **Introducción a la Biblia**. Herder. Barcelona. 1967.
- ROSSANO, P y Otros.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.
- SÁENZ DE SANTAMARÍA, M.: **Los Evangelios**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SALAS, A.: **Jesús de Nazaret**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SALAS, A.: **El Apocalipsis**. San Pablo. Madrid. 1994.
- SALAS, A. y GALLEGO, E.: **¡Ven, Mesías!** Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SÁNCHEZ MIELGO, G.: **Claves para leer los evangelios sinópticos**. San Esteban-Edibesa. Salamanca. 1998.
- SERRANO, V.: **La Pascua de Jesús**. San Pablo. Madrid. 1994.
- TABET, M. A.: **Introducción a la Biblia**. Ediciones Palabra. Madrid. 2004.
- VANNI, H.: **Apocalipsis**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 2004.
- VARIOS.: **Diccionario Enciclopédico de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1993.
- VARIOS.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.
- VIDAL I CRUAÑAS, A.: **Encuentro con la Biblia**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1989.
- VIDAL MANZANARES, C.: **Diccionario de Jesús y los Evangelios**. Verbo Divino. Estella. 2000.
- VIDAL MANZANARES, C.: **El Documento Q**. Planeta. Barcelona. 2006.

BIBLIAS UTILIZADAS EN LAS CITAS:

- Biblia para la Iniciación Cristiana**, Conferencia Episcopal Española, Madrid, 1977.
- Biblia del Peregrino**, Luis Alonso Schökel, EGA, Bilbao, 1996.
- Biblia de Jerusalén**, Descleé de Brouwer, Bilbao. 1975.
- Sagrada Biblia**, Nacar Colunga. Madrid. 1960.
- Sagrada Biblia**. Editorial Herder. Barcelona. 1965.
- La Biblia**. La casa de la Biblia. Madrid. 2002.

ORACIÓN PARA COMENZAR

Señor, me dispongo a estudiar tu Palabra. Nos dejaste dicho, por boca del profeta Isaías, que ella es como la lluvia y la nieve que bajan del cielo para empapar la tierra, haciéndola germinar para que tengan semilla el sembrador y pan el que come. Tu Palabra está viva y es eficaz: siempre hace tu voluntad y cumple tu encargo. Yo sé también, Señor, que para que ella cumpla en mí tu voluntad tengo que abrirle el corazón, haciendo silencio en mi interior. Hay mucha palabrería en nuestro entorno y resulta difícil oír tu voz. Envíame, Señor, tu Santo Espíritu. Concédeme el don de inteligencia para comprender tu Palabra y mueve mi voluntad para seguir sus indicaciones. Como el joven Samuel, aquí estoy a tu disposición: *¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!* Amén.

ORACIÓN TRAS CONCLUIR LA LECTURA

Te doy gracias, Padre, por tu Palabra y por lo que tu Espíritu Santo me ha enseñado en este rato de lectura. María, tu hija querida y madre nuestra, oía todo lo que se decía de Jesús y lo guardaba en su corazón, meditando cada palabra. Ella es la cristiana perfecta, modelo para todos los que queremos acercarnos a ti. Que también yo sepa guardar hoy en mi corazón tu Palabra y la medite día y noche, a ejemplo de María. Ayúdame a poner en práctica esta Palabra; que no sea oyente olvidadizo sino, al contrario, que en cada decisión de mi vida tu Palabra sea luz que me ilumine para actuar siempre según tu voluntad, acercándome más a ti y a mis hermanos, los hombres. Te lo pido, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

TEXTOS MARGINALES DEL LIBRO 9º

1. En el evangelio de Juan, Jesús nos va a revelar lo que ha visto y oído en el Padre.
2. El evangelista Juan era hermano de Santiago el Mayor e hijo de Zebedeo y Salomé.
3. El conocimiento de Dios no es fruto del esfuerzo del hombre, sino de la revelación del Padre.
4. A diferencia de los sinópticos, el evangelio de Juan está compuesto a base de largos discursos que ocupan el capítulo entero.
5. Juan llama signos a lo que los sinópticos llaman milagros.

6. La segunda parte del evangelio de Juan se llama Libro de la Glorificación.
7. La cruz, para Jesús, no es un fracaso, sino un triunfo, una meta.
8. En el prólogo de su evangelio, Juan levanta el vuelo, como un águila real, al principio de los tiempos, a antes de la creación.
9. Jesús es la Palabra del Padre que, mediante la encarnación, por amor, entra en la vida del hombre que lo quiera recibir.
10. La primera parte del evangelio de Juan es conocida como el Libro de los signos, pues se cuentan en él siete milagros o signos.
11. En Caná de Galilea, Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en Él.
12. Nicodemo era un judío fariseo y, por tanto, religioso, culto y dirigente del pueblo en el terreno religioso.
13. Los judíos y los samaritanos se llevaban mal, pero a Jesús no le importó eso a la hora de entablar con la samaritana una conversación que cambiaría su vida.
14. Fíjate que en la conversación con la samaritana la iniciativa parte de Jesús: ***“Dame de beber”***. Siempre Dios al encuentro del hombre.
15. No era lo más propio para las costumbres de la época que Jesús iniciara el diálogo con la samaritana, pero a Él no le importa el qué dirán sus discípulos.
16. Jesús respetaba el sábado, como todo judío, pero vino a poner al hombre por encima del sábado.
17. El milagro de la multiplicación de los panes y los peces tiene una importancia especial. Es el único que narran los cuatro evangelistas.
18. Pedro reaccionó ante el discurso eucarístico de la única forma que podía hacerlo: ***“Señor, tú tienes palabra de vida eterna”***.
19. La Iglesia vive de la Eucaristía. En la Eucaristía del día del Señor debemos participar de la mesa del altar. Es el alimento para la semana.
20. Hay dudas de si el encuentro de Jesús con la adúltera es obra de Juan o un traspaso de Lucas, el evangelista de la misericordia.
21. ¿Quién es Jesús? La luz del mundo. Ésta es la enseñanza del milagro de la curación del ciego de nacimiento.
22. Jesús es nuestro buen pastor. Junto a Él nada nos puede faltar.
23. En la alegoría del Buen Pastor, la clave está en la voz, no en la visión. Es un encuentro en la Palabra. La fe entra por el oído.
24. Muy importante para que lo tengamos en cuenta: en el rebaño, las distancias las marcan las ovejas, no el pastor. La que quiere se acerca y la que no quiere, no.
25. ***“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre”***.
26. El valor del frasco de perfume de la unción en Betania era el equivalente a nueve meses de salario de un trabajador: ¡Mucho querría aquella mujer a Jesús!
27. El mismo gesto de Betania lo repite Jesús con sus discípulos en la última cena y les invita a lavarse los pies unos a otros.
28. El Pedro ante quien se arrodillo Jesús para lavarle los pies es el de siempre: el fogoso, el testarudo, el apasionado. Por eso resulta explicable su reacción.
29. Tras el gesto del lavatorio algo nuevo surge en las relaciones entre los discípulos de Jesús. Era el gesto de la noche.

30. La paz que Jesús nos da no se construye desde el poder, sino desde el servicio. Por esto nadie nos la puede quitar. ¿Quién nos va a impedir servir al hermano?
31. El Espíritu Santo es la savia que nos pone en comunicación con el Padre. Es el alma de la Iglesia.
32. El pecado del mundo fue y es no creer en Jesús, no aceptarlo como el enviado del Padre.
33. ¡Qué fracaso la oración de Jesús por la unidad de los cristianos! Después de veinte siglos seguimos divididos, cuando no peleados.
34. Dijo el Concilio que la devoción verdadera a María no pasa por un “estéril y transitorio sentimentalismo”. Desgraciadamente a esto está reducida en muchos casos.
35. El reino de Jesús no es de este mundo. No es poder, sino servicio. Es algo que ningún cristiano podemos olvidar.
36. María a los pies de la cruz es símbolo de la Iglesia. Juan nos representa a todos. En su hora cumbre nos entrega a su madre y a la Iglesia para que las cuidemos.
37. La resurrección de Jesús es la esencia de nuestra fe. Es la fe de la Iglesia, la fe de Pedro.
38. Como Tomás, debemos acercarnos a Jesús, presente en los que sufren, y meter nuestra mano en sus llagas. Así aumentará nuestra fe.
39. Antes de Jesús confirmar a Pedro en el primado, lo quiere purificar de las tres negaciones y de todos sus alardes.
40. Juan, el más joven de los apóstoles, es el más limpio de corazón. Por eso reconoce a Jesús en la distancia.
41. El libro de los Hechos de los apóstoles es conocido como el **“Evangelio del Espíritu Santo”** y el **“Evangelio de la Iglesia primitiva”**.
42. El nombre Teófilo puede referirse a una persona concreta o a la comunidad que Lucas presidía. Teófilo significa **“amado de Dios”**.
43. El libro de los Hechos se divide en dos partes: **“Hechos de Pedro”**, hasta el capítulo 12º y **“Hechos de Pablo”**, el resto del libro.
44. La Ascensión es la exaltación total de Jesús como consecuencia de su resurrección.
45. Las fiestas judías de la peregrinación eran tres: Pentecostés en verano; la Pascua en primavera; y los Tabernáculos en otoño.
46. El Espíritu Santo es como el viento. No lo podemos dirigir; Él lleva a su Iglesia. Lo nuestro es afinar el oído para escucharlo.
47. Los hermanos, en las primeras comunidades, eran constantes en escuchar las enseñanzas de los apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones.
48. Ante la predicación clara de Pedro la reacción de las autoridades no se hace esperar y los apóstoles dan con sus huesos en la cárcel.
49. La gente sacaba a los enfermos a la calle, y los ponían en catres y camillas, para que, al pasar Pedro, su sombra, por lo menos, cayera sobre algunos.
50. Se denominan helenistas a los judíos nacidos fuera de Palestina, es decir, en la diáspora. A los nativos de la tierra de Jesús se les llama hebreos.
51. Esteban, como Jesús en la cruz, muerte disculpando a sus asesinos: **“Señor, no les tengas en cuenta este pecado”**.

52. El pecado de simonía consiste en la compra o venta deliberada de cosas espirituales, como los sacramentos o sacramentales.
53. Ante el Pablo perseguidor, Jesús se identifica con la Iglesia perseguida: ***“Yo soy Jesús, a quien tu persigues”***.
54. Una de las ideas que queda más clara en el libro de los Hechos de los apóstoles es que el Espíritu Santo es quien conduce a la Iglesia naciente.
55. En Antioquía fue donde por primera vez los discípulos de Jesús recibieron el nombre de cristianos.
56. La predicación de Pablo siempre tiene el mismo esquema: anunciar a Jesús, e invitar a la conversión de los pecados.
57. El libro de los Hechos de los apóstoles tiene que ser siempre el punto de apoyo para la nueva evangelización a que nos comprometió la Iglesia.
58. La gran conclusión del concilio de Jerusalén fue no imponer a los convertidos más cargas de las necesarias.
59. Ante el rechazo de Pablo en las sinagogas, éste predica en las casas particulares, las iglesias domésticas, que fue donde tomó mayor impulso la Iglesia.
60. Apolo era un judío alejandrino culto y bueno que se dedicaba a predicar la Palabra con buen provecho para todos.
61. Parece ser que Pablo había hecho un voto de nazir, es decir, de consagración a Dios por un tiempo de su vida.
62. La táctica apostólica de Pablo era siempre comenzar la predicación por los judíos en las sinagogas. Ante el rechazo de éstos, se vuelve a predicar a los gentiles.
63. En la isla de Malta, Pablo es picado por una víbora y no le pasa nada. Lo toman por un dios y lo colman de honores.
64. Durante los primeros años del cristianismo se pensó que el autor del Apocalipsis era el apóstol Juan. A partir del siglo III comienzan las discrepancias.
65. El apocalipsis nació como una palabra de esperanza para las iglesias perseguidas en tiempo de Domiciano, por negarse a dar culto al emperador.
66. La parábola del trigo y la cizaña es el mejor resumen del Apocalipsis: el trigo y la cizaña, el bien y el mal, siempre juntos hasta el final de la historia.
67. El Apocalipsis tiene un fondo profético y una forma apocalíptica. Se mezclan en él las dos tradiciones.
68. Lo que hace más difícil comprender el Apocalipsis es entender el lenguaje simbólico en que está escrito.
69. En la lectura del Apocalipsis es necesario, más que en la de cualquier otro libro bíblico, acudir a las notas de pie de página de nuestras biblias.
70. El alfa y la omega son la primera y última letra del alfabeto griego. El principio y el fin. Jesús es el alfa y la omega, principio y fin de la historia.
71. Jesús es el centro de todo el Apocalipsis. Todo lo que ha visto en el Padre nos lo ha dado a conocer. Jesús es la revelación del Padre.
72. Las siete cartas, al ser siete, tienen carácter de totalidad y, por tanto, van dirigidas a todas las iglesias. También a la nuestra y a ti y a mí que somos Iglesia.
73. Jesús es el amén de Dios, su última palabra, su testigo fiel.
74. Los capítulos 4º y 5º nos presentan a Jesús como el único capaz de revelarnos el sentido de la historia.

75. El libro sellado con siete sellos está completamente cerrado y es el libro de los designios de Dios sobre la historia de la humanidad.
76. En el jinete que monta el caballo blanco la Iglesia ha visto a Jesús y en el color blanco se ha visto significada la resurrección.
77. En la visión de la muchedumbre inmensa, el autor quiere desvelarnos el sentido de la historia, es decir, el final de la comunidad cristiana.
78. Fíjate que las plagas sólo hieren a un tercio de la tierra. El poder del mal no es absoluto sino limitado, nos quiere decir el autor.
79. El pecado de los hombres consiste en insistir en adorar a imágenes de oro, plata, bronce, piedra o madera que no pueden oír ni hablar. Tal como hoy.
80. La historia de la humanidad está figurada en la lucha encarnizada que vamos a presenciar entre las fuerzas del mal y del bien.
81. Las dos alas de águila dadas a la mujer significan la protección de Dios a su pueblo.
82. Los 144.000 salvados representan la plenitud de los salvados. 12 x 12 x 1000.
83. Los cuatro primeros versículos del capítulo quince nos presentan una liturgia celestial en la que los vencedores de la bestia cantan la victoria del Señor.
84. El valle de Megidó es de triste recuerdo para el pueblo de Israel, porque en él fue vencido Josías, el santo rey de Judá por el Faraón Nekao.
85. El capítulo 19 comienza con una gran liturgia en el cielo en la que la inmensa muchedumbre alaba a Dios por haber vencido a la gran Babilonia.
86. Mil años significa un tiempo indefinido, siempre. Es el tiempo que Cristo reinará en quienes aceptan y viven su mensaje.
87. La nueva Jerusalén de que nos habla el capítulo 21° es el reverso, la antítesis de Babilonia que vimos en el capítulo 17°.
88. El interior de la ciudad no tenía templo, porque Dios era su templo y la llenaba con su presencia.
89. La siete cartas católicas tienen de peculiar respecto a las de Pablo que no se nombran por los destinatarios, sino por el autor al que se le atribuyen.
90. Los cristianos de la diáspora o dispersión sufren toda clase de persecuciones y Santiago los animará a que perseveren firmes en su fe.
91. La carta de Santiago tiene un fuerte componente social y nos invita a una reflexión sobre el trato que damos al pobre.
92. Así como el cuerpo sin espíritu, está muerto; así también la fe sin obras está muerta.
93. Que nadie quiera ser más que nadie. El ser hijos de Dios nos iguala a todos.
94. La carta de Judas es rara, polémica, agresiva, difícil de entender, desconcertante, apocalíptica.
95. Judas, en su carta, trae ejemplos de la historia judía para que sus lectores comprendan lo que les espera a quienes hacen el mal a la comunidad.
96. Puede que la carta primera de Pedro fuera escrita en torno a los ochenta, por tanto mucho después de muerto Pedro, hacia el año 64.
97. Los cristianos, como los destinatarios de la primera carta de Pedro, vivimos en la diáspora o dispersión porque nuestra patria definitiva es el cielo.

98. El nuevo nacimiento que el cristiano ha experimentado lo llama al amor a Dios y al prójimo, un amor intenso y permanente como la Palabra, que lo ha convertido.
99. En estos textos, que hoy nos chocan, Pedro no aprueba la esclavitud sino sólo acepta una situación social que se da de hecho.
100. Hoy nos ha tocado a los cristianos vivir una situación de persecución y acoso social semejante a la que vivieron las comunidades a las que se dirige Pedro.
101. Hay que fechar la segunda carta de Pedro a final del siglo primero o inicio del segundo, muy lejos de la muerte del apóstol.
102. El capítulo segundo de esta carta es un calco de la de Judas: un ataque a los falsos profetas que se han infiltrado en la comunidad.
103. El tercer capítulo es una llamada a la santidad por parte de Pedro, apoyándose en la esperada segunda venida de Cristo (la parusía).
104. Pronto surgen en las primeras comunidades brotes heréticos, que pretenden negar que Jesús sea el Mesías. Contra ellos va Juan en su carta.
105. El autor tiene experiencia de Jesús que se le hizo palpable, audible, visible en los tres años que compartió con Él.
106. Para un cristiano el conocimiento de Dios es un don del Espíritu Santo y siempre se traduce en amor al prójimo.
107. El anticristo es el que niega a Cristo, es decir, a Jesús como Mesías. En tiempos de Juan eran los herejes a que nos estamos refiriendo.
108. Somos hijos de Dios si permanecemos en Él y esta opción por Dios es la que nos hace impecables.
109. En el versículo 8º del capítulo 4º viene la conocida frase “Dios es amor”. Es como la suprema revelación sobre Dios.
110. La señora Elegida a la que va dirigida la 2ª carta de Juan puede ser la comunidad y sus hijos, los fieles cristianos.